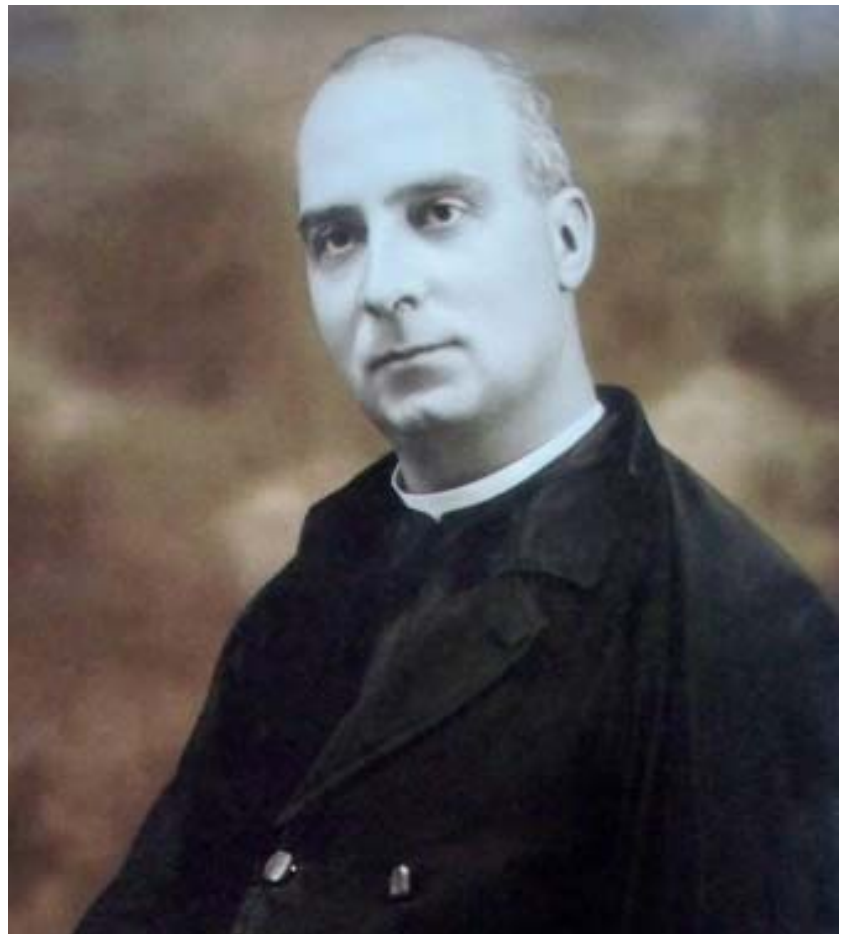


CRISTIANIDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA



BEATO JOSÉ SAMSÓ, MÁRTIR



La Iglesia del
segundo milenio
ha vuelto a ser
Iglesia de mártires

El mártir cristiano
es un testigo
de la vida

Ante la beatificación
de mosén Samsó

Guía para
catequistas

La fiesta
de la Epifanía
fortalece nuestra fe

«Es cosa muy triste ver cómo se destruyen templos, colegios, conventos, centros católicos; cómo persiguen religiosos, sacerdotes y demás personas religiosas; pero, ¿qué es todo esto en comparación del drama del Calvario? ¿No fue voluntad del Padre el sacrificio de su Unigénito? ¿Qué son los demás sacrificios en comparación de aquél? ¡Tantas veces nos ofrecemos al Señor y le ofrecemos nuestras cosas! He aquí cómo ha aceptado nuestra ofrenda. ¡Qué honor! Ojalá sea fecunda [la ofrenda del martirio] en semilla de cristianos».

Año LXVII- Núms. 941
Enero 2010

BEATO JOSÉ SAMSÓ (6 de abril de 1936)

Sumario

«La Iglesia del segundo milenio ha vuelto a ser Iglesia de mártires». Homilía del cardenal Martínez Sistach en la misa de beatificación del doctor Josep Samsó	3
«El mártir cristiano es un testigo de la vida y no de la muerte». Mensaje del monseñor Angelo Amato, prefecto de la Congregación para las Causas de los Santos	5
Ante la beatificación de mosén Josep Samsó i Elias <i>José-Javier Echave-Sustaeta</i>	6
La «Guía para catequistas», del beato Samsó	15
La fiesta de la Epifanía fortalece nuestra fe <i>San León Magno</i>	18
La madre María Félix Torres y el padre Orlandis <i>David Amado</i>	21
Peticiones de definición papal de la Maternidad espiritual de María	24
Francisco de Gomis Casas, «in memoriam»	26
El único camino <i>Francisco de Gomis Casas (†)</i>	27
Contemplando la vida de Cristo Los primeros discípulos de Jesús <i>Ramón Gelpí Sabater</i>	31
Pequeñas lecciones de historia <i>Gerardo Manresa</i>	33
Actualidad religiosa <i>Javier González Fernández</i>	34
Actualidad política <i>Jorge Soley Climent</i>	36
Hemos leído. <i>Aldobrando Vals</i>	38
Hace 60 años	42

RAZÓN DEL NÚMERO

EL día 23 de este mes de enero tuvo lugar en la basílica de Santa María de Mataró (Barcelona), la beatificación del siervo de Dios José Samsó y Elias, siguiendo la costumbre recientemente instaurada de que no presida las beatificaciones el papa. Al mismo tiempo, el escenario ya no era la basílica vaticana. Pero estas circunstancias, y otras anecdóticas que pudieran recordarse —y que a veces producen «ruido» mediático—, no deben hacernos olvidar ni enmascarar lo que estamos celebrando: la gloria de alguien que dio la vida por Cristo, de alguien que perdió la vida por el hecho de ser fiel a Cristo, de un mártir. Pero sí que debemos fijarnos piadosamente en las circunstancias del martirio, desde que fue detenido en la estación de Mataró hasta que cayó fulminado por el disparo de un único miliciano. Cada paso es una estación de un viacrucis particular hecho a imagen del camino de Jesucristo hasta el Calvario.

Mosén Samsó era consciente de la situación de la Iglesia española en aquellos años treinta y de la inminencia de una persecución cruenta en los primeros meses de 1936. Por eso se había preparado para el martirio. Por eso escribió en abril de aquel año: «Ahora es cuando hemos de pedir al Señor que “nada nos turbe y que nada nos espante, que quien a Dios tiene nada le falta y que sólo Dios basta”. ¿Te parece que alguien podrá arrancarnos a Cristo de nuestros corazones? Para el que confía en Jesús, sólo hay un enemigo temible y éste es uno mismo. Si yo no me hago daño, nadie podrá hacérmelo. Los demás intentarán desgraciarme y con su odio me prestarán servicios más provechosos que todos los que me hayan prestado las personas que más me han amado».

Hemos centrado nuestro número de enero en la figura de este mártir. Queremos llamar la atención sobre el extenso trabajo de nuestro colaborador José-Javier Echave-Sustaeta, a través del cual vamos asistiendo, paso a paso, a un itinerario martirial lleno de episodios edificantes. Mosén Samsó fue un sacerdote ejemplar, entregado a su ministerio, celoso del bien de las almas que le fueron confiadas, especialmente de los niños y de los adolescentes —«el primer catequista de la diócesis», dijo de él otro mártir insigne de la persecución, monseñor Manuel Irurita—, preocupado siempre por todo lo que fueran bienes espirituales o materiales de sus feligreses. Una vida así, llena de celo apostólico, tuvo el premio de la palma del martirio.

Al honrar al beato José Samsó honramos a todos los mártires, víctimas del *odium fidei*. El siglo xx ha sido llamado con razón el siglo de los mártires, y no sólo por los que dieron su vida en España; pero en ningún otro lugar murieron tantos en tan poco tiempo. Recordarlos es un deber que nos compromete a todos. «Si se perdiera la memoria de los cristianos que han entregado su vida por confesar la fe, el tiempo presente, con sus proyectos y sus ideales, perdería una de sus características más valiosas, ya que los grandes valores humanos y religiosos dejarían de estar corroborados por un testimonio concreto inscrito en la historia», dijo Juan Pablo II en el año 2003.

Edita
Fundación Ramón Orlandis i Despuig

Director: Josep M. Mundet i Gifre
Redacción y Administración
Duran i Bas, 9, 2ª
Redacción: 93 317 47 33
Administración y fax: 93 317 80 94
08002 BARCELONA
<http://www.orlandis.org>
E-Mail: regnat@telefonica.net

Imprime: Campillo Nevado, S.A. - D.L.: B-15860-58

«La Iglesia del segundo milenio ha vuelto a ser Iglesia de mártires»

Homilía del cardenal Lluís Martínez Sistach, arzobispo de Barcelona, en la misa de beatificación del doctor José Samsó y Elias

(Basílica de Santa María de Mataró, 23 de enero de 2010)

CELEBRAMOS con gozo la beatificación del Dr. José Samsó y Elias, sacerdote y mártir, que fue párroco de esta basílica parroquial de Santa María de Mataró, de la que siempre cuidó mucho y a la que promovió para ser declarada basílica.

Agradecemos de corazón al Santo Padre Benedicto XVI que haya acogido mi petición de poder celebrar esta beatificación en el marco del milenario de la parroquia de Santa María y que hoy por medio de su representante que nos ha enviado, el apreciado arzobispo Angelo Amato, prefecto de la Congregación para las Causas de los Santos, haya proclamado solemnemente beato a nuestro querido Dr. José Samsó. Nuestro agradecimiento al Santo Padre se convierte en oración devota y filial por el ejercicio de su ministerio eclesial de sucesor de san Pedro al servicio de toda la Iglesia extendida de Oriente a Occidente.

La proclamación del Dr. José Samsó como beato, así como todos los beatos y santos, pone de relieve los méritos infinitos de Jesucristo, nuestro único Salvador. La Iglesia al venerar la santidad de sus hijos e hijas, da gloria a Dios, porque en los mártires venera a Cristo que estaba en el origen de su martirio y de su santidad. La Iglesia siempre ha encontrado en los mártires una semilla de vida. «Sanguis martyrum semen christianorum» (Tertuliano, *Apologeticus*, 50, 13: PL I, 534). Al venerar hoy a este nuevo beato mártir de la Iglesia, se nos hace presente el recuerdo de la Iglesia del segundo milenio que ha vuelto a ser Iglesia de mártires. Y como afirmaba Pablo VI y nos ha recordado Juan Pablo II, el testimonio ofrecido a Cristo hasta el derramamiento de la sangre ha llegado a ser patrimonio común de católicos, ortodoxos, anglicanos y protestantes (cf. *Tertio millennio adveniente*, 37). Es una herencia que no se ha de perder y que se ha de transmitir para un perenne deber de gratitud y un renovado propósito de imitación.

A la vez la Iglesia de los mártires, que son los testigos más excelentes de su amor a Dios y a los hermanos, siempre pone de relieve el mensaje testi-

monial de perdón y reconciliación, a imitación de Jesucristo quien murió de forma cruenta en la cruz amando y perdonando. Este mensaje y este testimonio de perdón y de amor aparecen claramente en el martirio de nuestro querido párroco de la parroquia que hoy nos acoge.

Es una gracia de Dios que la beatificación del Dr. Samsó, sacerdote y mártir, coincida en este Año Sacerdotal que estamos celebrando por indicación del papa Benedicto XVI, y que quiere ayudar a los sacerdotes a vivir con mayor intensidad el don del sacerdocio y del ministerio presbiteral, recordando al santo párroco de Ars, Juan María Vianney, y también a nuestro beato párroco de esta parroquia de Santa María, José Samsó o a otros santos y beatos sacerdotes de nuestra diócesis. Y esta beatificación también ayudará al resto del pueblo de Dios a valorar y apreciar más la figura y el ministerio de los sacerdotes, orando por ellos y colaborando con ellos en la pastoral, ayudándonos a todos a pedir constantemente a Dios vocaciones sacerdotales. Con gozo los obispos de Cataluña hemos convocado a los sacerdotes de nuestras diócesis a participar en esta Jornada Sacerdotal con motivo de la beatificación de este párroco y mártir.

Nuestro beato nació en Castellbisbal, el 17 de enero de 1887, en el seno de una familia cristiana que lo inició en la vida de fe, de esperanza y de caridad. Ya de muy joven sintió la llamada de Dios a la vocación sacerdotal y se formó en el Seminario Diocesano de Barcelona. Recibió la ordenación sacerdotal el 12 de marzo de 1910, ejerciendo el ministerio presbiteral como vicario de la parroquia de San Julián de Argentona, párroco de la parroquia de San Juan de Mediona y desde 1919 hasta 1936 párroco de la parroquia de Santa María de Mataró.

La formación religiosa y espiritual que recibió en la familia y en el Seminario hizo de él un sacerdote diocesano que dedicó toda su vida y su ministerio a imitación del Buen Pastor, entregándose con generosidad y celo pastoral a todos los feligreses y trabajando incansablemente al servicio de la formación

catequética y religiosa, de la celebración de la fe y del testimonio de la caridad de todos los parroquianos. Vivió con intensidad la espiritualidad propia de un sacerdote diocesano, sintiéndose siempre miembro del presbiterio de la diócesis presidido por el obispo como sucesor de los Apóstoles, y al servicio de la vida cristiana de los miembros de la porción del pueblo de Dios que peregrina en la Iglesia diocesana.

El Dr. Samsó vivió con radicalidad el contenido de la Palabra de Dios que hoy hemos escuchado. Lo hizo siempre en el ejercicio de su ministerio en los momentos socio-políticos que le tocó vivir. Era muy consciente de que «el alma de los justos está en manos de Dios» y de que «si tenemos a Dios a favor ¿a quién tendremos en contra?». Estaba muy seguro, como el mismo apóstol Pablo, de que «ni la muerte ni la vida, ni los ángeles u otros poderes, ni nada del mundo presente o del futuro, será capaz de alejarnos de Dios, quien, en Jesucristo ha demostrado cómo nos ama».

Con este profundo convencimiento que alimentaba su sólida espiritualidad sacerdotal fue el pastor que procuró no faltara nada al rebaño que el Señor le confió, tanto en lo referente a la vida y formación del espíritu como a la ayuda concreta en casos de muchas necesidades. Como ha dicho el Papa Benedicto XVI, «los santos son los verdaderos portadores de luz en la historia, porque son hombres y mujeres de fe, esperanza y caridad» (*Dios es amor*, 40). El testimonio del nuevo beato nos ha de animar a intensificar el propósito que tenemos en nuestra Iglesia de Barcelona de realizar una pastoral diocesana más misionera y evangelizadora, y a todos a «creer en el Evangelio y anunciarlo con nuevo ardor», tal como pedimos los obispos de Cataluña en el documento del año 2007.

Nuestro beato fue un excelente catequeta, de tal manera que el obispo Irurita decía de él que era «el primer catequista de la diócesis». Su dedicación y competencia en el campo de la catequesis le llevó a disponer de un buen número de catequistas que acompañaba y formaba para que la catequesis se adaptara a la mentalidad de los niños. De él se ha escrito que «fue el primero que se percató, antes que ningún otro en España, de la importancia que tiene la formación de los niños en el catecismo. Y fue él quien lanzó la chispa que había de encender el celo catequético» (Dr. Joan Tusquets). El testimonio del Dr. Samsó nos ha de ayudar a valorar muchísimo la catequesis y a intensificar la preparación de buenos catequistas deseosos de perfeccionarse en este arte superior, indispensable y exigente que es la catequesis (Cf. Pablo VI, *Evangelii nuntiandi*, 44), para que faciliten un encuentro personal con Jesús, ya que Benedicto XVI nos ha dicho que «no se empieza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea,

sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con esto, la dirección definitiva» (*Dios es amor*, 1),

Una característica del sacerdote del Nuevo Testamento es, como dice san Pablo, la disposición a «dar la vida» por las ovejas (cf. Fil 2,17). El beato José Samsó vivía esta espiritualidad cristiana y sacerdotal constantemente en el ejercicio de su ministerio. Entregaba su vida incruentamente. Sin embargo, en medio de aquellos tiempos difíciles que vivió, había pensado, e incluso deseado, la entrega cruenta de su vida. Hablando en el Patronato Obrero decía: «Ésta es la flor más perfumada que puedo presentar en mi último día a Nuestro Señor, tan sólo podría hallar una todavía más preciosa: dar mi vida por Jesús». Y el día de san Juan de 1936, decía a una religiosa: «Pongámonos del todo en manos de Dios... Yo, cada día, en la oración, me preparo para el martirio».

Y el Señor le otorgó el don del martirio con el que coronó su vida sacerdotal. Fue el primer día de setiembre de 1936, después de pasar unos días en la prisión de Mataró por su condición de ser el párroco de Santa María, por su condición de ser sacerdote. El martirio de nuestro beato tiene aspectos que imitan muchísimo la pasión y muerte de Jesucristo en la cruz. Detenido la mañana del 30 de julio de 1936, al exigirle que se identificara, contestó: «Yo soy a quien buscáis». Permaneció en la cárcel de Mataró durante un mes. El primero de setiembre se despidió de sus compañeros de prisión con su «Dios sobre todo». Conducido al cementerio de Mataró dijo a los que se disponían a matarlo que «los perdonaba de corazón como Jesús había perdonado a los que iban a clavarlo en la cruz», y exclamó: «Abrazadme, yo os perdono a todos». No quiso que le taparan los ojos, diciéndoles: «Yo no soy un criminal, quiero morir mirando a Mataró y a las Santas que tanto he amado»; puso los brazos en cruz y entregó su vida con el martirio.

Jesús nos ha dicho en el Evangelio de hoy que si el grano de trigo cuando es sembrado muere, da mucho fruto. La fama de santidad de José Samsó se consolidó y aumentó después de su muerte por su fidelidad a la vocación sacerdotal, su celo pastoral como párroco, las celebraciones de la fe, la dirección espiritual, la visita a los enfermos, el perdón de los enemigos y su voluntad de ofrecer la vida por sus feligreses si era imprescindible. En la esquila publicada el año 1939 se leía: «Sacerdote ejemplar, apóstol de los niños, guía de la juventud, maestro de vocaciones, padre de los pobres, celoso de la casa de Dios. Dio su vida por sus ovejas».

Con la celebración de la beatificación de José Samsó ponemos de relieve un servicio que como sacerdote él realizó. El Concilio Vaticano II nos dice que «la llamada a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad va dirigida a todos los

fieles, de cualquier estado o condición, y con esta santidad se promueve, incluso en la sociedad temporal, un estilo de vida más humano» (*Lumen gentium*, 40). Tal afirmación nos recuerda que la fe y la santidad tienen unos efectos benéficos no tan sólo sobre las personas individuales, sino también sobre la sociedad. La santidad es un factor más que contribuye al logro del bien común de la sociedad. Los santos y los beatos son los mejores testigos de

la fe y, a la vez, son unos grandes benefactores de la humanidad. Nuestro beato Dr. José Samsó i Elias, con su vida sacerdotal ejemplar y con el testimonio de perdón y reconciliación de su muerte, ofrece una aportación muy positiva y muy necesaria para que nuestra sociedad avance por caminos de perdón y de reconciliación y alcance un presente y un futuro fundamentado en los auténticos valores de la espiritualidad, de la fraternidad, de la justicia y de la paz.

«El mártir cristiano es un testigo de la vida y no de la muerte»

*Mensaje de monseñor Angelo Amato,
prefecto de la Congregación para las Causas de los Santos*

EMINENCIAS, excelencias, sacerdotes, religiosas y religiosos, estimados fieles. Nuestra acción de gracias se eleva en primer lugar a la Santísima Trinidad, que es el origen y fundamento de toda santidad. Un recuerdo de filial gratitud va también al Santo Padre, por el precioso don de la beatificación del sacerdote mártir José Samsó y Elias. Es un signo de la estima y del amor que Benedicto XVI demuestra hacia vuestra patria, tierra prolífica de santos y de santas.

Nuestro beato mártir es una gloria de la Iglesia, un modelo de sacerdote católico y un orgullo de esta noble tierra catalana. No lo mataron porque se hubiera manchado de delitos, sino sencillamente porque era sacerdote, porque creía en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, porque rezaba, porque proclamaba el Evangelio de Jesús, porque enseñaba la bondad y la verdad al pueblo de Dios, sobre todo a los jóvenes.

Los fieles de la basílica parroquial de Santa María cuentan que el «Doctor Samsó» —como solían llamarle— era un hombre culto, un modelo de catequista y un sacerdote caritativo con los pobres. A los monaguillos, que en invierno llevaban alpargatas, les daba dinero para comprarse zapatos. Ayudaba a las familias necesitadas para que pudieran comprar pan, vestidos y lo necesario para vivir. Era considerado por todos un santo.

Cuando estalló la persecución, presintió que la furia del odio le alcanzaría también a él. Fue denunciado y encarcelado. Cuando llegó la noticia de la muerte del hermano Emiliano María Guilà Ximenes, monje de Montserrat e hijo de Mataró, el doctor Samsó dijo que Mataró tenía, en este monje, a su primer mártir y que, por consiguiente, se acercaba también su hora. La cárcel se convirtió en su parro-

quia: rezaba, confesaba y consolaba. Recibía y administraba también la Eucaristía, gracias a aquellas personas que conseguían introducirla en la cárcel con la comida.

Los testigos refieren que subió las escaleras del cementerio, lugar del martirio, como si subiera al altar para ofrecer el Santo Sacrificio; parecía Jesús en el Calvario. A los que iban a matarlo les dirigió palabras de perdón: «Perdono a todos de todo corazón»; esta fue su homilía. Rechazando que le vendasen los ojos, dijo en catalán: «Yo no soy un criminal; quiero morir de cara a Mataró y a las Santas que tanto he amado».

¿Qué nos dice hoy el beato mártir José Samsó y Elias?

A todos los fieles les recuerda que el mártir cristiano, como Jesús, no odia y no mata, sino que ama y perdona. El mártir cristiano es un testigo de la vida y no de la muerte. La celebración de hoy nos invita a todos a ser santos e inmaculados en el amor (Ef 1,4). Nuestra sociedad, que a veces olvida o rechaza la palabra de Dios, necesita la fuerza de nuestra fe y el ardor de nuestra caridad.

A los sacerdotes y a los párrocos, comprometidos generosamente en el apostolado, el beato mártir José Samsó i Elias les muestra que al desprecio hay que responder con la caridad, a la ingratitud con la misericordia, a las ofensas con el perdón, a la desesperación con la esperanza, a la descristianización de la sociedad con la propia santificación. Hoy, más que nunca, los sacerdotes están llamados a la santidad, a ser verdaderamente sal de la tierra y luz del mundo (cf. Mt 5, 13-14).

Que el beato mártir José Samsó i Elias, hijo glorioso de esta tierra, continúe inspirando pensamientos y acciones de bondad, de compartir y de paz.

Ante la beatificación de mosén José Samsó y Elias

JOSÉ-JAVIER ECHAVE-SUSTAETA

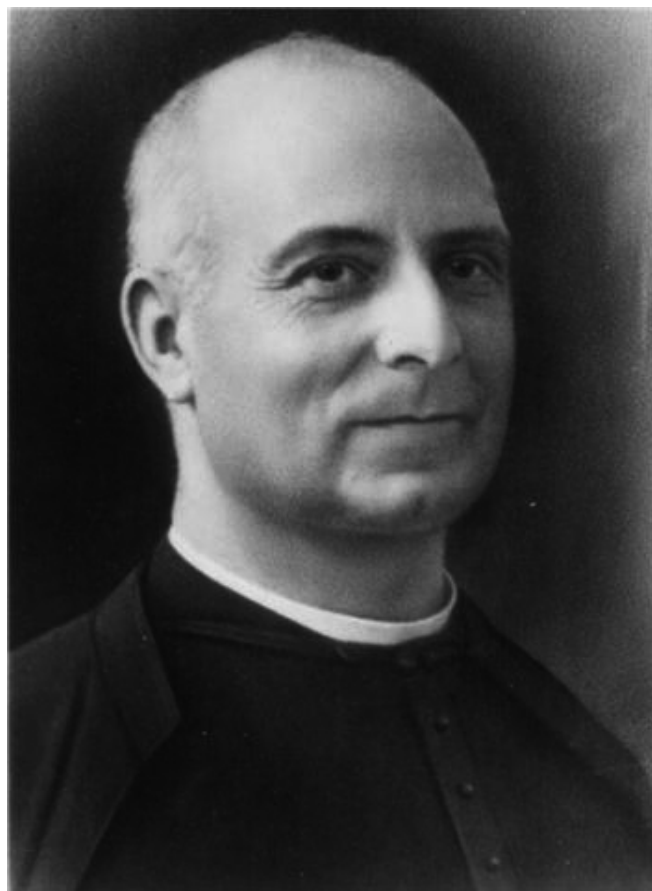
«*Déu sobretot!*» (lema de nuestro nuevo beato José Samsó)

Dios sobre todo!», expresión que salía de los labios del doctor Samsó cuando sufría o le contaban alguna grave contrariedad a la única causa que defendió siempre: la de Dios por encima de todo, popularización del «Soli Deo honor et gloria», para que todos pudieran entenderlo. La feligresía Teresa Cuadrada que tenía refugiado en su casa al doctor Samsó, refiere que el 29 de julio de 1936, víspera de su detención, le preguntó: «¿por qué Dios permite tan gran mal que destruye los templos, y persigue a muerte a sacerdotes y católicos consecuentes?, y dice: «El doctor Samsó nos respondió: «*¡Para su mayor gloria!*». Eso era su «*Déu sobretot!*»

Jesucristo, Rey de los Mártires, le había elegido antes de nacer para ser su testigo de sangre. Por eso le llamó al sacerdocio, le fue preparando mediante una vida ejemplar, y, frente al naturalismo posibilista que ponía su esperanza en transacciones malminoristas con los enemigos de Dios, le inspiró su sobrenatural lema «*Déu sobretot!*», y, llegada la hora, el Espíritu Santo le concedió su don de fortaleza para cumplir la inexorable exigencia del Buen Pastor: dar la vida por sus ovejas.

El doctor Samsó enseñaba a sus alumnos de catequesis ante todo el primer mandamiento: «No tendrás otro Dios más que a mí», que él expresaba con su: «*Déu sobretot!*», y les explicaba que ello quiere decir que Dios está por encima de todo, de la patria, del poder político, de la riqueza, de la cultura, y de la ciencia, y que todo eso debe estar al servicio de Dios. Es lo que predicó siempre el doctor Samsó con su «*Déu sobretot!*», y fue por lo que el Sane-drín, de quienes entonces pretendían construir una ciudad sin Dios, en tenebroso conciliábulo en la noche del 31 de agosto en el ayuntamiento, convino que el testigo emblemático de Cristo en Mataró, el doctor Samsó, «debía morir por el pueblo».

Al día siguiente, al mediodía del 1 de septiembre de 1936, al abrirse el cerrojo de la celda donde se hallaba con otros presos en la cárcel y una voz ordenó: «¡José Samsó, póngase la chaqueta!», el nuevo beato la cogió, dirigió a todos una serena y cariñosa mirada, y éstas fueron sus dos últimas palabras: «*Déu sobretot!*» que compendian la razón de su vida y la causa por la que él iba a entregarla, y los enemigos



de Dios a arrebatarla, en breves momentos.

Setenta y tres años después, el olvido del ejemplo de nuestros mártires ha llevado al acelerado avance de la apostasía en tantas de sus familias, y los descendientes de sus verdugos no proponen como entonces acabar violentamente con la Iglesia, sino, más sutilmente, ponerla sólo al servicio de causas humanas (tales como el progreso de los pueblos, la conciencia de comunidad nacional, la convivencia democrática, el panteísmo ecologista o la alianza de civilizaciones). La santa Iglesia de Dios con la glorificación del mártir del «*Déu sobretot!*» quiere recordarnos que hay que sobrenaturalizarlo todo, porque nuestro auxilio está sólo en el nombre del Señor, pues, como enseñaba el doctor Samsó, poner a Cristo al servicio de alguno de esos mitos es idolatría, y, no se debe adorar a nadie mas que a Él.

En sus designios de misericordia, Dios providente ha determinado que nuestra santa Madre Iglesia eleve hoy a los altares a su fiel siervo José Samsó, a quien su obispo, que le seguiría en el martirio tres meses después, en identidad de pen-

samiento, calificó como «El faro que más alumbra de mi diócesis». Pidamos a Jesucristo, Rey de los Mártires, que con la luz del nuevo beato, puesta en el candelero con su beatificación, disipe las tinieblas que se ciernen amenazantes sobre nuestra tierra, y que esta glorificación sea primicia de la gloriosa saga de mártires que empaparon con su sangre la tierra catalana, presidida por su inolvidado pastor monseñor Manuel Irurita, en cuya intercesión tenemos puesta nuestra esperanza.

Los designios del Corazón de Jesús han dispuesto que la beatificación del doctor Samsó coincida, con pocas semanas de diferencia, con la de su querido Bernardo de Hoyos, que nos anunció la gran promesa de que el Corazón de Jesús reinaría en España, reinado por el que el beato José Samsó ofreció su vida, tal como cinco meses antes de su inmolación escribía a sus antiguos dirigidos, los novicios José y Javier Vergés: «¡Ojalá el Señor nos honrase escogiéndonos como víctima agradable para la salvación de España, para el reinado definitivo del Sagrado Corazón y de su santísima Madre en España!».

¿Quién era el doctor Samsó?

EL doctor José Samsó y Elias es el primer párroco diocesano de los centenares que en nuestra diócesis de Barcelona fueron martirizados en la persecución religiosa de 1936-1939, que al cabo de tres largos cuartos de siglo va a ser beatificado. Es muy conocido gracias a su biografía escrita por su conciudadano, mosén Salvador Nonell: *El doctor José Samsó Elias, párroco-mártir de Sta. M^a de Mataró (Barcelona), y su tiempo*, editada en 1986 por Hispania Martyr. Muchas son las virtudes y méritos pastorales de este sacerdote ejemplar, martirizado a sus 49 años, tras 26 de sacerdocio, pero como lo decisivo para la beatificación por martirio es la acreditación de la muerte causada por odio a la fe, nos centramos en los tiempos de persecución que culminaron en su martirio.

José Samsó nació en Castellbisbal el 17 de enero de 1887. A los siete años murió su padre, farmacéutico del pueblo, y con su madre y hermana se trasladó a casa de una tía en Rubí. José estudiaba en el colegio de los maristas, y mosén Joaquín Cañis le preparó para la primera Comunión, y le enseñó latín cuando le dijo que sentía vocación sacerdotal. Al ingresar en el seminario la familia vino a vivir a Sarriá, donde su madre se ganaba la vida con dificultad como costurera. José no tenía buena salud; era externo, y cada día bajaba por la mañana y subía a pie por la tarde. Las oraciones de su madre a los pies de Nuestra Señora del Sagrado Corazón lograron su curación, y gracias a una beca, pudo prose-



El obispo de Barcelona don Manuel Irurita y el beato José Samsó. Dos almas paralelas en sus inquietudes pastorales y en la ofrenda martirial de sus vidas por las ovejas de su rebaño.

guir sus estudios ya como interno en el seminario conciliar.

Alumno destacado en piedad y en letras, en 1909 el obispo monseñor Laguarda le nombró su familiar, compatibilizando sus estudios con la obtención del doctorado en Teología Dogmática en el Seminario Pontificio de Tarragona. Ordenado sacerdote en 1910, fue vicario de San Julián de Argentona; rector de San Juan de Mediona, y en 1919 era nombrado ecónomo de Santa María de Mataró, de la que en 1924 sería ya párroco.

El 6 de octubre de 1934

LA premonición del doctor Samsó de que Jesucristo le llamaba a ser su testigo por la sangre, arranca de la efímera por fracasada, persecución del 6 de octubre de 1934, en que los mismos que luego triunfarían en el 36, pretendieron quemar su basílica de Santa María. Aquel día, sobre las nueve de la mañana, unos hombres armados, exhibiendo un carnet sindical, se presentaron en la

casa rectoral diciendo que tenían orden de efectuar un registro. Cortaron el teléfono y obligaron al párroco, sacerdotes y sacristán a pasar a la iglesia. Amontonaron sillas y bancos, echaron líquido inflamable sobre el altar mayor, y a punta de pistola conminaron al doctor Samsó a prenderle fuego, a lo que éste, impasible, se negó. El hijo del campanero pudo huir y pedir auxilio. Al estar custodiadas las puertas por otros pistoleros, los vecinos lograron entrar en la iglesia por el huerto de la rectoría, y con agua del pozo transportada en cadena de cubos, pudieron impedir la extensión del incendio, que ya había calcinado el altar de las Ánimas.

El doctor Samsó escribe: «El Señor me comunicó una fuerza tal que yo parecía impasible, y me recordaba que nada sucede sin su divina licencia... y que quizás ya no se presentaría nunca ocasión de una muerte tan gloriosa como hubiese sido la de morir en aquel trance... con todo ha querido participase de la gloria de los que han merecido sufrir algo por su santo nombre.» (Carta de 21 de enero de 1935 a sor Generosa Nogueras) «...lo que sucedió en mi querida basílica el 6 de octubre, de tejas abajo es horroroso; mas tejas arriba es envidiable, deplorando fuera tan poca cosa... El Señor me asistió de un modo muy particular, y si algo hubiese valido ya me hubiese hecho la merced del martirio.» (Carta a la hermana Vergés en Burdeos el 31 de mayo de 1935)

En el Juzgado de Mataró se abrió proceso a los detenidos acusados de incendio frustrado de la basílica de Santa María. Uno de ellos era Liberto Peiró, de las Juventudes Libertarias, hijo del famoso líder cenetista Juan Peiró. El doctor Samsó dijo a los llamados a declarar que él no iba a reconocer a ninguno de los acusados, que ellos hicieran lo que creyeran oportuno. Todos siguieron el parecer del párroco. Así lo declaran el hijo del campanero Pinart y Pere Montserrat i Bascu, a quien el alguacil del juzgado, Isidro Villegas, le confirmó: «El Sr. Rector no reconoce a ninguno de los acusados». Los incendiarios fueron absueltos.

«Ganen las derechas, ganen las izquierdas, quien gobierna en España y en el mundo entero es nuestro Dios, el cual sabe escribir recto con líneas torcidas.» (Carta del doctor Samsó tras las elecciones de febrero de 1936)

A partir del triunfo del Frente Popular en las elecciones del 16 de febrero de 1936 la convicción de que Dios le llamaba a ser su testigo por el martirio, se fue haciendo más presente en el ánimo del doctor Samsó, y su hermana Montserrat declara que a menudo le decía a su madre: «Ruego a Nuestro Señor que si me tiene destinado para el

martirio, me dé fortaleza para sufrirlo». El 7 de marzo escribía a sor Generosa Nogueras, afligida por el resultado electoral: «Los que intentan perseguirme me prestarán mayor servicio que los que más tiernamente me han amado»... «Veo que tu aflicción ha aumentado considerablemente con el resultado de las elecciones últimas en nuestra Patria. Y con razón. Con todo no te aflijas, piensa que ésta es la voluntad de Dios, y que es para bien de los que de veras le aman... Ganen derechas, ganen izquierdas, quien gobierna en España y en el mundo entero es nuestro Dios, el cual sabe escribir recto con líneas torcidas. Cuánto bien no sacaron los mártires del odio de los tiranos, y cuánto bien no reportó a la Iglesia la sangre que derramaron...»

Y animaba a otra religiosa angustiada que le consultaba: «Morir es ganancia para quien sabe que se va a la Patria, a la casa del Padre, a la tierra de los vivos. Adelantar el tránsito algunas horas por amor a Jesucristo sería un honor y una gracia tan grande que nunca podríamos agradecerse bastante. Así pues, tranquila y corazón animoso, sonriente y alegre.»

Doña Remei Pasqués declara en la causa de martirio del doctor Samsó: «Al saber que iba a Vic, mi confesor el doctor Samsó me pidió: «que fuera al sepulcro del padre Claret y allí rezara una parte del Rosario con la intención de que ya que presentía que venían días de dolor para la Iglesia y que él sería uno de los primeros mártires, supiere ser verdaderamente mártir de Jesucristo.»

«¡Ojalá el Señor nos honrase escogiéndonos como víctima agradable para la salvación de España, para el reinado definitivo del Sagrado Corazón y de su santísima Madre en España!»

EN carta de 30 de marzo de 1936 a sus antiguos dirigidos, los hermanos José y Javier Vergés que estaban en el noviciado de los Misioneros del Sagrado Corazón en Logroño, les escribía: «El corazón se me llena de pena al ver de lo que son capaces los que a cada momento están proclamando libertad y no pueden tolerar que haya quien piense en Dios, en el alma, en la eternidad. Pobres desgraciados, obcecados por la rabia de Lucifer contra el Salvador. Dichosos en cambio, los que tienen la suerte de sufrir algo por la causa de Jesucristo.

Confesamos que se cometen muchos pecados y estas manchas hay que lavarlas con sangre inocente que con generosidad se una al sacrificio del Cordeiro inmaculado. ¡Ojalá el Señor nos honrase escogiéndonos como víctima agradable para la salvación de España, para el reinado definitivo del Sagrado Corazón y de su santísima Madre en España!»

Y ya en vísperas de la Revolución, escribía a la

hermana Carmen Majó: «Todos los días en la oración me preparo para el martirio, porque estoy convencido de que la Revolución que se acerca será de hechos y no solamente de amenazas.» (Carta del 24 de junio de 1936), aunque sabía que «El martirio es un beneficio y un alto honor, que sin una gracia especial del Señor no podemos prométernos. Y si hemos sido elegidos para sacrificar nuestras vidas, no nos faltará a su debido tiempo la gracia del Altísimo.» (Doctor Samsó en casa de la familia Ximenes-Quadra. Julio 1936)

«Yo he defendido siempre a la Iglesia con todo menos con armas.» (El doctor Samsó en la noche del 19 de julio ante la policía secreta enviada a detenerle desde Barcelona)

EL domingo 19 de julio el doctor Samsó aún pudo decir la misa de 12 en su parroquia, pero al terminarla tuvo que cerrarla y encerrarse en casa. El testimonio de su hermana Montserrat es elocuente: «A las tres de la madrugada un grupo de la policía secreta de Barcelona, acompañados por dos funcionarios del Ayuntamiento de Mataró, llamaba tan fuerte a la puerta de la rectoría, que estremecieron a todo el vecindario... Antes de abrir, mi hermano telefoneó al Ayuntamiento, contestándole que abriera de inmediato... Al ver al doctor Samsó le dijeron que venían a detenerlo y llevárselo a Barcelona. Yo –continúa Montserrat– les dije: “Miren, a mi hermano tanto se le da la vida como la muerte, pero tengan compasión de nuestra pobre madre, anciana y enferma; si se lo llevan, la matarán”. El registro duró tres horas... buscaban armas. Mi hermano les dijo: “Yo he defendido siempre a la Iglesia con todo menos con armas”... Por fin le dijeron que no le detendrían... mi hermano les obsequió con vino y pastas.» Su biógrafo mosén Salvador Nonell hace una sugerente pregunta: «¿Quién de Mataró comunicó a Barcelona que debían registrar Santa María y detener al doctor Samsó, ya ese domingo 19 de julio de 1936?»

«¡Señor, salvaos Vos, y salvadnos!, si es vuestra santa voluntad»

POR la tarde –sigue Montserrat– dije a mi hermano que debido a los acontecimientos teníamos que marcharnos de la rectoría antes de que fuese demasiado tarde; me respondió rotundamente que ¡No! Pero al cabo de un rato, vistas las circunstancias, dijo que preparásemos las cosas para marchar. Primero salieron las mujeres, refugiándose en casa Sisternes. Antes le di el traje de seglar y me dijo que le repugnaba ponérselo. Inmediatamen-

te besó a la madre en la frente diciéndole: «Adéu mareta, si no ens veiem més, fins al cel» (Adiós madre, si no nos vemos más, hasta el Cielo).» Después, con unos seglares y los vicarios, sacaron solemnemente a Jesús del Sagrario y lo llevaron a un escondite en la capilla de los Dolores.» (Declaración en la causa de la hermana del mártir, Montserrat Samsó).

Mosén Joan Comas i Pujol –uno de estos sacerdotes– continúa el relato: «El párroco propuso salvar la Eucaristía, y nos trasladamos a la capilla del Santísimo, donde el doctor Samsó, debidamente revestido, hizo la exposición menor, con canto de «Pange Lingua», rezo de seis padrenuestros, breves palabras alusivas al acto y bendición, organizándose seguidamente con seis cirios una miniprocesión hasta la cripta de la capilla de Nuestra Señora de los Dolores, donde, detrás del altar que presidía la nave, fue ocultado el Sacramento. Y aquí fue donde oí las últimas palabras trascendentes del doctor Samsó: “Señor, salvaos Vos, y salvadnos si ésta es vuestra santa voluntad”... Ya en la calle la radio anunciaba la rendición del general Goded. Poco después el doctor Samsó abandonaba la rectoría, y, tras cenar en casa de un feligrés (Junquera), y acompañado por éste, se dirigió al refugio previsto.»

El refugio era el domicilio del matrimonio Joaquín Ximenes y Teresa Cuadrada, en la calle Enrique Granados, conocida por «el Carreró». La familia escribió una memoria de la estancia del doctor Samsó en su casa, que comienza así: «Vino el 19 de julio a las diez y media de la noche; vestía traje de lana a rayas, zapatos negros, gorra y gafas ahumadas. Sus primeras palabras al entrar en casa, fueron: “Déu sobretot!”; después rezamos el Santo Rosario, y él, muy agitado, se retiró a descansar, sin poder lograrlo en toda la noche, según manifestó al día siguiente.»

30 de julio, del refugio a la cárcel

EL 29 de julio supo el doctor Samsó del asesinato de su ex-vicario, mosén José Martí Durán en Vilafranca del Panadés, e invocando el texto evangélico «si os persiguen en una ciudad, huid a otra» (Mt 10,23), planteó la conveniencia de su salida de Mataró a la familia que le acogía, que así lo refiere: «A media tarde llegaron noticias de Barcelona de cómo eran perseguidos los sacerdotes... Bajó a cenar a las nueve, y mientras cenábamos comenzó a hablar de irse a Barcelona donde estaría más seguro al no ser tan conocido como aquí... Acordamos que la salida se haría el jueves 30 a las 5 y cuarto de la mañana, pues no sabíamos exactamente la hora del tren...»

«El día 30, de acuerdo con lo convenido, él salió a las cinco y cuarto, y yo unos minutos después, siguiéndole los pasos... Supimos que el tren salía a las seis, y en el andén... se sentó en un banco y se puso a leer el diario... Como hacía frío, entró en la sala de espera. Abrieron la taquilla y compré un billete para el Empalme. Cuando faltaban unos diez minutos para la llegada del tren, vinieron unos milicianos que entraron en la sala de espera... llegaron otros... dos de ellos cargaron el arma y salieron al poco llevando en medio al doctor Samsó como se lleva a un malhechor, y, atravesando el vestíbulo, se dirigieron a la calle Lepanto.» (Joaquín Ximenes)

33 días entre rejas. «*Demà em portarà l'esmorzar que tant m'agrada*»

JOAQUÍN M^a de Nadal, secretario particular de Cambó, y dirigente de Acción Católica, que había sido detenido en Caldetas e ingresado en la cárcel de Mataró el 29 de julio, había pedido a Dios algo muy difícil en aquellas circunstancias: un sacerdote que le ayudase a bien morir, y escribe: «Chirriaron los cerrojos de la puerta que comunicaba la entrada de la cárcel con el patio. La puerta se abrió y se cerró de golpe. Respiramos. Uno se encaramó y por la mirilla de la puerta advirtió de la llegada de un nuevo detenido. Agolpados a la mirilla, alguien dijo: “Es el doctor Samsó, el párroco de Santa María”. Yo sentí dentro de mí un hondo sobresalto: la muerte no podía estar lejos puesto que Dios me mandaba el sacerdote que la víspera le pedía... Cuando a las ocho de la mañana nos abrieron la portezuela que comunicaba con el patio, todos nos precipitamos a saludarle. Estaba sereno, tranquilo, sonriente... Le pedí confesarme. Se sentó en un poyo de piedra a un lado del patio... fueron muchos los que se sentaron después en aquel poyo y se levantaban transfigurados.» (Joaquín M^a de Nadal. «Mataró» 21-oct-1944).

El escolapio mataronés padre José M^a Sirés, preso también en la cárcel, donde confesó al doctor Samsó en la víspera de su muerte, escribe: «Con él entró la serenidad en la mazmorra», y recuerda estas sus palabras: «Dios me llama: oigo su voz y bendigo sus bondades. ¡Gracias, Señor, que así distingues a tu siervo. Tú eres la santidad, la justicia y el orden. Yo soy tu ministro que moriré por la fe, por la grey que me has confiado, por mis enemigos, por la Patria! Veo los cielos abiertos: una corona, una palma son el premio de los que en ti esperan. ¡Señor, salva a tu pueblo, Señor, recibe mi alma!». (P Periódico *Mataró*, de 31 de octubre de 1940)

En los primeros días de revolución «La familia

Gironés, que llevaba cada día la comida al doctor Samsó a la cárcel, se puso de acuerdo con la familia Montserrat para llevarle escondida la comunión. Comulgaba dos días por semana. El primer día que comulgó el doctor Samsó fue el de la Asunción. La antevigilia de su inmolación le dijo a la Sra. Gironés: «“Demà em portarà l'esmorzar que tant m'agrada” (Mañana me traerá el desayuno que tanto me gusta). Aquel día Carmen no pudo ir a la cárcel, haciéndolo al siguiente, que fue el de la inmolación, en que, providencialmente, el doctor Samsó pudo recibir la Eucaristía como Viático.» (Declaración de D^a. Josefa Carbó Masachs, su hija Coral Gironés Carbó y de D^a Carmen Montserrat i Recoder)

Conviene que uno muera por el pueblo (Jn 11,50)

ALGUNOS dirigentes del Frente Popular de Mataró, por distintos motivos, se interesaron en salvar la vida del doctor Samsó haciendo gestiones en su favor ante el «Comité», al que otros le echaban en cara su debilidad de ser de los menos justicieros, es decir sanguinarios, de Cataluña, y le urgían a actuar implacable y ejemplarmente. Así «Llegó el 1 de septiembre de 1936. El Frente Popular de Mataró precisaba llevar a cabo un acto que, por su repercusión, hiriese la fibra más sensible del pueblo cristiano mataronés, y con realismo diabólico supo escoger muy bien: asesinando al rector arcipreste doctor Samsó, simbolizaban su deseo de exterminio de toda la Iglesia Católica.» (Mosén Salvador Nonell: *Mártires de Mataró*).

En el artículo 117-28 de la causa de beatificación, se lee: «Según versión general, la noche antes de su muerte en larga y agitada sesión del Ayuntamiento –léase Comité– la columna “Malatesta” antes de salir para el frente exigía la entrega de los presos de la cárcel para sacrificarlos. Había aquel día en la cárcel 33 detenidos, y la contraoferta fue que en lugar de matar a los 33, que muriera uno sólo, el doctor Samsó, pues, dada su personalidad y representación eclesiástica, su repercusión pública sería máxima. El Comité acabó aceptando la transacción, remedo evangélico, de que “conviene que este hombre muera por el pueblo”. El Buen Pastor daba de nuevo la vida por sus ovejas, y cumplía así su misión de víctima escogida».

La aceptación por los dirigentes del anarquismo de la vida del doctor Samsó como víctima emblemática propuesta por el sanedrín local del Frente Popular reunido aquella noche en el Ayuntamiento, refleja como el odio satánico contra Cristo y su Iglesia era prioritario a su proclamado programa de revolución social. Los consensuantes tenían preso



LA COLUMNA MALATESTA SALE DE MATARÓ HACIA EL FRENTE

A las dos y media de la tarde ha salido del cuartel la columna Malatesta, compuesta por milicianos y compañeros de todo el Maresme. Precedía a la columna un auto blindado. Seguía una sección de la Cruz Roja, la Banda Municipal sin uniforme y aumentada con profesores del Sindicato Musical, dirigida por el maestro Llorá. Venía detrás todo el contingente de la columna, muy bien equipada y con muchas banderas de la C.N.T. Al llegar al Ayuntamiento la banda ha tocado «La Internacional» en medio de grandes ovaciones y vivas a la Libertad, a la C.N.T., a la F.A.I. y mueras al fascismo. Hecho el silencio ha hablado un representante de la F.A.I., el cual ha dicho que esta mañana se ha comenzado a hacer justicia fusilando de cara al ex-rector de Santa María.

El periódico Llibertat, òrgano del Comitè antifascista de Mataró, salía entre las 6 y las 7 de la tarde; por eso pudo insertar la noticia del martirio el mismo día 1 de septiembre.

en la misma cárcel nada menos que a Joaquín M^a de Nadal, secretario particular de Francisco Cambó, el denostado fundador y factótum de la Lliga, máxima expresión, según ellos, de la opulenta burguesía, insaciable explotadora de la sangre del obrero, pero, puestos a elegir una sola víctima, no exigieron su cabeza, sino la de un abnegado párroco pobre, cuya caridad con los menesterosos era notoria. Ignoraban que cumplían los anhelos de su víctima que cuando rezaba el Rosario con todos los presos les decía: «¡Dios sobre todo!, si tiene que morir alguien, yo seré el primero, pero no me preocupa, pues es la voluntad divina». (Testimonio de José Vives i Pàmies, prisionero en la cárcel de Mataró). Así fue; su ofrecimiento fue aceptado por el Rey de los Mártires, y el doctor Samsó fue la primera y única víctima de sus 33 compañeros de prisión.

La Columna «Malatesta». Incontrolados y «controladores»

LA columna fue reclutada entre los anarquistas del Maresme, y Juan Peiró le puso el nombre del anarquista italiano Enrico Malatesta. Cumplida su exigencia, marchó aquella tarde a Barcelona, y luego al bajo Aragón.

«Aquellos días se estaba ultimando la recluta de una columna de la CNT... y corrió la voz de que los milicianos se negaban a partir, si antes no se ejecutaba al arcipreste doctor Samsó. Bachs y Layret, antiguos miembros de la Congregación Mariana y de la “Federació de Joves Cristians”, que militaban en “Estat Català” fueron a Mataró a hablar con el al-

calde Salvador Cruixent y con el jerifalte cenetista Juan Peiró para que se respetase la vida de aquel sacerdote. Domingo Gironés (también congregante, fejecista, y miembro de “Nosaltres Sols”, íntimo amigo del doctor Samsó, del que su familia cuidaba de su comida en la cárcel) hizo otra gestión semejante. Cruixent y Peiró intentaban oponerse a quienes pedían la muerte de Samsó.» (Esteve Albert: *Quatre boïgs de Mataró*, p. 149).

Todos los políticos eran conscientes del precio puesto por los capitostes de la Columna Malatesta a su marcha de Mataró, y quienes en la sesión nocturna del Ayuntamiento exigieron, mercadearon y autorizaron la muerte del doctor Samsó, no eran unos «incontrolados» ni unos descerebrados como el gitano llamado el *Cadiraire*, ni el tintorero *Geperut* (el *Jorobado*) Bruguera, pobres «mandados», encargados de ejecutarla. El doctor Samsó estaba preso por orden de la autoridad oficial, en una cárcel oficial y bajo vigilancia y responsabilidad de funcionarios públicos. En esta situación a algunos de estos responsables les contrariaba tener que entregar oficialmente a un preso tan conocido para que lo asesinaran, pero accedieron, ya que sin su connivencia el crimen no se hubiera perpetrado.

El beato José Samsó y el cenetista Juan Peiró

JUAN Peiró, antiguo trabajador del «Forn del Vidre» de Mataró, se convirtió en uno de los máximos líderes de los anarquistas al que seguían como a un mesías. «Para muchos trabajadores Peiró era un Dios», reconoce Vila Palomar, autori-



Cuerpo del doctor Samsó en el lugar donde sufrió el martirio.

dad que le llevaría a ser nombrado ministro de Industria en Madrid en noviembre del 36. En aquel verano formaba parte del Comité Local Antifascista de Mataró. No consta estuviera en la agitada tenida nocturna del 31 de agosto, pero Joan Comas i Pujol en su libro cita a un testigo presencial que afirma que al presentarse al día siguiente ante Peiró en el Salón de Sesiones del Ayuntamiento uno de sus hombres de acción y decirle que acababan de matar al rector de Santa María, le recriminó furioso: «¡Asesinos, este hombre era mío, ladrones, me lo habéis robado!», expresión más de inoportunidad política que de condena moral.

Sigue diciendo el testigo que luego, ya a solas, Peiró le dijo: «Esto no es una revolución, es un conjunto de asesinatos, y pensar que algunos me culparán a mí de esta muerte. ¡Y era una buena persona!». Sin duda en ese momento recordaba como dos años antes el asesinado José Samsó había librado a su hijo de la cárcel, declarando piadosamente no reconocerle como uno de los que, siguiendo las consignas paternas, le conminaba a punta de pistola a incendiar su basílica.

«La destrucción de la Iglesia, es un hecho de justicia» (Joan Peiró, *Llibertat*, 5 de septiembre de 1936)

CONCEDIENDO la no intervención personal de Juan Peiró en la muerte de José Samsó, al que tenía por buena persona y a quien estaba agradecido, pasada la primera indignación por la actuación de sus secuaces que habían cumplido al pie de la letra sus consignas, aunque esta vez sin consultarle, su pensamiento respecto al asesinato de cuantos sacerdotes cayeran en sus manos quedaría paladinamente de manifiesto cuatro días después, el 5 de septiembre, al publicar con su firma en *Llibertat*, bajo el título «La Columna Malatesta a Casp» la

justificación moral del crimen y de sus ejecutores materiales: «La Iglesia, a través de los siglos, ha sido siempre aliada de los tiranos, ha sido actora de todos los hechos criminales, y es ella, en manos de los privilegiados, la que predica e impone a los pobres de espíritu, la sumisión a los poderosos y a los que se lo pasan bien. La destrucción de la Iglesia, es un hecho de justicia, porque la Iglesia representa un poder político, la finalidad del cual es la esclavización espiritual y social del pueblo.» Bruguera, el *Geperut* y el gitano *Cadiraire*, infelices discípulos de Peiró, al fin y al cabo no hicieron sino cumplir al pie de la letra el acto de justicia que éste les predicaba, pues no participaban de sus motivaciones personales para hacer excepción con este sacerdote respecto a lo que había que hacer con todos los demás.

«Matar a Dios, si existiera, al calor de la Revolución, cuando el pueblo, inflamado por el odio justo, se desborda, es una medida muy natural y muy humana.» (Joan Peiró)

JOAN Peiró en su libro *Perill a la reraguarda* proclama: «El anatema general contra los mosqueteros con sotana, y los requetés engendrados a la sombra de los confesonarios, fue tomado al pie de la letra: se ha perseguido y exterminado a todos los sacerdotes y religiosos únicamente porque lo eran. La destrucción de la Iglesia es un acto de justicia. Matar a Dios, si existiera, al calor de la Revolución cuando el pueblo, inflamado por el odio justo, se desborda, es una medida muy natural y muy humana.»

No alcanzamos a comprender como alguno de los organizadores de los actos a celebrar en Mataró osa justificar la conducta de quien con tales afirmaciones, no improvisadas en el calor de un mitin, sino reflexiones en un libro, incitaba a tantos desalma-

Monolito en el cementerio de Mataró que recuerda el martirio del beato José Samsó.

dos a cumplir «al pie de la letra» –como hicieron con el doctor Samsó– sus criminales consignas de muerte contra nuestros mártires.

Inmolado frente a la capilla en que el doctor Samsó predicaba el *Via Crucis* cada Viernes Santo

A las 11 de la mañana del 1 de septiembre, el Lancia conocido como «el coche fantasma» con que se hacían los «paseos», se detenía ante la cárcel de Mataró. Junto a tres milicianos se aparearon unos policías del Comité de Salud Pública que tutelaba al Gobierno municipal. Los policías exhibieron la autorización oficial por la que el director del centro, Llisorgas, hasta entonces protector de la vida del preso José Samsó, debía entregárselo. Por la mirilla sus compañeros vieron como salía maniatado. Le subieron al «auto de la muerte». Un testigo ha dicho que, sabiendo que iban a matarle, les pidió lo hicieran en el cementerio parroquial desde cuya explanada podría despedirse de su querida Santa María y de su ciudad. Otro afirma que al salir de la cárcel dijo: «¡Gracias a Dios! Ahora podré unirme a los míos!» (Joan Comas: *El Dr. Samsó y el martirio*. Mataró, 1986)

En el proceso consta como un patrullero refería: «Al llegar a la explanada dirigió un “discurso” a los que debían ejecutarle. Hasta que al fin uno de los milicianos dijo: “Basta ya, que aún nos convencerá”, y fue ejecutado».

Jaime Ferrando Grau, antiguo monaguillo de Santa María, declara que el día de la muerte del doctor Samsó, junto con un amigo vio como le sacaban de la cárcel, y llevados por la intuición corrieron al cementerio. La puerta estaba cerrada, pero saltaron la tapia del cementerio civil, entraron en el católico, y treparon a uno de los cipreses, desde el que vieron como el doctor Samsó subía las escaleras, y como «desde el escondite del ciprés él oyó como le preguntaban si quería le vendaran los ojos, a lo que respondió que quería morir de cara a su ciudad. Que entre los que le ejecutaban había uno (el *Cadiraire*) que con mucha frecuencia pasaba por su despacho pidiéndole limosna. Al verle el doctor Samsó le dijo: “¿Tú también?”».

Otro declarante manifiesta que hablando de la muerte del doctor Samsó con un miliciano retornado del frente, éste le dijo: «que era tanta la entereza del doctor Samsó ante la muerte, que los del piquete no se atrevían a disparar. Nadie disparaba... Nadie



lo quería matar. Hasta que uno del piquete dijo que sería una vergüenza volverle vivo a Mataró. De los tres milicianos uno solo disparó, dándole de lleno en el cráneo, destrozándole el ojo derecho y causándole la muerte.»

Un testigo, que trabajaba en una tintorería, declara que uno de sus compañeros, el *Geperut*, se vanagloriaba de haber pertenecido al piquete que ejecutó al doctor Samsó, y que fue el único que disparó contra él. Que antes de ser ejecutado les decía: «abrazadme, que yo os perdono». Y que dicho individuo... se negó a abrazarle diciendo: «si lo llego a abrazar no lo habríamos matado». «Que al recibir la descarga cayó, y uno con una pistola le dio el tiro de gracia en la cabeza.»

Extendida la noticia, en la tarde de aquel 1 de septiembre fue subiendo gente al cementerio de Mataró a honrar el cadáver del doctor Samsó. El yerno del dueño de la funeraria se arriesgó a tomar la impresionante foto del difunto, entregando la cámara a la conserje del cementerio que la sacó oculta entre la ropa. Tomás Lladó, joven encargado del traslado de cadáveres, llegó antes que los demás, se arrojó, le besó en la frente y rezó una oración, pidiendo perdón por sí y por Mataró. Le desabrochó el cuello de la camisa y le retiró la cadena con cuatro medallas y los gemelos de los puños, que se guardó

Losa sepulcral del beato José Samsó en la capilla martirial de la basílica de Santa María de Mataró.



en el bolsillo. El médico forense levantó el cadáver y certificó que sólo había dos orificios de entrada de bala, los dos en el cráneo: el del disparo del miliciano que no se dejó abrazar y el del tiro de gracia que el mismo le descerrajó. Sor Carmen Plana y otras feligresas recogieron en un pañuelo tierra mezclada con su sangre, reliquia que se conserva con otras pertenencias del mártir en la parroquia. El cadáver fue enterrado en el nicho 40 de la isla 1ª, hasta que en octubre de 1944 fue trasladado a la basílica de Santa María.

La glorificación del mártir

EL 3 de marzo de 1939, tras la liberación de Mataró, se ofició en la basílica de Santa María misa funeral por las víctimas de la persecución, siendo descubierta una lápida que daba nombre a la plaza de la iglesia como de su párroco mártir el doctor Samsó. El 22 de octubre de 1944, fueron trasladados sus restos mortales en emotiva y multitudinaria procesión por las céntricas calles de

Mataró, desde el cementerio a su basílica de Santa María, donde se rezó solemne Vía Crucis en su memoria. Al día siguiente, sus restos fueron solemnemente inhumados en sepulcro nuevo en la capilla de las santas mártires Juliana y Semproniana de la basílica, celebrando el oficio pontifical de réquiem el obispo de la diócesis doctor Gregorio Modrego.

Debían transcurrir veinte largos años, hasta que el 12 de febrero de 1959 el arzobispo doctor Modrego promovía la causa de beatificación del obispo Manuel Irurita y otros sacerdotes de la diócesis, entre ellos el doctor Samsó. La causa, como todas, se paralizó por disposición superior en 1963, pero, a iniciativa de su amigo Joan Comas i Pujol y su benemérita *Associació d'Amics del doctor Samsó*, que la instaron como causa separada ante el cardenal Ricardo M^a Carles, fue reanudada por éste en 1996. El 18 de marzo de 1999, y en la capilla de los Dolores de la basílica de Santa María se clausuraba el proceso canónico de martirio en fase diocesana, remitiendo lo actuado a Roma el postulador padre Ramón Juliá, escolapio, y el vicepostulador, hermano marista, Mariano Santamaría.

Deseo recordar que se celebró ayer en Mataró la beatificación del siervo de Dios José Samsó y Elias, sacerdote que destacó por su caridad y su celo apostólico. En su martirio, entregó generosamente su vida al Señor entre palabras y gestos de perdón y misericordia. Que en este Año Sacerdotal, su ejemplo sirva de estímulo a los presbíteros en el solícito ejercicio de su ministerio pastoral y anime a los fieles a dar en todo momento un testimonio valiente y convencido de su fe. *Que el nou beat Josep Samsó i Elias us beneeixi i us protegeixi. Felic diumenge.* Muchas gracias y feliz domingo.

BENEDICTO XVI: Ángelus del domingo,
24 de enero de 2010

La «Guía para catequistas», del beato Samsó

Existen numerosos testimonios de la importancia que el doctor Samsó daba a la catequesis infantil y juvenil. Y lo demostraba cada domingo comprometándose personalmente en la enseñanza del catecismo a los niños de Santa María de Mataró y formando catequistas. Con razón pudo decir el obispo mártir Manuel Irurita que era «el primer catequista de la diócesis». Su preocupación por la formación de buenos catequistas le impulsó a escribir una extensa Guía per a catequistes i directors de catecisme, de cerca de cuatrocientas páginas, que dejó lista para la imprenta en la primavera de 1936 (el prólogo está fechado el día de san José),

pero que no pudo editarse hasta 1939, con una segunda edición en 1955, siempre en la editorial del Foment de Pietat. Su celo apostólico se pone de manifiesto en este texto, en el que va dando consejos y consignas sobre la forma de explicar la doctrina cristiana, con rigor, prudencia y sentido común. Publicamos a continuación un extracto del primer capítulo que, a modo de introducción, define las cualidades básicas que deben tener un catequista y una catequesis. Es un texto que no ha perdido ninguna actualidad; al contrario, es una llamada permanente a hacer de la catequesis el crisol de los discípulos de Jesús.

Cualidades del catequista

[...] Las cualidades esenciales del buen catequista son la ciencia, la manera de comunicar esta ciencia y el mantenimiento del orden. Resumiendo, diríamos que el catequista ha de ser doctor, maestro y gobernador de su sección. Pero estas cualidades reclaman otra todavía más fundamental: la piedad. El catequista ha de ser piadoso, de alma verdaderamente, profundamente piadosa; no de la piedad de los escribas y fariseos, que mereció los improperios del Divino Maestro. La piedad del catequista ha de ser real y sólida.

Piedad es aquel amor con que los hijos han de amar a sus padres. Amor filial que en nuestro caso ha de ir dirigido hacia Dios, que es el Padre que está en los cielos. Con la piedad habremos puesto el fundamento insustituible para ser buenos, verdaderos catequistas, almas enamoradas de Dios Nuestro Señor, porque la tarea encomendada al catequista es la de hacer cristianos. No se trata de reunir a un grupo más o menos numeroso de alumnos y hacerles pasar un buen rato, sino de hacerlos cristianos fervientes, verdaderos conocedores, amantes y seguidores del Divino Maestro: otros Cristos vivientes. El catequista que sólo se preocupa del número de sus alumnos, sólo fomenta su ridícula vanidad. Acabará constatando la esterilidad de su trabajo, y así sucederá indefectiblemente, porque Dios Nuestro Señor nunca podrá bendecir el trabajo de un catequista que se deja llevar por el vendaval de la vanidad de esta forma.

El elemento constructivo

En el mundo, el único elemento constructivo es el amor; no hay otro para unir. Si nos fijamos en la naturaleza, veremos la atracción de los átomos y las

moléculas, y también la atracción de los seres ya racionales. El amor une, y porque une, construye. En cambio, el elemento destructivo por esencia es el odio, o sea, lo contrario del amor; allí donde penetra el odio, todo queda destruido y troceado... El odio genera desunión y frialdad. El amor verdadero, el amor constructivo, es el amor de benevolencia, el amor rico, exuberante, el amor de Dios, el amor de los santos. El bien es por sí mismo difusible y Dios Nuestro Señor, que es todo bien y caridad, ha construido todo lo que nuestros ojos admiran, porque la Creación es obra de amor.

Si todas las almas estuvieran empapadas del amor de benevolencia, el espíritu del mal desaparecería del mundo, la tierra sería un trocito de cielo anticipado y ¡qué fecundo sería el trabajo del catequista! Dios derrama amor en todo aquello que está destinado a construir. En la tierra, el amor natural más vivo y más tierno es el amor de los padres y de los esposos, por ser precisamente los destinados a construir. ¡Qué amor tan grande y noble es el amor de los padres hacia sus hijos!

Por eso los educadores por excelencia han de ser los padres, precisamente por el amor que tienen a sus hijos; y los maestros, al colocarse en el lugar de los padres, han de copiar este amor porque, de otra forma, nunca podrán cumplir su misión, nunca podrán educar.. Instruirán, sí; pero nada más, y precisamente hay una gran diferencia entre instruir y educar. Instruir es vender ciencia, un mercadeo; es comerciar con el conocimiento y, por tanto, aquellos que sólo instruyen son unos usurpadores que nunca podrán llamarse suplentes de los padres. Por eso es posible encontrar personas que han pasado por muchas escuelas y que no son educadas, porque no han

encontrado el calor del amor, que sólo pueden dar los que se sienten padres. Por eso hay que poner en la enseñanza aquel amor sobrenatural que suple el amor natural propio de los padres, porque en la mayor parte de los casos éstos no son aptos para dar a sus hijos todos los conocimientos. Así, los maestros, y también estos maestros quizá sin título que son los catequistas, han de copiar este amor, esta estimación de los padres, porque, ¿qué no hace el amor de los padres por el hijo? Es imposible enumerar los sacrificios, las privaciones e incluso los actos de heroísmo realizados. ¡Qué diferente sería nuestra situación si todos los padres hubiesen sabido educar con estos dos amores, el natural y el sobrenatural, a sus hijitos! [...]

Misión del catequista

En el orden actual de la divina Providencia, el catequista es un elemento indispensable, pero no adecuado, proporcionado para hacer fructificar esta semilla sobrenatural de la gracia que el alma ha recibido por medio del santo bautismo. La semilla de la gracia dada por el buen Dios en el primer sacramento que recibe el hombre, por el hecho de ser semilla, necesita una ayuda que la haga crecer y fructificar. La gracia del Bautismo se pierde en aquellas almas que no encuentran un catequista que les ayude a comprender y a seguir los conocimientos religiosos, y entonces esta semillita en vez de fortalecerse y constituir una nueva vida se perderá y morirá. Llegará al uso de razón y más tarde la adolescencia, y la semilla muerta impide a aquella alma desgraciada practicar ningún acto de fe, ningún acto meritorio, y quizá llegará a la perdición definitiva, debido a una sola causa: que le ha faltado el catequista, instrumento del cual, como ya hemos dicho, se vale la divina Providencia para hacer crecer y fructificar la vida de la gracia infundida por el Bautismo.

Como se ha dicho, el catequista es elemento indispensable, aunque no es adecuado, y esto se entiende enseguida, pues por las propias fuerzas ninguno de nosotros podrá nunca ser capaz de producir un efecto sobrenatural, sino que necesita siempre la gracia sobrenatural de Dios Nuestro Señor: «Sin mí nada podéis hacer». Es inútil, por tanto, trabajar para hacer fructificar aquella semilla, si el buen Dios no nos ayuda; no podremos obtener nunca el efecto que intentamos. Pero no será posible obtener esta bendición de Dios Nuestro Señor a quien no esté enamorado de Él. [...]

Encargo de amor

Sería muy bueno que no olvidáramos las palabras de Jesús: «Lo que hacéis a estos pequeñuelos,

a mí me lo hacéis.» Y a los ojos de Jesús son pequeños no sólo los niños, sino también, por su miseria, los pobres, los enfermos, los ignorantes; y queréis miseria más grande que la de aquellos que están faltos de la vida de la gracia, ¡de la fe!. Nos hace falta aquel amor que han tenido los grandes apóstoles por las almas, más grande cuanto más miseria han encontrado delante de sus ojos. Nos hace falta amar a nuestros hermanos para demostrar a Dios que también le amamos a Él.

Cuando el buen Jesús encomienda a Pedro el apostolado, le dice: «Pedro, ¿me amas?» y le repite la pregunta tres veces, a la cual repite Pedro: «Señor, vos sabéis que os amo». Y hasta entonces no le hace el gran encargo; hasta haber oído cada vez la respuesta afirmativa, también Él le dice, tres veces: «Apacienta mi rebaño», «apacienta mis ovejas». Este examen de amor, escena impresionante, magnífica, hemos de recordarla todos a fin de preparar el terreno de las buenas semillas. Si nosotros no podemos contestar afirmativamente, como san Pedro, no podemos ponernos en este camino, retirémonos.

La fuerza del ejemplo

El catequista ha de exhortar con esfuerzo continuo que sus alumnos sean profundamente piadosos, hijos enamorados de Dios; ¿cómo podrá exhortar, trabajar, para que sean piadosos si él no lo es? ¿No sería esto perpetuar la conducta de los fariseos, tan recriminada por el Divino Maestro? Una de las primeras y principales cualidades, no podemos olvidarlo, ha de ser la sinceridad. Y así, el Catecismo nos hará un gran bien; mejorará eficazmente nuestra piedad; llevaremos una vida fervorosa y el acto del Catecismo será delicioso para nosotros; asistiremos con puntualidad, lo prepararemos con gran esmero y entusiasmo, no faltaremos nunca, lo echaremos en falta cuando por algún motivo forzoso no podamos asistir y estaremos dispuestos a los mayores sacrificios, que no serán tales, sino que se transformarán en delicias, como la miel más regalada.

Ciencia

Para ser buen catequista no es suficiente con la piedad; nos atreveríamos a recordar las palabras de san Isidoro, arzobispo de Sevilla: «Ciencia sin piedad ensoberbece; piedad sin ciencia inutiliza.» Por lo tanto, si el trabajo del catequista ha de ser provechoso, es necesario que tenga ideas exactas y claras de todo lo que ha de explicar.

Para ello, el buen catequista ha de profundizar en el estudio de las verdades religiosas, de todo cuanto interesa directa o indirectamente para hacer más fruc-

tífera su misión. Ha de poseer exactitud en sus ideas, porque, si no, fácilmente se equivocará y, lo que es peor, fácilmente podrá incurrir en herejía. [...]

PEDAGOGÍA DE LA ENSEÑANZA

Suponiendo que el catequista está ya bien formado y tiene ideas exactas y claras de lo que explica, es preciso señalar otra cualidad que ha de tener el catequista, esto es: ser un buen maestro.

Palabras siempre claras

Siempre que se enseña es necesario hacer conocer muy bien los términos de la explicación, o sea, de lo que se afirma o niega, de su alcance o utilidad. [...]

Es preciso explicar bien los términos, pues ha de tenerse en cuenta que los niños entienden poco, y aun de este poco tienen una idea equivocada, o bien confundida o de mucha vaguedad. Es que la inteligencia del niño puede compararse a su estómago, que es de poca cabida y de potencia muy débil y por ello es preciso evitar las indisposiciones. Un espíritu observador verá como el niño coge un libro y se pone a leer o a recitar igual que una cotorra; no pone para nada su inteligencia, ni se esfuerza en comprender el significado de lo que dice.

El niño, pues, entiende pocos conceptos y a menudo usa solamente la memoria, la cual a esta edad reúne unas condiciones excepcionales. Todas las palabras del catequista, que el niño no vive a todas horas, han de ser explicadas y detalladas, pues de otra manera la explicación no serviría de nada. (...) Y solamente así el niño entenderá qué se le explica o propone.

Hay una sola excepción. Es necesario explicar todos los conceptos, menos cuando se trate de todo lo que hace referencia a la pureza; para la explicación de esta materia el catequista se aconsejará

siempre antes con persona autorizada. Es natural que también lo haga en todo aquello de lo que dude o no vea suficientemente claro, pero sobre todo en materia de la pureza se encontrará con gran número de detalles que han de consultarse.

Atención de los alumnos

El catequista ha de tener siempre presente que comunica su ciencia a inteligencias poco cultivadas, o sea, de poca capacidad y que, por lo tanto, sus enseñanzas únicamente serán provechosas si tiene a los alumnos en constante atención, pues de otra manera, por más que grite o se esfuerce, no lo logrará. El alumno solamente está atento cuando el maestro «pinta» o bien cuando él mismo interviene en el discurso del catequista; pues, si el alumno interviene llega a recoger la verdad como fruto propio de su misma inteligencia; se la quiere como cosa propia y es muy difícil que se le olvide, quedando satisfecho y orgulloso, diríamos, del derecho de paternidad de aquella idea. Por otro lado, es muy conveniente que continuamente intervenga, pues esta es la verdadera educación de la inteligencia. El sabio que lo da todo hecho y no sabe hacer pensar a los alumnos, a pesar de su inteligencia, es un maestro malo. Fray Pretérito no podía sufrir que los profesores explicasen de tal manera las lecciones a los alumnos, que éstos lo encontraran todo claro y medio «digerido». Era de la opinión que el discípulo se había de encarar con las cuestiones difíciles y debía probar alguna vez el placer que daba la solución de algún punto difícil. Y no se cansaba de decir que valía más un maestro ignorante que dejara hacer al discípulo, que no un maestro sabio que se lo aclarara todo por adelantado. Y por esto, muchas veces, los maestros de poco saber conseguían discípulos de mucho provecho. Un maestro sabio, decía él, ha de dejar que el discípulo se estire hasta donde pueda llegar, y después, ayudarlo para que vaya un poco más allá de donde él solo no llegaría.

Pensamientos del Cura de Ars

¡Qué hermoso! Después de la consagración, Dios está allí, como en el Cielo... Si el hombre conociera bien este misterio, moriría de amor. Dios nos cuida porque sabe que somos débiles.

* * *

Hasta la consagración voy bastante deprisa, pero, después, pierdo la noción del tiempo teniendo a Nuestro Señor en mis manos.

La fiesta de la Epifanía fortalece nuestra fe

Homilía IV de san León Magno



Es justo y razonable, amadísimos, al mismo tiempo que un verdadero tributo de piedad, alegrarnos de todo corazón, durante los días que nos recuerdan las obras de la divina Misericordia, celebrando honoríficamente lo que se ha realizado para nuestra salvación. A esto nos invita, ciertamente, la misma disposición del ciclo litúrgico que estamos celebrando, el cual, después de habernos hecho celebrar el día en que el Hijo de Dios, eterno junto con el Padre, nació de la Virgen, coloca pocos días más tarde la festividad de la Epifanía, consagrada por la manifestación del Señor. En esto mismo, la divina Providencia ha constituido un poderoso argumento de nuestra fe, ya que, al celebrar con nosotros, y con gran solemnidad, las adoraciones que fueron tributadas al Salvador en los comienzos de su misma infancia, nos da, en los mismos documentos que tratan de su origen, la prueba de que Cristo al nacer tenía realmente una naturaleza humana.

He aquí, en efecto, lo que justifica a los impíos (cf. Rom 4,5), lo que hace de los pecadores santos: creer que en un mismo Señor nuestro, Jesucristo, existen verdaderamente la divinidad y la humanidad; la divinidad, por la que antes de todos los siglos es igual al Padre en la divina naturaleza, y la humanidad, mediante la cual en los últimos tiempos se ha unido al hombre tomando la condición de esclavo (cf. Flp 2,6-7). Para fortalecer esta fe, proclamada contra todos los errores, fue decretado, por un designio de la inmensa bondad divina, que un pue-

blo que moraba en la lejana región de Oriente ocupado en el estudio de las estrellas, recibiera una señal del nacimiento del Niño que había de reinar sobre todo Israel. Una estrella de nuevo resplandor, singularmente bella, se apareció a los Magos; y de tal manera su luz radiante llenó de admiración los ánimos de los que la contemplaban, que los Magos creyeron no podían dejar de buscar en modo alguno lo que les anunciaba una señal tan extraordinaria. En realidad, el acontecimiento lo ha mostrado, mas la gracia de Dios precedió a este prodigio; y, aun cuando en Belén no se habían enterado todos de este nacimiento, ya esta gracia lo había llevado a los pueblos destinados a la fe. El don que ninguna palabra humana podía expresar, el cielo evangelizando lo hacía conocer.

Obediencia de los Magos e impiedad de Herodes

AUNQUE se debió a un favor de la benevolencia divina que el nacimiento del Señor pudiera ser conocido de las naciones, sin embargo, los Magos pudieron ser instruidos por las antiguas profecías de Balaán para comprender el signo milagroso.

Ellos conocían esta antigua predicción, cuyo recuerdo se había perpetuado y extendido: Álzase de Jacob una estrella, surge de Israel un hombre, y do-

minará a las gentes (Núm 14,17). Por eso, los tres hombres, divinamente estimulados por el resplandor del astro insólito, siguen el camino que la luz esplendorosa traza ante ellos, pensando encontrar en Jerusalén, la ciudad real, al Niño significado. Mas, habiendo fallado esta conjetura, conocieron de los escribas y doctores de los judíos lo que había predicho la Escritura santa sobre el nacimiento de Cristo. Fortificados de este modo por un doble testimonio, se dispusieron a buscar con una fe más ardiente lo que les manifestaron la luz de la estrella y la autenticidad de la profecía.

Los pontífices, en su respuesta, habían proferido el oráculo divino y dado a conocer la palabra del Espíritu, que dice: Y tú, Belén, tierra de Judá, no eres, ciertamente, la más pequeña entre los príncipes de Judá, porque de ti saldrá un jefe que apacentará a mi pueblo, Israel (Miq 5,2; Mt 2,6). En estas condiciones, cómo hubiera sido fácil y lógico a los jefes de los hebreos creer lo que enseñaron! Pero, evidentemente, su sabiduría ha sido carnal (cf. 2 Cor 1,12), como la de Herodes, y juzgaron el reino de Cristo como el de las potestades de este mundo; ellos esperaban un jefe temporal y Herodes temía un rival terreno. ¡Es inútil, Herodes, que te turbes por el temor y que maquines lanzar tu furor contra el Niño del que sospechas! Tu país no contiene a Cristo y los estrechos límites en los que tu cetro ejerce el poder no son suficientes para el Señor del mundo. Reina en todo lugar el que tú no quieres que reine sobre Judea. Y tú mismo reinarías más feliz si te sometieras a su autoridad. ¿Por qué no realizas con un sincero homenaje lo que tú prometes con una perversa mentira? Ve con los Magos y venera al verdadero Rey con la adoración y la plegaria. Pero no; tú prefieres seguir la ceguera de los judíos y rehúas imitar la fe de los paganos. Tu corazón perverso se vuelve hacia los atentados sangrientos; pero no podrás matar al que temes ni dañar a los que suprimes.

La fe de los Magos

CONDUCIDOS a Belén, amadísimos, gracias a la ayuda de la estrella que les precedía, los Magos, como lo ha narrado el evangelista, se llenaron de gran alegría, y, habiendo entrado en la casa, encontraron al Niño con María, y, postrándose, lo adoraron; y, abriendo sus tesoros, le ofrecieron dones: oro, incienso y mirra (Mt 2,10-11). ¡Oh admirable fe, que se apoya en la ciencia perfecta! ¡Fe que no ha sido adoctrinada por la sabiduría terrena, sino formada por el Espíritu Santo! (cf. 1 Cor 2,4-5). ¿De dónde viene, en efecto, que estos hombres, abandonando su patria sin haber visto aún a Jesús y sin saber nada, no habiendo visto lo que

iba a ser objeto de una veneración tan justa, de dónde viene que hayan escogido unos presentes tan apropiados para ofrecérselos? Es de que, además de la belleza de la estrella que había sido percibida por sus sentidos corporales, instruyó su corazón el rayo, más brillante aún, de la verdad. Por eso, antes de emprender las fatigas del viaje, entendieron que se les indicaba a uno que había de ser honrado como rey, significado por el oro; ser adorado como Dios, significado por el incienso, y considerado como hombre, significado por la mirra.

Sin duda alguna, en lo que se refería a la luz de la fe, todo lo que habían creído y comprendido podía ser suficiente, sin que necesitasen ver con los ojos corporales lo que habían contemplado plenamente con la mirada del alma. Pero su celo por cumplir su deber hasta el fin los indujo a ir a ver al Niño, siendo de este modo provechoso a los pueblos futuros y a los hombres de nuestro siglo. Así como ha sido un bien para todos que el apóstol Tomás se asegurase experimentalmente de las señales de las llagas en la carne del Salvador después de la resurrección del Señor, así también ha sido provechoso y útil para nosotros que los Magos comprobasen su infancia contemplándolo con sus ojos. Los Magos vieron y adoraron a un niño de la tribu de Judá (cf. Ap 5,5), del linaje de David según la carne (Rom 1,3), nacido de una mujer, nacido bajo la Ley (Gál 4,4), que no vino a destruir, sino a cumplir (Mt 5,17).

Vieron y adoraron a un niño, pequeño en su talla, que requería la asistencia de otros, incapaz de hablar y en nada diferente de los demás hijos de los hombres. Como había, en efecto, testimonios dignos de fe para afirmar la existencia invisible de la majestad divina, era menester que fuese absolutamente probado que el Verbo se había hecho carne y que la misma esencia eterna del Hijo había tomado una verdadera naturaleza humana para que ni los milagros y actos maravillosos que habían de venir ni los suplicios de la pasión que había de sufrir pudieran turbar, por su contraste, este misterio de fe (cf. 1 Tim 3,9), ya que no podían ser justificados sino los que creyesen que el Señor Jesús es verdadero Dios y verdadero hombre.

Error de los maniqueos

A esta única fe, amadísimos, y a esta verdad predicada durante todos los siglos se opone la impiedad diabólica de los maniqueos. Para hacer perecer a las almas de los que han engañado, han mezclado mentiras sacrílegas y elementos fabulosos en un tejido de invenciones mortíferas y doctrinas impías; han llegado en estas opiniones estúpidas y destructoras hasta imaginar un Cristo con

un cuerpo simulado que no hubiese presentado a los ojos y al tacto de los hombres algo sólido y verdadero, sino la vana imagen de una carne ficticia. Juzgan indigno que se tenga que creer que un Dios Hijo de Dios se haya encerrado en las entrañas de una mujer y haya sometido su majestad a este oprobio de nacer en un cuerpo verdadero de una sustancia humana y estar por eso íntimamente mezclado en una naturaleza carnal. En realidad, todo esto no ha sido para Él ningún oprobio, sino una obra de su poder, y no se debe ver allí mancha alguna, sino una gloriosa condescendencia. Si, en efecto, la luz visible que nos rodea no se mancha por las inmundicias sobre las que se extiende ni se contamina el resplandor de los rayos del sol por los lugares fangosos y sórdidos, siendo esa luz criatura corporal, ¿quién podrá manchar, a causa de una u otra de sus propiedades, la esencia de esta luz eterna e incorpórea? Al unirse a la criatura, que había hecho a su imagen, la purificó y no recibió mancha alguna. Ha curado las heridas de nuestra debilidad sin que su poder haya sufrido algún detrimento.

Este grande e inefable misterio de la bondad divina ha sido anunciado por todos los testimonios de las Sagradas Escrituras. Por eso esta gente de la que ahora hablamos, enemigos de la verdad, han rechazado la Ley, dada por Moisés (cf. Jn 1,17); los oráculos divinamente inspirados de los profetas y las mismas páginas de los evangelios y de los escritos apostólicos. Suprimiendo unos pasajes y añadiendo otros, se han fabricado, con el nombre de los apóstoles y como si fuesen palabras del mismo Salvador, numerosos libros llenos de mentiras, de los que se sirven para apoyar los errores de sus invenciones y verter un veneno mortífero en los espíritus que quieren engañar. Veían, en efecto, que todo se oponía a ellos, que todo se levantaba contra ellos y que su demencia impía y sacrílega no sólo era refutada por el Nuevo, sino también por el Antiguo Testamento. Y, sin embargo, persistiendo en sus mentiras furiosas, no cesan de perturbar a la Iglesia de Dios con sus engaños. A los desventurados que han logrado atrapar entre sus redes, los persuaden de que nieguen que el Señor Jesucristo ha tomado verdaderamente una naturaleza humana, que ha sido crucificado verdaderamente para la salvación de todo el mundo, que haya corrido la sangre de la redención y el agua del bautismo de su costado perforado por la lanza, que ha sido sepultado y que haya resucitado al tercer día, que haya subido a lo más alto de los cielos para sentarse a la derecha del Padre, y para que, una vez suprimida toda la verdad del símbolo de los apóstoles, no haya más temor que aterrorice a los impíos ni más esperanza que pueda incitar a los santos, les persuaden que nieguen que Cristo juzgará a los vivos y a los muertos. Por eso, a los que han

privado de la ayuda de tan grandes misterios, los enseñan a honrar a Cristo en el sol y en la luna y a adorar con el nombre del Espíritu Santo, al maestro de estas impiedades, Manes.

Excomuni3n contra los maniqueos

APROVECHE, pues, a todos, amadísimos, la fiesta de este día y afirme vuestros corazones en la fe y en la verdad. Sea robustecida la profesi3n de fe cat3lica por el testimonio de la manifestaci3n de la infancia del Se1or. Y sea anatematizada la impiedad de los que niegan en Cristo la realidad de la carne de nuestra naturaleza. El bienaventurado ap3stol Juan nos ha prevenido contra esta impiedad con palabras inequívocas cuando dice: Todo esp3ritu que confiese que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios; pero todo esp3ritu que no confiese a Jes3s, 3se no es de Dios, sino del anticristo (1 Jn 4,2-3). Ning3n cristiano debe tener algo de com3n con hombres de esta clase ni asociarse en modo alguno con tales gentes. Muchos de ellos han sido descubiertos por la misericordia de Dios, y su propia confesi3n ha hecho p3blicos los sacrilegios en que vivían. Aproveche esto a la Iglesia universal. Nadie se deje engañar por sus exigencias en la elecci3n de los alimentos, ni por sus vestidos sucios, ni por sus rostros descoloridos.

No son puros los ayunos que no han sido inspirados por la abstinencia, sino por el arte de mentir. Hasta ahora no han podido da1ar m3s que a los imprudentes ni engañar m3s que a los ignorantes. Mas, despu3s de estas exhortaciones, ninguna caída ser3 excusable, y no se podr3 mirar como simple, sino como gravemente perverso y culpable, al que se deje coger en este error criminal.

No sólo, es cierto, no impedimos, sino, al contrario, aleccionamos el sentimiento conforme al esp3ritu de la Iglesia, divinamente inspirada, que debe conducirnos a rogar al Se1or con nosotros en favor de tales hombres, pues la ruina de estas almas engañadas nos llena de piedad para con ellas y nos sumerge en las lágrimas y en la tristeza. Siguiendo el ejemplo de bondad del Ap3stol, somos débiles con los que son débiles (cf. 2 Cor 11,29) y lloramos con los que lloran (cf. Rom 12,15). Esperamos que la misericordia de Dios se deje inclinar por las lágrimas abundantes y por la conveniente expiaci3n de los que han caído, ya que mientras vivimos en este cuerpo no se debe desesperar de la rehabilitaci3n de nadie, sino, al contrario, desear la enmienda de todos con el auxilio del Se1or, que levanta a los caídos, libra a los presos y devuelve la vista a los ciegos (Sal 145,7-7). A Él pertenece el honor y la gloria por los siglos de los siglos. Am3n.

La madre María Félix Torres y el padre Orlandis

DAVID AMADO

La sierva de Dios María Félix Torres

EL 24 de enero de 2009 tuvo lugar en el colegio Mater Salvatoris de Madrid la apertura del proceso diocesano de canonización de la sierva de Dios María Félix Torres (1907-2001). A esa primera sesión, presidida por el arzobispo de Madrid, el cardenal Antonio María Rouco, asistieron más de mil quinientas personas que, con su presencia, daban fe de «la fama de santidad» de la sierva de Dios. Es esta una de las condiciones que la Iglesia exige para iniciar un proceso de canonización.

El cardenal Rouco destacó, en su intervención, que la madre María Félix fue «una de esas mujeres de España que abrieron caminos de luz en momentos difíciles de la historia de España», y vinculó su persona y carisma a la verdadera renovación espiritual posterior al Concilio Vaticano II.

También en 2009, y concluido el primer centenario del nacimiento de la madre Félix, la Compañía del Salvador editó los *Escritos autobiográficos* de su fundadora.¹ En el volumen se reproducen cuatro cuadernos manuscritos de la madre Félix destinados a su director espiritual, el padre Cándido Mazón, S. I. Los tres primeros («Cuadernos A, B y C»), refieren aspectos de su vida desde la infancia hasta el inicio de la vida en comunidad con sus primeras compañeras de vocación, en 1940. El cuarto («Cuaderno D») comprende desde el 10 de enero de 1940 al 18 de enero de 1944. En él la madre María Félix une consideraciones y vivencias personales a la narración de los hechos externos.

La madre María Félix redactó los escritos autobiográficos a instancias de quien era entonces su director espiritual, el padre Cándido Mazón, S. I. Durante su vida, la madre Félix se encontró en diversas ocasiones con el padre Orlandis, fundador de Schola Cordis Iesu e inspirador de la revista *Cristiandad*, aunque lo trató fundamentalmente durante el año 1924, cuando se trasladó a Barcelona para iniciar sus estudios universitarios.

1. «Recuerdos de mi vida». *Escritos autobiográficos de María Félix Torres (1907-1944)*. Estudio preliminar y notas de M.^a Cristina Parejo González de Castejón, C.S. Presentación de Luis María Mendizábal, S. I. Madrid 2009, 282 páginas. Casi toda la información contenida en este artículo se ha extraído de *Recuerdos de mi vida*. (Véase en la página 47 de este número información sobre la obra.)

La madre María Félix y los jesuitas

LA Compañía del Salvador fue aprobada como congregación religiosa de derecho diocesano en 1952. Antes, desde 1944, y erigida por el obispo de Barcelona, don Gregorio Modrego, existía como pía unión. El 25 de mayo de 1986 la Compañía del Salvador fue erigida como instituto de derecho pontificio. Antes de los reconocimientos oficiales del carisma, la madre María Félix y sus primeras compañeras habían seguido un largo camino de discernimiento. Son notables, y así se han señalado, los paralelismos con san Ignacio y la Compañía de Jesús, así como la atracción que el santo de Loyola ejerció siempre sobre la madre Félix. El padre Mendizábal, que fue el último director espiritual de la Madre, ha escrito que «encontró en san Ignacio un verdadero padre y le correspondió con todo su genio». Quien lea los *Escritos autobiográficos* podrá constatarlo, pero vamos a señalar algunos hechos anteriores al encuentro de la madre Félix con el padre Orlandis.

En 1921 María Félix estudia el Bachillerato en Lérida. Allí está como interna en el colegio de la Compañía de María. Allí empieza a introducirse en la lectura espiritual y señala:

«Excepto el libro del P. Ossó: *El cuarto de hora de Oración*, no recuerdo qué libros leía entonces. Sí que recuerdo vidas de santos y libros cuyo autor se firmaba con su nombre y «S. J.» detrás. No sabía qué quería decir «S. J.», pero a todos los autores que se firmaban así los prefería sin saber por qué y me parecían seres maravillosos». (p. 102)

También en aquel colegio realizó sus primeros Ejercicios Espirituales:

«Nos los dio el P. Llorens –no sé qué P. Llorens–. Era un Padre “S. J.”. ¡Qué contento sentí! Por vez primera oí hablar de un Jesuita; oí hablar a un Jesuita y hablé con él». (p. 103)

El Jueves Santo de 1922, inmediatamente posterior a los Ejercicios Espirituales, María Félix vivió una experiencia mística por la que se consagró totalmente al Señor. Aún no había cumplido los quince años.

«Llegué ante el Monumento, me arrodillé en el reclinatorio, levanté los ojos al altar y vi una inmensa llama que ardía con una claridad y suavidad que me llenó de una dulzura inefable. Abrí bien los ojos, quise cerciorarme bien de aquello que veía,

pero aquella llama sin contornos, dorada y luminosa, quieta y penetrante en mi espíritu, no era fuego de la tierra; era fuego celestial que abrasaba mi alma. Con un conocimiento pleno, con una luz extraordinaria de lo que hacía, irresistible y dulcísimamente atraída por el Señor, me ofrecí a Él para siempre.

»Y desde aquel día felicísimo soy suya plena y conscientemente; a pesar de mis infidelidades, de mis grandes miserias, soy suya plena y conscientemente para siempre». (p. 105)

Acabado el Bachillerato y temiendo que su hija quisiera ser religiosa, los padres de María determinaron que estudiara Medicina «porque era la carrera más larga que conocían» (p. 115), y por ese motivo se trasladó a Barcelona. Los padres le permitían llevar una vida de piedad pero, señala la Madre, «me prohibían absolutamente tratar con Jesuitas».

«Esta prohibición era bien particular, porque ni mis padres conocían a los Jesuitas ni podían achacar a ellos mis sentimientos religiosos, porque en Lérida no había Jesuitas entonces y fuera del primer año de colegio que durante los Ejercicios traté una sola vez, en el confesionario, al Padre que los dirigía, no conocí a ningún Jesuita.

(...) No andaban descaminados mis padres al prever que eligiese director espiritual de la Compañía de Jesús, porque deseaba trasladarme a Barcelona para ponerme bajo la dirección de estos Religiosos. Me chocó que su previsión saliese al camino de mis propósitos, pero ni un solo momento me creí obligada a obedecerles en esto que era del fuero de la conciencia». (p. 116)

Es en Barcelona donde conoce al padre Orlandis, por mediación de Joaquina María Cunill, quien desde 1920 era la secretaria de la Junta Diocesana de la Acción Católica de Barcelona y murió, en 1929, con fama de santidad. Por entonces el padre Orlandis, apartado ya de la enseñanza por sus superiores, ejercía un fecundo apostolado desde el confesionario en la iglesia de los jesuitas de la calle Caspe y empezaba a formar profundamente a un grupo de jóvenes que serían el germen de Schola Cordis Iesu. María Félix permanecerá en la Ciudad Condal durante el curso 1924-1925.

La dirección espiritual del padre Orlandis

REPRODUCIMOS a continuación textos del «Cuaderno A» en los que la madre Félix narra algunos de los consejos y conversaciones que mantuvo con el padre Ramón Orlandis.

«Este fue mi director y, como le preguntase al cabo de algún tiempo que iba a confesarme si el Señor me quería Religiosa, oí un solemne: “Sí, el

Señor la quiere Religiosa. Se lo digo con plena certeza. Sea usted muy fiel”. Como si los cielos se abrieran y se inundase la tierra de luz; como si los ángeles todos cantasen a gloria, así sonaron en mi alma las palabras del Padre. Sí, yo tenía verdadera vocación. Me lo había dicho quien podía hacerlo en nombre de Dios. Ya había oído la celestial respuesta a aquella pregunta repetida tantas veces a diario durante tres años: “Vuestra soy, para Vos nací, ¿qué queréis, Señor, de mí?”. ¡El Señor la quiere Religiosa! (...)

»Esta certeza me unió más a Nuestro Señor; de ordinario no perdía la presencia de Dios nunca y aquella oración en que me sentía abismada en Dios, sin darme cuenta de cuanto sucedía a mi alrededor, era mi oración habitual». (p. 117)

La madre Félix señala cómo la certeza de su vocación religiosa, aunque después recorrerá un largo camino de discernimiento hasta constituir la Compañía del Salvador, le vino de Dios a través del padre Orlandis. En otra ocasión, el que era en 1924 su director le señaló, como ella misma recuerda:

«Dé gracias a Dios, porque Él ha tomado posesión de su corazón. Si usted amase a algún hombre haría locuras. Ni el temor de Dios la detendría en su carrera”. Entonces no lo entendía mucho pero temía; ahora tal vez lo entiendo más y tiemblo». (p. 120)

El padre Darío López Tejada, S. I., en un comentario a los escritos autobiográficos de la madre Félix, señala que «aunque en ella nunca arraigaron los amores humanos, pues Dios se había adelantado a sus criaturas, supo tratar con los chicos con naturalidad y delicadeza». Y dice también: «Como san Ignacio, también ella habló poco de la castidad; pero aleccionó, con su vida y su palabra, en orden a poner sus fundamentos esenciales, enseñando a amar de verdad y controlar por amor los instintos egoístas».

La madre Félix escribe en sus «Recuerdos autobiográficos»:

«En la Universidad no recuerdo haber hablado ni mirado a muchacho alguno. Decían de mí que estudiaba para monja, pero no me importaba gran cosa lo que pensaban. El P. Orlandis me decía: “En la Universidad considérese como un cordero entre lobos”. Jamás sentí temor de aquellos “lobos”, ni consideré los peligros de andar entre ellos; no obstante, sin esfuerzo, casi sin propósito, me fluía el ir con los ojos bajos y el prescindir de mis compañeros sin huir de ellos». (p. 119)

Hay otra anécdota que ilustra tanto el celo apostólico que movió siempre a la madre Félix como la preocupación del padre Orlandis por que sus dirigidos tuvieran una sólida formación espiritual y teológica:

«En la Universidad teníamos un profesor ateo, el de Biología. Era necesario contrarrestar su in-

flujo. *Me hice amiga de las muchachas más piadosas de mi curso y de las más inteligentes. Algunas de ellas se confesaron también con el P. Orlandis. A este Padre le decía las cosas raras que oía al Profesor y que por mí misma no podía deshacer, y la doctrina que me daba la propagaba entre mis compañeras. Gracias a Dios, se hizo algo».* (p. 118)

Relata finalmente la madre Félix un hecho que señala tanto el alto deseo de agradar a Dios que impulsó su vida, como el deseo del padre Orlandis por que sus dirigidos aspiraran a la máxima santidad:

«*Recuerdo que el P. Orlandis me preguntaba muchas veces:*

»—*¿Quiere ser santa?*

»—*Sí, Padre —le decía con toda mi alma.*

»—*¿Tan santa como Santa Teresita? —insistía el Padre.*

»—*Tanto es mucho para mí... No me atrevo —contestaba con un ansia infinita de santidad, dolorida de mi miseria.*

»—*Pues atrévase, que es Dios quien la quiere santa. Confíe en Él y abandónese plenamente a su acción.*

»*Decir que sí a todo cuanto Él quisiera, y siempre, por puro amor, por ser voluntad de Él; ser toda de Dios, sin reservar nada, para siempre, sólo para que Él se complazca. Esto para mí significa ser santa. Esto deseaba con toda mi alma, y ¡cómo crecía mi deseo sabiendo que era posible, porque Dios lo quería!*» (p. 120)

Es sabido el gran amor que profesaba el padre Ramón Orlandis por la doctrina de santa Teresa de Lisieux. Él mismo escribió en 1934: «Hace cosa de diez años se me fue presentando al pensamiento un como esbozo de agrupación, así de varones como de mujeres; esta agrupación se me antojaba que había de ser aquella legión de almas pequeñas, instrumentos y víctimas del Amor Misericordioso de Dios, objeto de los deseos y de las esperanzas de Santa Teresita del Niño Jesús».

Y María Félix, según cuenta ella misma, había leído dos o tres años antes *Historia de un alma*. Su lectura le produjo una gran devoción por la santa y pensó en ser carmelita.

María Félix sólo permaneció un curso en Barcelona. Al año siguiente prosiguió en Zaragoza la carrera de Ciencias Químicas. Según consta en su expediente académico del curso 1924-25 en la Universidad de Barcelona, mientras estuvo bajo la dirección del padre Orlandis, María Félix obtuvo las mejores calificaciones, con sobresaliente en todas las asignaturas y Matrícula de Honor en Biología.² La

2. Así consta en el expediente académico que se conserva en el Archivo General de la Compañía del Salvador, en Madrid (M103.08; M103.05).

dirección espiritual con el padre Orlandis se vio interrumpida con el traslado a Zaragoza, pero el aprecio que sentía por este jesuita hizo que, en 1930, al regresar a Barcelona, continuara confesándose con él según indica en sus escritos autobiográficos.

Conclusión

SERÍA largo señalar todo el camino seguido por la madre Félix en el discernimiento de la vocación particular a que la llamaba el Señor y que culminaría con la fundación de la Compañía del Salvador. En ese camino, buscando siempre la dirección de sacerdotes jesuitas y sintiendo la atracción de san Ignacio de Loyola, Dios le fue haciendo ver dónde la llamaba. Así, en un retiro del día de san Ignacio de 1932, comprendió que debía llevar adelante una Compañía de Jesús para mujeres:

«Y entonces quedó impreso en mi alma esto: que las Reglas y Constituciones de san Ignacio también yo las viviría, al modo de la Compañía de Jesús, y que serían muchas las jóvenes que abrazarían ese modo de vida». (p. 172)

La intuición espiritual de la madre Félix se ha realizado, como podemos comprobar en la actualidad. La Compañía del Salvador es una realidad fecunda con casas en España (Madrid, Barcelona, Lérida, Mota del Marqués), Venezuela (Caracas y Maracaibo), Estados Unidos (Connecticut) y San Juan de Puerto Rico.

Además, quien lea sus escritos, descubrirá un alma que ordena toda su vida a buscar siempre y en todo lugar «la mayor gloria de Dios». El Señor la ayudó con notables gracias, especialmente de oración infusa, y con una capacidad natural para amar que experimentó desde su infancia. Quien se acerque a ella descubrirá también la generosidad de su entrega en la mortificación, la delicadeza de trato que siempre tuvo con todo el mundo, y el ardiente deseo de ganar almas para Dios.

Para finalizar, señalo una anécdota que me contaron y que me hizo pensar en el padre Orlandis. Los últimos años de la vida de la madre Félix, cuando ya no era superiora general, residía en Madrid, y a veces se la veía por el colegio que tiene allí la Compañía. Muchas de las personas que trataron con ella nunca llegaron a sospechar que hablaban con la fundadora. El padre Orlandis hablaba muchas veces, y así lo inculcó a sus discípulos, de la «humildad humilde». Es ésta necesaria para servir al amor misericordioso, manifestado en el Corazón de Jesús, en donde se encuentra la respuesta a todas las inquietudes y problemas del hombre.

Peticiones de definición papal de la Maternidad espiritual de María

Publicamos la carta que ha enviado el cardenal Luis Aponte Martínez, arzobispo emérito de San Juan de Puerto Rico, en la que informa sobre los pasos que está dando para que el Papa proclame la definición de la Maternidad espiritual de la Santísima Virgen María.

8 de diciembre de 2009
Solemnidad de la Inmaculada Concepción

Mis queridos hermanos cardenales y obispos:

El 1 de enero del 2008, cinco cardenales escribimos a todos los obispos del mundo para notificarles de la petición hecha a Su Santidad Benedicto XVI, por un grupo internacional de cardenales y obispos reunidos en Fátima, pidiéndole en humildad la solemne definición de la *Santísima Virgen María como la Madre espiritual de la humanidad, bajo sus tres roles como Corredentora, Mediadora de todas las gracias y Abogada*. Ya en el pasado, cientos de obispos y millones de fieles han hecho esta súplica. Una vez más y recientemente muchos obispos han respondido. Como uno de esos cinco cardenales que envió esta petición global, ahora quiero darles una actualización sobre esta solicitud de la Iglesia universal.

Recientemente las Filipinas presentaron a Su Santidad una petición por esta solemne definición, a través del cardenal Vidal, arzobispo de Lagdameo y presidente de la Conferencia de Obispos Católicos de Filipinas, junto con otros arzobispos y obispos. La petición fue acompañada de una carta personal de la presidente de Filipinas, la Sra. Gloria Arroyo, en la cual apoyó fuertemente la petición de los obispos.

Asimismo, varios grupos representativos de cardenales y obispos de la India y países cercanos, incluyendo el cardenal Vithayathil, presidente de la Conferencia Nacional de Obispos de la India, han presentado su propia petición por este 5º dogma mariano al papa Benedicto XVI. Una petición similar fue enviada desde África, por el arzobispo Félix Job, presidente de la Conferencia de Obispos Católicos de Nigeria y varios otros obispos nigerianos. De igual manera, obispos de Europa del Este, incluyendo al arzobispo Kramberger de Eslovenia, han en-

viado su propia petición por esta proclamación mariana. Y, junto con obispos de numerosos países de Latinoamérica, envié nuestra propia petición al papa Benedicto por esta definición papal de la Maternidad espiritual de Nuestra Señora.

Cientos de congregaciones de religiosas contemplativas están en oración y ofrecimiento permanente, y fieles laicos en todo el mundo se han unido a sus obispos. Muchos días de oración comunitaria, conferencias, oraciones individuales y peticiones al Santo Padre del laicado, constituyen una manifestación positiva del *sensus fidelium* por este potencial dogma mariano.

Todos hemos percibido una urgencia mundial por la más grande intercesión posible de nuestra Madre celestial por las crisis sin precedentes de fe, familia, sociedad y paz, que marcan la condición humana presente. Vemos la definición papal de la maternidad espiritual de la Santísima Virgen como un remedio extraordinario a estas crisis globales que amenazan hoy a gran parte de la humanidad. Cuanto más reconozcamos libremente el poder intercesor de María, más será capaz de ejercerla por todos los pueblos del mundo que le fue entregado a su cuidado en el Calvario.

Por lo tanto, queridos hermanos, los invito encarecidamente a unírseos en esta renovada petición al Santo Padre, el papa Benedicto XVI, enviándole su propia carta por este discernimiento, de lo que pueda constituir un siguiente paso positivo para esta solemne proclamación de la Maternidad espiritual de María. Gracias por sus oraciones y discernimiento para esta importantísima obra en honor de Nuestra Señora, que puede constituir un histórico beneficio de gracia y bendición para toda la humanidad.

† Luis Cardenal Aponte Martínez
Arzobispo emérito de San Juan, Puerto Rico

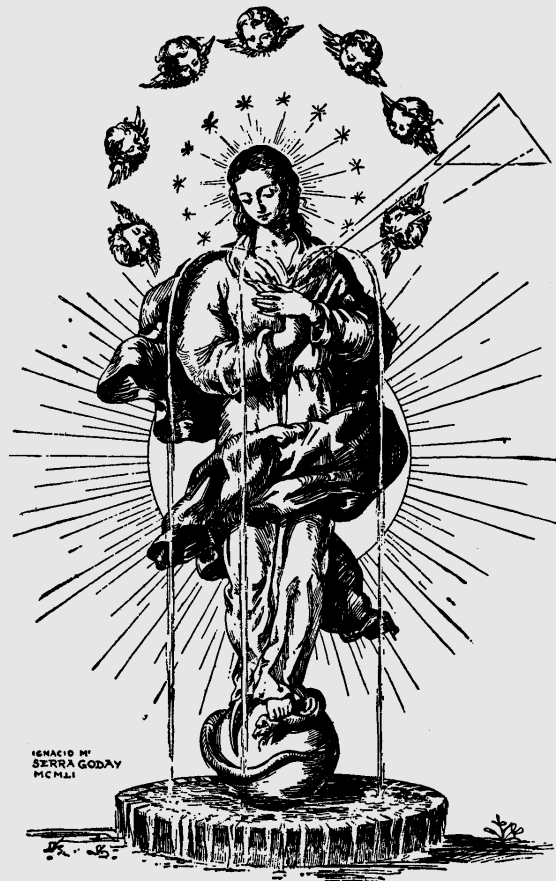


Imagen que preside el altar de Schola Cordis Iesu y que representa la Mediación universal de María.

Schola Cordis Iesu se adhiere a la petición

A Su Santidad, el Papa Benedicto XVI
Barcelona, 2 de enero de 2010

C/o Rev. Msgr. Gänswein
Palacio Apostólico
00120 Vaticano
Estado del Vaticano

Su Santidad:

En espíritu de amor filial y obediencia, nosotros, socios de Schola Cordis Iesu reunidos en nuestra asamblea anual, como miembros del Pueblo de Dios, queremos humildemente presentarle nuestra petición y oración por la definición papal solemne, de María santísima como la Madre Espiritual de todos los pueblos bajo sus tres aspectos principales: Corredentora, Mediadora de todas las gracias y Abogada.

Creemos firmemente, Su Santidad, que la declaración papal solemne de la Bienaventurada Virgen María, Madre Espiritual de toda la humanidad como Corredentora, Mediadora de todas las gracias y Abogada, traerá grandes gracias a la Iglesia y al mundo mediante un reconocimiento solemne explícito de su oficio maternal por parte de la Iglesia, y por tanto permitiéndole ejercer plenamente el don maternal que Jesucristo le dio desde la cruz para la humanidad: «¡Mujer, he ahí a tu hijo!... ¡He ahí a tu madre!» (Jn 19,26-27). Esperamos que esta proclamación dogmática también adelantará la auténtica misión ecuménica de la Iglesia al proclamar la verdad revelada sobre María, quien colaboró de forma totalmente excepcional en la obra de nuestra redención, de una manera que fue completamente subordinada y dependiente de Jesucristo, el único Redentor divino de todos los hombres.

En vista de las muchas y graves crisis que en el presente enfrenta la familia humana entera, humildemente solicitamos que se declare solemnemente el dogma de María Madre Espiritual de todos los pueblos, como Corredentora, Mediadora de todas las gracias y Abogada, y por lo tanto proveyendo para la actualización plena de su oficio maternal de intercesión por la humanidad, que confiamos dará lugar a una profunda y continua gracia para la Iglesia y para el mundo.

Antonio Prevosti Monclús
Presidente de Schola Cordis Iesu

Francisco de Gomis Casas, «in memoriam»

EL pasado 21 de diciembre falleció en Barcelona, a los 91 años, don Francisco de Gomis Casas, miembro de Schola Cordis Iesu y colaborador de *Cristiandad*.

Nacido en Barcelona, el 13 de agosto de 1918, estudió en los Escolapios y en La Salle. El Alzamiento le encuentra con 17 años en Barcelona. A los 18 años consigue escapar a través de los Pirineos, y pasar a la zona nacional; se incorpora a Artillería y participa en la batalla de Teruel. Realiza posteriormente el curso de alférez provisional, y al finalizarlo queda como instructor de los nuevos oficiales. Al fallecimiento en el frente de su hermano mayor, que era alférez de la Legión, pide ocupar su puesto y pasa el resto de la guerra como oficial en la Cuarta Bandera, con la que participa en la batalla del Ebro y otras muchas acciones de guerra. Poco después de acabada la guerra fue movilizadо nuevamente y enviado a Marruecos. Allí, inició a distancia la carrera de Derecho, que completó en Barcelona tres años más tarde.

A su formación ideológica había colaborado desde muy joven la lectura asidua de *Acción Española* (fundada por Eugenio Vegas Latapié, con quien llegó a trabar una gran amistad), así como de las obras completas de Vázquez de Mella, Menéndez y Pelayo, Donoso Cortés, Balmes y otros pensadores tradicionalistas.

Siendo Eugenio Vegas secretario político de Don Juan de Borbón, Conde de Barcelona, fue llamado a Estoril para prestar sus servicios como segundo de Eugenio Vegas. Pasó algo más de un año junto al Conde de Barcelona, los últimos meses llevando personalmente la Secretaría Política y participando en todas las reuniones mantenidas por Don Juan con políticos como Gil Robles o José María de Areilza y con los numerosos generales, intelectuales y empresarios que visitaban Estoril en los últimos años de la segunda guerra mundial.

De regreso a Barcelona ejerció como abogado, inicialmente en el bufete de José Oriol Anguera de Sojo, con quien establece una buena amistad. En aquellos años entra en contacto con el padre Ramón Orlandis, quien completa su formación recomendándole numerosas lecturas, y acerca a diversos amigos a Schola Cordis Iesu, entre ellos a Eduardo Conde Garriga, al que presentó al padre Orlandis con un curioso «le presento a su mejor amigo», cosa que efectivamente se convirtió en realidad; y a otros amigos de Madrid, como Juan B. Vallet de Goytisolo, Jesús Marañón y Ruiz Zorrilla, José Luis Vázquez-Dodero, José Antonio Cortázar o Eugenio Vegas Latapié, que se identi-

ficaron con Schola Cordis Iesu y CRISTIANDAD en torno al padre Caballero, S.I., director diocesano del Apostolado de la Oración de Madrid.

Don Francisco de Gomis era asiduo en los actos de Schola, tanto los de formación –también como conferenciante– como los de piedad; y colaboró con su pluma en *Cristiandad*, en artículos en los que se traslucía su honda preocupación religiosa, social y política. Su amistad y relación con los impulsores de la revista *Verbo* y del movimiento de la Ciudad Católica, hizo que Schola y *Cristiandad* colaboraran con ellos en sus anuales encuentros, tanto en Madrid como en Barcelona.

Tenía una capacidad fuera de lo común para penetrar en los problemas del hombre y de la sociedad, y para ver las respuestas que éstos exigían, y sufría notablemente por la situación de España y de la Iglesia, viendo las consecuencias que tendrían los errores que se cometían, anhelando un mayor liderazgo en la búsqueda de la verdad y del bien en la sociedad, teniendo muy presente, con Pío XII, que «la política es la caridad más alta».

Amaba y admiraba la significación de España en el mundo, particularmente en la evangelización de América y en la defensa de la Cristiandad en Trento, Lepanto y Europa. Amaba asimismo y defendía con vigor la significación auténtica de Cataluña, sin las falsificaciones históricas de las últimas décadas, y estaba dispuesto a ofrecer su vida por Dios y por esos ideales que habían encarnado España, Cataluña y la monarquía de los Reyes Católicos y de los primeros Habsburgo, si bien consideraba que la auténtica «Patria es el lugar en el que puedes rezar mejor», por lo que le entristecía la deriva del mundo actual en todos los órdenes, sin perder por ello su espíritu de lucha y servicio. No obstante, mantenía siempre un gran optimismo de cara al futuro, sabiendo que las puertas del infierno no prevalecerán contra la Iglesia y que finalmente Cristo ha de reinar.

Escribió una extensa y lúcida introducción sobre la significación de Cataluña en el libro de Juan B. Vallet de Goytisolo *Reflexiones sobre Cataluña*, y en sus últimos años escribió unas interesantes memorias, de próxima publicación, con reflexiones sobre la República, la Guerra Civil, el franquismo y la Transición.

Hombre de convicciones sólidas, comprometido con la verdad, vivía para grandes ideales (mirando hacia lo lejos, aunque poniendo los pies en la tierra). Militante en la vida y en la fe, con una fe sencilla y gigantesca, la alimentaba con la oración, el estudio y el cuidado de las tradiciones, desagradán-

dole particularmente el orgullo intelectual y la mediocridad. Amante de lo bello, disfrutaba con el arte en sus distintas manifestaciones, recitando con frecuencia poesías de Rubén Darío, san Juan de la Cruz, Lope de Vega o de su padre, vibrando con los sentimientos e ideas que éstas expresaban.

En la misa de *corpore insepulto* por su alma, el padre Joaquín Petit destacaba su legado y su significación resaltando que «los grandes ideales y la lucha por hacerlos realidad llenan una vida y preparan la eternidad», resumiendo con san Pablo «he combatido el buen combate, he guardado la fe».

El único camino

Como homenaje a quien fue fiel amigo del padre Orlandis y colaborador de esta revista y de Schola Cordis Iesu, reproducimos el siguiente artículo (CRISTIANDAD, núm. 472, junio de 1970), que son las palabras que Francisco de Gomis pronunció en la asamblea del Apostolado de la Oración el 24 de mayo de 1970 en el Tibidabo.

[...]

Vivimos momentos de excepción. La Iglesia como el individuo necesita luchar constantemente contra las claudicaciones, las inercias y rutinas que son como polilla inevitable de toda obra humana. El hombre debe luchar constantemente contra ese movimiento de gravedad de su espíritu que le atrae hacia lo mezquino, y ello sólo lo consigue rompiendo de vez en cuando los hábitos y ataduras de los pequeños fetiches que nos ofrece la vida. Es un constante demoler todo egoísmo desbordado; y sólo con espíritu de sacrificio y de autonegación consigue el hombre superar la ley de gravedad de nuestras debilidades para nacer en Cristo como nos recordaba hermosamente el otro día nuestro queridísimo señor arzobispo: nacer hacia lo sobrenatural, que es ley de amor, de renuncia y sacrificio mediante la adecuada ordenación de nuestra propia vida institucionalizándola si así pudiera decirse en los caminos de Dios.

Pues bien, otro tanto imagino yo que le ocurre a la Iglesia. Esa misma debilidad humana crea también en ella fetiches y estructuras muertas. Instituciones y bellezas que nacieron impulsadas por el amor, parece como si fácilmente el hombre se olvidase del amor que lleva aliento eterno para quedarse sólo contemplando entusiasmado lo que es accidental.

Para exponeros mi idea os contaré una pequeña vivencia que tuve durante una peregrinación del Año Santo en Roma. Yo siento el arte en lo más hondo de mi ser. Llevar el arte al culto es llevar al culto las más nobles creaciones del espíritu del hombre; es hacer reverencia a Dios con las mejores cualidades que nos ha dado y ofrendarlas todas en su homenaje. Pues bien, en aquella ocasión contemplaba yo todas las bellezas de la Ciudad Santa y tan absorbido me sentía por ellas que no obstante mi deseo de vivir la significación sobrenatural de mi presencia en Roma me embriagaba especialmente toda aque-

lla belleza. Esto es, pensé, como si después de que la Magdalena ofrendase el perfume al Señor (e hizo bien, nos dice Jesús) olvidásemos luego la presencia del Señor que había sido causa de aquella acción y quedásemos sólo pendientes y embriagados por el perfume. Algo de esto sucede con todas las instituciones humanas nacidas de un gran amor o de un gran aliento cuando pierden el espíritu que les dio vida. Así desaparecen los imperios y las costumbres, y se arruinan las artes más bellas. Pero la Iglesia no pasará. Las cosas muy bellas, las exquisitas creaciones del espíritu, si pierden el destino sobrenatural que las ha creado se convierten en objeto de simple humano contentamiento o de autobombo, a manera de un «bonzismo» de la razón, del arte, de la sociología o de la lengua. Como es lógico, todas esas hipertrofias que se producen en la Iglesia están destinadas a desaparecer porque el núcleo de nuestra religión es sólo amor trascendente y no tienen la promesa de asistencia divina y perpetuidad otros amores menos sublimes.

Cuando se producen estos momentos de crisis parece como si todo vacilase porque los hombres nos servimos de determinadas formas para manifestar nuestros amores y adhesiones. El momento en que muchas de estas formas quiebran nos produce a veces perplejidad, a veces pasmo o dolor porque van asociadas en muchos casos a nobles y elevados sentimientos. Pero estos momentos de oscuridad Dios los permite. Son momentos de prueba, de turbación, a veces de escándalo y de aflicción que se han dado siempre en la historia. Los cátaros y los albigenses, o las cohortes luteranas no fueron más edificantes que nuestros actuales contestatarios. Son momentos en los que es preciso acudir a lo esencial como hicieron Domingo de Guzmán o Francisco de Asís, Teresa de Jesús o Juan de la Cruz o Ignacio de Loyola; y antes san Agustín y san Jerónimo y después el Cura de Ars y Teresa de Lisieux o Juan Bosco. Negación del yo, espíritu

de mortificación y de penitencia, y un dulce sumergirse en las fuentes inmensas e incomprensibles del amor de Dios. ¿Quién puede comprender la vida de un santo? Y, sin embargo, ¡qué garra, como ahora se dice, qué atractivo y dulzura y qué hermosísima belleza de sentimientos la de las almas santas!: sus diarios o memorias, sus poesías, sus soliloquios, su desconcertante grandeza y pequeñez, su subyugante y simple señorío y penetración sobre los más agudos problemas. Santa Teresa, de insondable profundidad, doctora de la Iglesia (no obstante pertenecer a una época en la que la mujer no estaba oficialmente «promocionada» como ahora se dice); santa Teresita de Lisieux, fragilísima niña en apariencia, pero en realidad de temple heroico, patrona hoy de las Misiones; un cura casi ignorante, pero de altísima sabiduría, san Juan Bautista Vianney, patrono del clero secular; como antaño simples pescadores se habían convertido en adalides victoriosos que cimbrearon y conmovieron un imperio corrompido. ¿De dónde esta fuerza? «Mi vocación es el amor», «yo seré dentro de la Iglesia el amor» decía con audacia Teresa de Lisieux. Y ¡cuánto racionalista no se ha visto deslumbrado por esa nueva dimensión que es el amor! Pero ¿qué es el amor? Porque aquel gran poeta hace poco desaparecido, Paul Claudel, sentía una sequedad inmensa, y buscaba la luz de una fe que no encontraba; y de repente, un día que entró casualmente en Notre-Dame, el eco de un «¡Dios mío!» pronunciado por un predicador, conmueve su alma que se inunda de fe, de emoción y de un sentimiento profundo que le sume durante varias horas en llanto en un rincón de aquella misma iglesia; y esa luz misteriosa brillará ya luego siempre en toda la vida de Claudel. ¿Qué es el amor? ¿Por qué el militar disipado que fue Charles de Foucauld siente también este estremecimiento que cambia su vida en forma heroica y humanamente incomprensible? ¿Qué paz, qué fuerza y qué semilla en los escritos de los santos! ¿Qué es el amor?: es evidentemente una gracia que transforma y que sublima. El más pecador puede ser tocado de esta gracia y transformarse en santo. Y llego aquí a través de esta reflexión meramente humana y de seglar, que vive la angustia de un momento y de unas esperanzas como todos vosotros, a la devoción que nos ha reunido en este templo expiatorio del Sagrado Corazón. Dios es amor. Cristo es amor, y sólo en Él puede realizarse esa renovación del hombre viejo y nacer de nuevo, no por la ley del mundo, sino por la del amor: no por la razón y la filosofía, sino por el anadamiento, la entrega y la humildad.

Hoy se racionaliza todo en un análisis desintegrante y esterilizador. Parece como si el intelectualismo fuera la única facultad válida entre

los hombres. Este intelectualismo ha penetrado incluso en la teología, disecando lo sobrenatural. Algunos doctos razonadores opinan hoy que la devoción al Sagrado Corazón de Jesús es una cosa meliflua y pasada de moda. ¿Por qué incluso los teólogos pueden ser hoy objeto de confusión? La explicación se halla sin duda en esa aguda observación de Dietrich Von Hildebrand: «He hecho la luminosa observación –dice– de que antes del Concilio Tridentino la mayoría de los grandes teólogos fueron santos y místicos; mientras que después de Trento, la teología y la mística se escindieron».

El hombre no es sólo inteligencia. «El corazón tiene razones que la razón no entiende» dice Pascal. «Sentir conocimiento» nos refiere san Ignacio en sus Ejercicios. El doctor Alexis Carrel, gran científico e investigador, premio Nobel a los 30 años, dice: «El espíritu es a un mismo tiempo inteligencia y sentimiento, razón y corazón, actividad lógica y actividad no lógica. Para adaptarnos a la realidad tenemos tanta necesidad del sentimiento como de la inteligencia»... «La inteligencia es un instrumento para simplificar, un útil para dirigir nuestra conducta. Pero no percibe la complejidad real de las cosas, no comprende la vida»... «La inteligencia es como un escalpelo que disecciona el cuerpo vivo en partes muertas; divide a la realidad en sus aspectos, y la destruye al quererla analizar»... «La intuición, el amor, aprehenden la realidad viva sin análisis intelectual».

El verdadero talento para algo, nos dice Jaime Balmes, es su intuición, no su reflexión. No es la reflexión, sino la intuición, la fuente de todos los más sensacionales descubrimientos. No es la inteligencia, sino el amor, el determinante de las decisiones más importantes de la vida. Es decir, el conocimiento para las cosas más profundas nos llega por vías más hondas que la simple reflexión.

En lo sobrenatural nuestra fe vive de la humildad. También en lo meramente natural; si no creyésemos en las enseñanzas de nuestros mayores seríamos irracionales: no habríamos aprendido ni siquiera a hablar. El mundo es un misterio. Sólo unos pocos cientos de hombres han hecho todos los descubrimientos, en lo espiritual, en lo técnico, en el arte, en cuanto nos separa del bruto. También, sólo unos pocos cientos de hombres son maestros en el arte de lo eterno; esos hombres son los santos. Ellos –iluminados por el Espíritu Santo– penetran lo que los otros no entienden. Ellos han dado a la humanidad la más alta sabiduría, han actuado como levadura de los pueblos (recordemos el Císter, Cluny y la infinidad de órdenes y congregaciones religiosas y sus beneméritas fundaciones civilizadoras). Los santos son, pues, los verdaderos doctores de este saber profundo que eleva al hombre a la más alta perfección. ¿Y qué dicen los santos del conocimiento de lo so-

brenatural? San Juan de la Cruz se refiere así a un éxtasis de alta contemplación:

*«El que allí llega de vero
de sí mismo desfallece,
cuanto sabía primero
mucho bajo le parece;
y su ciencia tanto crece
que se queda no sabiendo
toda ciencia trascendiendo.
Este saber no sabiendo
es de tan alto poder
que los sabios arguyendo
jamás le pueden vencer;
que no llega su saber
a un no entender entendiendo
toda ciencia trascendiendo.
Y es de tan alta excelencia
aqueste sumo saber,
que no hay facultad ni ciencia
que le puedan emprender;
quien se supiere vencer
con un no saber sabiendo
irá siempre trascendiendo.
Y si lo queréis oír,
consiste esta suma ciencia
en un subido sentir
de la divinal Esencia;
es obra de su clemencia
hacer quedar no entendiendo
toda ciencia trascendiendo.*

La ciencia no sirve, pues, para penetrar en las honduras existenciales del Amor. «Es obra de su clemencia», como nos dice el místico poeta. Es preciso hacerse como niños, porque Dios descubre a los niños lo que oculta a los soberbios y poderosos. «Si no os hacéis como niños no entraréis en el reino de los cielos», nos dice una y otra vez Jesús.

El mundo vive y se desarrolla en el amor. Se desintegra y aniquila en el odio. Ambas realidades operan en la humanidad. De nuevo el misterio: misterio del odio y del amor pero sobre todo misterio del amor. La ley del Talión (ojo por ojo, diente por diente) ha sido borrada definitivamente por Cristo: «¡amad a vuestros enemigos, amadles y no les maldigáis!», «¡acumularéis brasas de amor sobre sus cabezas!».

El hombre vive en lo concreto; la abstracción es sólo un instrumento de la mente. No se ama a una abstracción. Se quiere lo que nos es próximo. Se ama a tal persona; no se ama al amor como abstracción.

Cristo es el amor puesto a nuestro alcance. Acercuémonos pues a Él, con la infancia espiritual de Teresita de Lisieux. Preguntemos acerca de esa devoción al Sagrado Corazón a sor María del Divino

Corazón, esa religiosa del Buen Pastor que hace poco más de setenta años tuvo unas revelaciones divinas que movieron a León XIII a la consagración de todo el género humano al Sagrado Corazón.

Nos dice esta santa religiosa: «Objeto de nuestra adoración es toda la naturaleza humana unida al Verbo, así como cada una de las partes de dicha naturaleza. Veneremos, pues, y adoremos al Corazón, ese Corazón que por nosotros latió 33 años, y pues el corazón es por excelencia el órgano del amor, en la devoción al Sagrado Corazón veneramos y adoramos el amor infinito en que este Señor amantísimo se abrasaba».

San Ignacio en los Ejercicios Espirituales y para cada meditación nos recomienda hagamos aquella representación mental que más ayude a movilizar nuestro afecto. Y como representación mental, ¿qué duda cabe que el corazón, para el humano entendimiento, es el símbolo más perfecto y acabado del sentimiento y del amor! Consultad el vocabulario de todos los pueblos, las cartas de todas las personas que se han amado y veréis cuántas y cuántas veces se habla del corazón. Discutir este símbolo a Cristo es tanto como regatear la existencia misma de su amor.

¿Cuál es el fin de la consagración? En el mensaje a la citada religiosa dice el Señor que estableció el culto exterior a su corazón por su aparición a santa Margarita M.^a de Alacoque y, difundido por todo el mundo, quería ahora «que más y más se estableciese el culto interior», esto es, que las almas se acostumbraasen a unirse más y más interiormente con Él y a ofrecerle sus corazones como morada». ¿Y cómo establecer este culto interior? La misma religiosa lo dice: «El amor al Corazón de Jesús sin espíritu de sacrificio no es más que imaginación»; «la devoción al Sagrado Corazón es inseparable del sufrimiento y del sacrificio». Y añade: «no se puede separar al Corazón de Jesús de la Sagrada Eucaristía donde real y verdaderamente Él se halla». Esta devoción no es algo superficial sino que se encuentra profundamente enraizada en la vida misma y en la doctrina de la Iglesia. Desde las revelaciones a santa Margarita M.^a de Alacoque en 1673, todos los papas sucesivos, dieciséis papas exactamente, han profundizado y reiterado esta doctrina, la necesidad de esta devoción vivificadora, a través de más de mil breves pontificios y varias grandes encíclicas.

El Papa felizmente reinante, Pablo VI, en su carta apostólica *Investigabiles divitias*, reitera de nuevo la excelencia de la devoción al Sagrado Corazón: «Puesto que el Concilio Ecuménico recomienda en gran manera los ejercicios de piedad cristiana, especialmente cuando son realizados por mandato de la Sede Apostólica (*Sacrosanctum Concilium*, 13), hay que inculcar en grado sumo esta fórmula, ya que

(como dijimos antes), toda ella se dedica a adorar y reparar a Jesucristo y está fundada principalmente en el misterio de la Eucaristía, del cual, como de todas las acciones litúrgicas, se obtiene la santificación de los hombres en Cristo y la glorificación de Dios, a la que tiende toda la actividad de la Iglesia como a su fin» (*Sacrosanctum Concilium*. 10).

Por consiguiente, el significado de esta devoción y consagración es: reparación, adoración, Sagrada Eucaristía, reforma interior; en una palabra, amor profundo y no solamente culto exterior.

Nos encontramos reunidos los celadores de una asociación que cuenta actualmente con cuarenta millones de afiliados en todo el mundo. Su número se ha doblado en sólo 33 años. Es un instrumento fabuloso si se tiene en cuenta el poder de la oración. Falta ahora quizá que análogamente a lo que decía sor María del Divino Corazón respecto a la consagración al Sagrado Corazón, teniendo ya esta asociación una existencia pública, la vigoricemos ahora mediante una vivencia de interioridad auténtica en cada uno de nosotros de la devoción al Sagrado Corazón y a la Eucaristía, como enseñaba la santa religiosa, con espíritu de sacrificio y de reparación.

Y para terminar, ¿cuál puede ser el alcance del poderoso instrumento que supone nuestra asociación al servicio de un mundo abrumado de materialismo? Voy a traer aquí, en mi calidad de seglar, un testimonio de laico, de una mente poderosa y excepcional que ha pasado por el racionalismo y por el escepticismo, y que ha de merecer el respeto de la más exigente intelectualidad por haber demostrado con hechos la capacidad del propio intelecto: el doctor Alexis Carrel, premio Nobel de Medicina a los 30 años, a quien me he referido anteriormente.

Nos dice Carrel, después de haber presenciado como médico el sensacional milagro de María Ferrand en Lourdes y de haber estudiado el problema de los milagros con la exigencia de un científico y el apasionamiento estupefacto de un escéptico: «El gabinete médico de Lourdes ha prestado un gran servicio a la ciencia demostrando la realidad de estas curaciones. La oración tiene a veces un efecto que en algún modo podríamos llamar explosivo»... «Se han registrado más de doscientas curaciones de tuberculosis, ceguera, sarcoma, cáncer y otras enfermedades orgánicas cuya curación casi instantánea es indiscutible. Nos encontramos aquí sobre un terreno firme. El hombre tiene necesidad de ayuda, reza, y la ayuda le viene. Cualquiera que sea su interpretación futura, este hecho será eternamente verdadero».

Creo, señores, que el testimonio es impresionantemente. Las citas de este testigo podrían ser innumerables y todas ellas sobresalientes, especialmente sobre la fuerza y eficacia de la oración. Escuchad la

oración emocionante de este hombre de ciencia que ha vivido todos los problemas ideológicos que angustian al hombre moderno y se ha visto agitado por todos los problemas hoy vigentes; es la oración transida de humildad de quien ha tocado las más altas cimas de la ciencia y aparece escrita en su diario de los últimos años de su vida:

«¡Oh, Dios mío!, cuánto siento no haber comprendido nada de la vida; haber intentado comprender cosas que es inútil intentar comprender. La vida no consiste en comprender sino en amar, en ayudar a los otros, en rezar, en trabajar. Haced, Dios mío, que no sea demasiado tarde. Haced que la última página del libro no se halle escrita todavía, que otro capítulo pueda añadirse a este libro malo. Hablad, que vuestro indigno siervo escucha. Os ofrece lo que le queda. Os hace el sacrificio voluntario de su vida como una oración. Os pide que le conduzcáis por la buena vía, la vía de los que son sencillos, de los que aman y rezan. Perdonadle todas las faltas de su vida. A él que es totalmente ignorante, dadle la gracia de la luz. Que cada minuto que le queda todavía de vida lo pase cumpliendo vuestra voluntad en el camino que elijáis para él.»

«¡Oh, Dios mío!, en este día que conmemora el nacimiento de vuestro Hijo, yo os hago la total entrega de mí mismo, con la pena infinita de haber pasado como un ciego a través de la vida.»

En esta hora de turbación y de extravío materialista son muchos los que, a tientas y tropezones buscan angustiosamente la Verdad. Sólo Dios juzga y conoce los corazones. Lo que parecen desvíos individuales son a veces simple efecto de espejismo de un desvío o confusión colectiva. Para todos aquellos que buscan sinceramente la Verdad (aunque sea con desalientos y rebeldías), tiene el Dr. Carrel esta reflexión profunda y alentadora:

«Jesucristo es el camino de la Verdad y de la Vida. Pero si amar a Jesucristo y darse a Él es seguir el camino de la Verdad y de la Vida, también es cierto que amar a la verdad por encima de todas las cosas, consagrarse a ella y esperar en ella, aunque sea desconociendo a Jesucristo y aun evitándolo, sigue siendo una manera de seguirle, de caminar en su ruta y de encontrarle.»

En los tiempos que vivimos ¡cuántas personas buscan sinceramente la verdad y desconocen a Jesucristo como si fuera algo irreal! Y sin embargo, Cristo se halla presente entre todos aquellos hombres que buscan la verdad, porque Él es la Verdad. Pero la Verdad en su significación más profunda es Amor. Cristo es el Amor. Que nuestra devoción al Sagrado Corazón, nuestra consagración y humilde oración, sea para impetrar que esa luz de la Verdad ilumine a todos los hombres y nos reúna en un mismo y eterno Amor junto a ese Corazón amantísimo.

Primeros discípulos de Jesús

RAMÓN GELPÍ SABATER
www.christusregnat.com

Tras el pequeño paréntesis navideño, en el que hemos introducido un comentario referente a la infancia de Jesús, en este caso la huída a Egipto, vamos a proseguir con el orden cronológico de los evangelios concordados, que nos hemos propuesto seguir. Corresponde, tras el ayuno y tentaciones de Jesús en el desierto, al relato del evangelista san Juan, sobre los primeros discípulos que siguieron a Jesús.

Jesús coincidió en el lugar cercano a Jericó, donde san Juan Bautista ejercía su misión en el Jordán, con tres de los que más tarde formarán parte de los doce apóstoles: Pedro, Andrés, y Juan hijo de Zebedeo. Este último es el que, todos los santos Padres y la mayoría de los escrituristas, reconocen como el propio Juan Evangelista. No vamos a entrar en las polémicas sobre esto, que no todos reconocen en estos tiempos de confusión. Pero lo cierto es que es este evangelista el que narra con cierto detalle cómo fueron los primeros encuentros de Jesús, tanto en Judea como pocos días más tarde en Galilea, a orillas del lago de Genesaret, con los que iban a ser sus discípulos.

Juan, Andrés y Pedro

«... Al día siguiente continuaba allí Juan con dos de sus discípulos, y viendo pasar a Jesús, dice: Mirad el Cordero de Dios. Al oír esto los discípulos se fueron en pos de Jesús. Volviéndose Jesús y viendo que le seguían, les dijo: ¿Qué buscáis? Respondieronle: Rabbí, que quiere decir Maestro, ¿dónde vives? Les contestó: Venid y lo veréis; fueron, pues, y vieron dónde vivía y aquel día lo pasaron en su casa; eran las cuatro o cinco de la tarde, poco más o menos. Uno de los dos que había oído a Juan y seguido a Jesús, era Andrés, hermano de Simón Pedro. Con quien primero se encontró fue con su hermano Simón, al cual refirió: Hemos hallado al Mesías, que quiere decir Cristo. Le condujo hasta Jesús. Fijando en él su mirada, dijo Jesús: Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú te llamarás Cefas, que quiere decir Pedro. (Jn 1, 35-42)

Contemplemos esta escena: Jesús sigue en la zona en la que Juan Bautista administraba su bautismo de penitencia, al pasar ante él y dos de sus discípulos,



«Os haré pescadores de hombres...»

que han venido de Galilea, es señalado por el Precursor como «el Cordero de Dios». Como sabemos, nuestro Señor comenzó su misión en Galilea, pero es precisamente lejos de allí donde encontrará a tres de estos galileos que le van a seguir. Es muy notable observar que san Juan Evangelista no se nombra a sí mismo, aunque es evidente que el compañero de san Andrés que se señala aquí es él mismo. Esta actitud la mantendrá el evangelista a lo largo de toda su narración de la vida de Cristo, y esto confirma claramente esta afirmación.

Comentando este mismo pasaje, hace algún tiempo, tuvimos ocasión de recalcar el indudable atractivo personal de Jesús. En aquella ocasión quisimos buscar una aproximación a su rostro, analizando la efigie marcada en la Sábana Santa con las correcciones técnicas (incluso de proporción), que se pueden realizar actualmente con medios informáticos. Sobre esta imagen, se ha pintado un «rostro vivo». El resultado tiene cierto parecido con el rostro de Jesús, que realizó Heinrich Hofmann en la obra «Jesús Maestro». Vale la pena contemplarlo con un poco de imaginación para entender este atractivo.

Pero no vamos esta vez a reincidir en este atractivo personal; veamos la situación: «... Maestro, ¿dónde vives? ...», le preguntan Andrés y Juan, cuando el Señor se da cuenta de que le siguen. Dice el evangelista, que suele proporcionar referencias espaciotemporales muy claras: «eran las cinco de

la tarde aproximadamente» («... erat quasi hora decima ...»).

Los discípulos pasan el día con Jesús y, enseguida, Andrés va a buscar a su hermano Simón y le lleva a su presencia. Dice el evangelista san Juan que ya en aquel momento Jesús le impone un sobrenombre profético: «Piedra» («Cefas» o «Kefas» en lengua aramea). Como veremos, será al menos dos años más tarde cuando le dirá: «... tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia ...» (Mt 16, 18)

Pero ahora esta narración de san Juan da un salto en el espacio y en el tiempo, pero siguiendo con estos primeros discípulos que siguen a Jesús:

«... Al día siguiente decidió Jesús salir hacia Galilea y, encontrándose con Felipe, le dijo: Sígueme. Era Felipe natural de Betsaida, el pueblo de Andrés y de Pedro. Felipe encontró a Natanael y le dijo: Hemos hallado a Aquel de quien escribieron Moisés en la Ley, y los Profetas, a Jesús, hijo de José el de Nazaret. ¿De Nazaret puede salir algo bueno? le contestó Natanael. Felipe insistió: Ven y lo verás. Viendo Jesús que Natanael venía hacia Él, exclamó: aquí llega un auténtico israelita, en quien no cabe doblez. Natanael le preguntó: ¿De qué me conoces? Le respondió Jesús: Antes de que Felipe te llamase, te vi yo cuando estabas debajo de la higuera. Replicó Natanael: Rabbí, tú eres el hijo de Dios, tú eres el Rey de Israel. Jesús le contestó: ¿Has creído porque te he dicho que te vi debajo de la higuera? Cosas mayores verás. Y añadió: En verdad, en verdad os digo: Veréis el cielo abierto y a los ángeles de Dios subiendo y bajando sobre el Hijo del hombre ...» (Jn 1, 43-51)

El personaje a quien san Juan llama Natanael, es con toda probabilidad el apóstol san Bartolomé. Se sabe que era de Caná de Galilea, porque el propio evangelio de san Juan lo dice en Jn 21-2 (punto 326), y esto ha dado pie a que algunos piensen, con escaso fundamento, que fuera el esposo de las bodas de Caná.

Leyendo los evangelios se puede comprobar que:
1º: El nombre de Natanael no consta en los sinópticos, pero éstos nombran a Bartolomé junto al apóstol Felipe.

2º: San Juan, en cambio, no nombra a Bartolomé en su evangelio, ni tampoco da la lista completa de los Apóstoles, pero se ve enseguida que pone a Natanael entre los Doce, porque refiere su vocación junto a la de Simón, Juan, Andrés y Felipe.

Recordemos que Jesús se encuentra ahora en Galilea. Se dice al iniciar la narración; y aunque no se indica específicamente, se supone que están a orillas del lago, pues Felipe es de Betsaida y Andrés, Simón y Juan son pescadores. También es de notar que en el punto siguiente dirá san Juan «tres días después se celebró una boda en Caná de Galilea» (Jn 2-1). Todo esto concuerda perfectamente, a la vista del entorno del lago, y volviendo a ver el esquema de las primeras actividades de Jesús.

Respecto a la personalidad de san Bartolomé o Natanael, san Gregorio y la mayoría de los santos Padres lo creen letrado, y lo consideran doctor de la Ley, por lo que se deduce de la conversación entre él y san Felipe: «Hemos hallado a Aquel de quien escribieron Moisés en la Ley, y los Profetas ...». De todas maneras, parece por la narración que convivía habitualmente con los pescadores, por lo que podría serlo también, y sin embargo tener un buen conocimiento de las Escrituras como muchos judíos fieles, asistentes habituales a los actos de la Sinagoga.

El evangelio de san Juan, después de este episodio, narrará el primer milagro de Jesús, con ocasión de las bodas de Caná y, como es frecuente en este evangelista, nos proporcionará una referencia de tiempo: «Tres días después se celebró una boda en Caná de Galilea». Jesús asistirá a esta boda «con sus discípulos». No sabemos cuántos, pero gracias a san Juan, sabemos que, al menos, le seguían los primeros cinco.

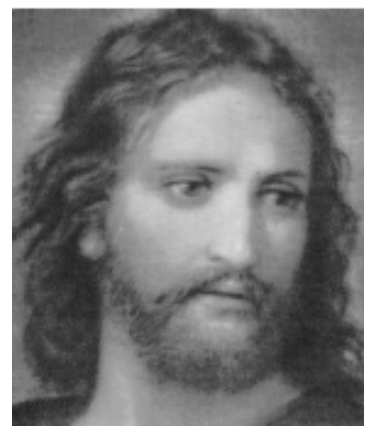
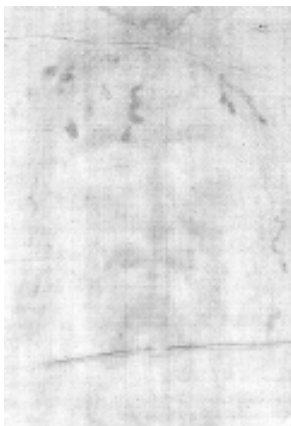


Foto 1: Imagen de la Sábana Santa sin contraste, y sin corrección de formato; foto 2: imagen virada a negativo, contrastada y con corrección del alargamiento; foto 3: rostro «vivo» dibujado sobre la imagen 2; foto 4: detalle de «Jesús Maestro», de Hofmann, con un parecido notable.



Pequeñas lecciones de historia

El Cura de Ars (III): El milagro diario de *La Providencia*

GERARDO MANRESA

CUANDO el reverendo Vianney llegó al pueblo de Ars, se encontró que no había escuela ni maestro, de modo que para la instrucción de los niños y niñas en invierno se llamaba a un preceptor forastero. Esto disgustó mucho al nuevo párroco, que tan pronto como pudo tomó la resolución de fundar una escuela. Entre 1820 y 1823 buscó los recursos y las maestras entre las jóvenes sencillas del mismo pueblo: Catalina Lassagne y Benita Lardet, que trabajaban en el campo y no abundaban ni en ciencia ni en experiencia, pero poseían un espíritu muy fino y un gran sentido común. Esto era lo que quería el santo Cura. Envió a estas dos jóvenes a buscar la ciencia con las religiosas de San José, en un pueblo vecino. Juana María Chanay, otra joven de Ars, se dedicaría a las cosas de la casa.

El mismo año 1823 compró una casa nueva junto a la iglesia y para ello recurrió a la caridad de los fieles y a todos sus bienes particulares. La escuela se abrió en noviembre de 1824. Las jóvenes maestras trabajaron siempre con el mayor desinterés, no tuvieron más salario que los alimentos y lo necesario para los gastos ordinarios de la vida, y la satisfacción de hacer el bien. Desde el primer momento aquella casa se llamó *La Providencia*. Como la escuela era gratuita, pronto se enteraron en los pueblos vecinos y enviaron las niñas. Fue necesario transformar el desván en dormitorio. El primer año se alojaron dieciséis alumnas; es decir, de improviso la escuela se había transformado en un pensionado, en el cual no se exigía ninguna retribución. El señor Cura no lo permitió, pero los padres procuraron las camas y las ropas y tomaron por costumbre llevar las provisiones. *La Providencia* empezaba a cumplir con su misión.

Pero el reverendo Vianney tuvo una nueva inspiración. Había encontrado por el pueblo niñas huérfanas sin hogar o con padres indigentes que las dejaban todo el día por la calle, donde no aprendían más que vicios. El Cura no pudo sufrirlo y decidió establecer en la escuela un refugio para ellas. El nombre de *La Providencia* tendría más razón de ser, pues el Padre que está en los cielos sería su proveedor. Compró otro terreno y rápidamente construyó la casa, haciendo incluso él de albañil, de carpintero, etc. Todo para las niñas abandonadas y sin recursos. La huérfanas eran admitidas a la edad de ocho años y no salían hasta que habían hecho la primera comunión, pero si se presentaban niñas mayores de quince o diez y ocho años, el santo Cura también las admitía. Nunca rechazó a ninguna.

Un día llegó el santo con una desgraciada niña que había encontrado perdida y le dijo a Catalina: –Recibe a esta niña que Dios nos envía. –Pero, señor Cura, ¿no que-

da ni una cama! –le contestó Catalina, –Siempre queda la tuya –fue la respuesta del santo. La joven maestra, habiendo dudado un instante de la Providencia abrió los brazos a la desgraciada y la apretó contra su corazón.

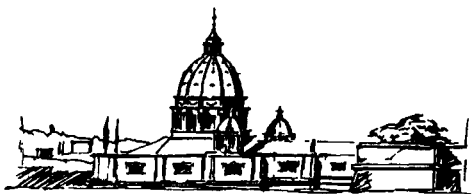
Confiaba en los feligreses que le ayudarían con los productos de la tierra e hizo una colecta que le produjo en total... un saco de patatas. Desde entonces, resolvió no repetirla. Decía que él tenía el bastón de la Providencia y llamaba a la puerta de ciertas fortunas bienhechoras. Cuando se veía con un poco de dinero, el Cura no dudaba en ampliar *La Providencia* y admitir a más huérfanas. Desde 1830 y durante veinte años la casa siempre estuvo repleta y llegó a albergar sesenta niñas.

El clima de piedad en esta casa era extraordinario. Catalina Lassagne explica: Cuando el señor Cura nos decía que Dios había sido ofendido por los escándalos en las fiestas, las niñas mayores pedían permiso para pasar la noche en oración, a fin de pedir perdón para los culpables. Se arreglaban entre sí y se relevaban cada hora. Y todo esto sin ningún ruido, de suerte que las que no estaban en vela, no se daban cuenta de ello.

Fue en el año 1829, año de malas cosechas, que la provisión de trigo de *La Providencia* llegó a mínimos; no podía esperarse nada ni de los feligreses ni de la señorita del castillo. El reverendo Vianney pensó en devolver a parte de las huérfanas a sus hogares, pero temía que volverían a caer en la miseria y en los peligros del alma y del cuerpo. Se decidió a pedir un milagro al santo que de un modo palpable le había sacado de apuros en sus estudios. Reunió en un solo montón en medio del granero y ocultó en él una reliquia de san Francisco de Regis y después recomendó a las huerfanitas que se uniesen a él para pedir a Dios el pan de cada día, se puso en oración y ya tranquilizado, esperó. –Vete al granero a preparar el trigo que nos queda, dijo a Juana María, que era la panadera, quien le había dicho que apenas quedaba trigo. ¡Agradable sorpresa! Al intentar abrir la puerta ésta apenas se abre y por la estrecha rendija sale un chorro de trigo. Juana María desciende del granero y le dice al Cura: –Pero, ¿es que ha querido usted probar mi obediencia? El granero está lleno, –¿Cómo, está lleno?, le dice el Cura –Sí, rebosa; venga y verá. Nunca el granero había estado tan lleno.

La creación de *La Providencia* de Ars fue un notable beneficio. Oí decir con frecuencia al santo Cura –refiere Catalina Lassagne– que hasta el día del juicio no se podría ver el bien que se hizo en aquella casa.

Esto lo decía porque la obra del Santo salvaguardó la virtud de muchas jóvenes, que aprendieron, en aquel asilo, a ser madres de una familia cristiana o a consagrarse al Señor para toda su vida.



ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

Santa Teresita, clave en el retorno anglicano

EL pasado mes de octubre dábamos cuenta en las páginas de esta revista de la primera visita de las reliquias de santa Teresita al Reino Unido, pasando por numerosas parroquias católicas e incluso anglicanas (el día de su fiesta fueron expuestas para su veneración en la catedral anglicana de York, sede del segundo arzobispo anglicano más importante de Inglaterra). Quince días después el papa Benedicto XVI publicaba la constitución apostólica *Anglicanorum coetibus* por la que, mediante la creación de ordinariatos personales, se habría los brazos a los antiguos anglicanos para entrar en comunión plena con la Iglesia católica (tal como publicó y comentó CRISTIANDAD en el número del pasado mes de diciembre). ¿Podemos ver en ello alguna relación?

Tanto católicos como anglicanos ingleses han pedido recientemente la intercesión de santa Teresa de Lisieux en diversos lugares de Inglaterra y es de suponer que las oraciones de esta santa por Inglaterra han dado su fruto. Así la ha visto el obispo anglocatólico del Canadá, Peter Wilkinson, OSG, quien hace unos días escribía el padre Davis, párroco de la parroquia de St. Therese Little Flower, en Kansas City, que ha estado «molestando» a santa Teresita desde octubre de 2007 para que resolviera favorablemente la cuestión. En dicha fecha



el obispo Wilkinson estuvo presente en el Sínodo de Obispos de la TAC, en Portsmouth (Inglaterra), que votó unánimemente a favor de la petición de comunión plena y que firmó el Catecismo de la Iglesia católica. «El primer día completo del Sínodo – recuerda – fue el 1 de octubre, es decir, la “nueva” fecha de la fiesta de santa Teresa de Lisieux, y la votación para decidir si se solicitaba o no la comunión plena tuvo lugar el 3 de octubre, la “antigua” fecha de su fiesta. También pude acompañar al primado y obispo Robert Mercer, CR, en la entrega de la carta a la Congregación para la Doctrina de la Fe, como nos había indicado el Santo Padre. Mi amiga, la madre Teresa del Carmelo de Edmonton, me había dado algunas estampas con piezas de tela que habían tocado las reliquias de santa Teresita. Cada uno de nosotros llevábamos una de esas estampas y pedimos a santa Teresita que rezara por nuestra aventura. También recibimos estampas similares del siervo de Dios Juan Pablo II, precedentes de Polonia.»

Encuentro europeo de familias en Madrid

UN año más las familias cristianas se reunieron en la capital española para celebrar la festividad de la Sagrada Familia, en esta ocasión acompañadas por numerosas familias del resto de Europa. Y el intenso frío no fue obstáculo para que cientos de miles de familias con niños, ancianos y enfermos participaran en la céntrica plaza de Lima de un encuentro marcado por la alegría profunda de sentirse familia de Dios.

Se cantaron villancicos y se escucharon los testimonios de familias y obispos de diversos países europeos. «Vale la pena –recordó el cardenal polaco Rylko, presidente del Consejo Pontificio para los Laicos– testimoniar a Europa que es posible que marido y mujer se amen superando todas las dificultades; (...) habitando entre nosotros el Señor derriba todas las barreras y nos concede la posibilidad de amarnos unos a otros». El presidente del episcopado polaco, monseñor Michalik, presentó a la Sagrada Familia de Nazaret como un «ideal posible» y se conmovió porque en un mundo atenazado por «una profunda crisis moral se ve que la familia cristiana sigue siendo realizable». El presidente del Consejo Pontificio para la Familia, el cardenal Antonelli, miró

a su alrededor y recalcó: «Cuando la multitud se hace una en el amor, se manifiesta en la tierra el reino de Dios, un reflejo de la Trinidad divina, de su vida y de su belleza»; misterio de comunión que «se realiza en la Iglesia y en cada verdadera familia»; «vosotros lo testimoniáis». Y el cardenal vicario del Papa para la diócesis de Roma monseñor Vallini trajo a los asistentes el saludo y la bendición del Santo Padre, el papa Benedicto XVI.

En la Eucaristía, el cardenal Rouco invitó a las familias de España y de Europa a la escuela de Nazaret, indispensable por los retos, con cobertura legal, de las rupturas –asimilables al repudio– y del supuesto derecho al aborto. La gran fiesta concluyó con la sorpresa sobre todo de los más pequeños: la cabalgata de los Reyes Magos, cargados de regalos, que llegó con paso solemne hasta postrarse en adoración a los pies de Jesús Niño.

Inaugurado el Año Santo Compostelano

UN año más la próxima fiesta de Santiago Apóstol (25 de julio) caerá en domingo. Por este motivo, el pasado 31 de diciembre dio comienzo en la capital gallega el CXIX Año Santo Compostelano 2010 con la apertura de la Puerta Santa de la catedral y bajo el lema «Peregrinando hacia la luz».

Con motivo de este acontecimiento, Benedicto XVI ha enviado un mensaje a monseñor Julián Barrio Barrio, arzobispo de Santiago de Compostela, en el que recordaba a todos los creyentes que se abre un tiempo especial de gracia y de perdón. La verdadera meta del Camino es que el Señor «se dé a conocer a los peregrinos y entre en sus corazones, “para que tengan vida y la tengan en abundancia”». Ésta es la verdadera gracia que el mero recorrido material del Camino no puede alcanzar por sí solo y que lleva al peregrino a convertirse en testigo ante los demás de que Cristo vive y es nuestra esperanza impercedera de salvación.

Asimismo, el Papa subrayó que en este Año Santo, en sintonía con el Año Sacerdotal, deben tener un papel decisivo para los peregrinos «los sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía, pues lo más buscado, lo máspreciado y característico del Año Santo es el perdón y el encuentro con Cristo vivo», e invitó a todos a «hacer acopio de las sugestivas experiencias de fe, caridad y fraternidad que encuen-

tren en su andadura, a que vivan el Camino sobre todo interiormente, dejándose interpelar por la llamada que el Señor hace a cada uno de ellos. Así podrán decir con gozo y firmeza en el Pórtico de la Gloria: «Creo».

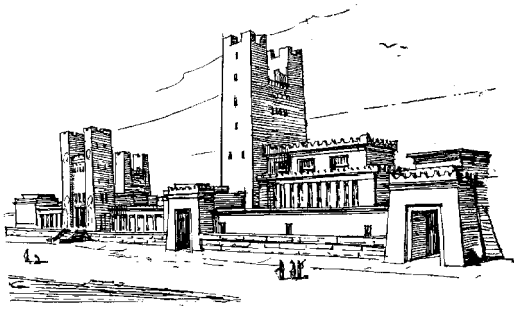
Siguen muriendo cristianos en Egipto e Iraq

LA Iglesia copta de Egipto está de luto. En la pasada noche de Navidad (6 de enero en el calendario copto) la alegría se trocó en dolor al morir siete personas durante un ataque realizado por musulmanes con ametralladoras mientras los feligreses salían de la iglesia Mary Gergis, en la ciudad de Nag Hamadi, provincia de Quena, a unos 65 kilómetros de las ruinas de Luxor. Según ha informado Zenit, los cristianos residentes en esta localidad, incluido su obispo, habían recibido amenazas durante los días previos a la celebración de la Navidad. Trasladados los heridos al hospital, cerca de dos mil cristianos coptos se manifestaron ante el mismo al grito de «No a la opresión» y «¡Oh cruz, te defenderemos con alma y sangre!».

Estamos ante el ataque más grave de los últimos veinte años contra la comunidad católica de rito copto, un hecho que preocupa profundamente en el Vaticano. Especialmente debido a que coincide con los informes que tanto el nuncio en El Cairo como diversos obispos han hecho llegar a Roma indicando que el clima religioso se está deteriorando rápidamente en Egipto. Como escribe en *L'Osservatore Romano* el padre Rafic Greiche: «La atmósfera, sobre todo en el Alto Egipto, resulta cada vez más pesada. En El Cairo nos sentimos más seguros, pero en los pueblos el ambiente es diferente. Los incidentes, los ataques, nacen siempre de una mezcla de odio religioso y pretextos ocasionales. La pasada Pascua, con la misma modalidad, fue asesinado otro cristiano en Hegaza».

Dos días antes, sendas bombas destruyeron la iglesia caldea de San Jorge y la iglesia siríaca ortodoxa de Santo Tomás en Mosul (Iraq), ambas de gran valor histórico y cultural. El resultado fue de tres muertos y varios heridos. Y se confirma que la situación de los cristianos en Iraq sigue empeorando: ya son cuatro iglesias y un convento de religiosas dominicas los atacados en las últimas seis semanas en esta ciudad mientras que varios cristianos han sido víctimas de secuestro con rescate.





ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT

Un año de Obama, un balance desalentador

CUANDO falta poco para que se cumpla el año de la Administración Obama, estamos en condiciones de emitir unas primeras valoraciones acerca de un área, la política exterior, sobre la que se habían levantado grandes expectativas. Precisamente acaba de celebrarse el Foro en Seguridad Internacional Halifax, una reunión anual promovida por el Fondo Marshall para Alemania de los Estados Unidos, que se ha reconvertido en un foro de debate en materia internacional de primer orden. La primera sorpresa fue que, en un foro de este nivel, el presidente Obama delegó en Robert Gates, su secretario de Defensa, quien, eso sí, se dedicó a glosar las muchas virtudes de su jefe ausente en persona pero muy presente gracias a su blackberry, desde donde, confesó Gates, está al corriente de todo.

Entre los varios centenares de asistentes, incluidos varios ministros de Defensa, una de las cuestiones que más preocupación levantaba era Afganistán y los planes de Obama para ese embrollado país. Pero Gates defraudó a la asistencia al pasar de puntillas sobre ese escenario y centrarse en temas menores como la creación de un fondo de 45 millones de dólares para seguridad en el Caribe, un programa de contraterrorismo que se ha iniciado en Jamaica o la detención de una embarcación sumergible de unos narcos en Guatemala. No es difícil imaginar la cara de asombro de los asistentes.

Lo que sí escenificó el foro fue la creciente pérdida de prestigio y peso de Estados Unidos de la mano de Obama. No fueron sólo los temas abordados ni el silencio que cayó sobre cuestiones tan peliagudas como la guerra de Afganistán o el programa nuclear iraní, sino también las sonadas ausencias de representantes de China, India o Rusia, a pesar de las invitaciones que los organizadores del foro habían cursado desde hace meses. Y mientras Obama alterna entre los anuncios de retirada, el incremento de soldados sobre el terreno y los discursos grandilocuentes, los problemas van creciendo. Uno de ellos, el de la piratería y su floreciente negocio, que España ha sufrido en primera persona, fue señalado por el ministro holandés de defensa, Van Middelkoop. En realidad, la extensión de la pirate-

ría no es un asunto sólo de dinero y falta de Estado, sino que tiene evidentes ramificaciones con el terrorismo internacional. ¿O es que no es un modo de financiar a grupos vinculados a Al Qaeda y asegurarles capacidad operativa? El problema, además, tiene mala solución si no se actúa en el origen, pues, como explicaba un armador, el coste de proteger un barco mercante con un equipo de cuatro hombres armados es de un millón de dólares al año; para una gran compañía con un millar de barcos, el coste se dispara a mil millones de dólares. Por el contrario, el coste de pagar un rescate se sitúa en torno a dos millones de dólares, una cifra mucho menor a la que costaría asegurar la seguridad de todos y cada uno de los barcos. Si se opta porque el ejército dé protección a los barcos, para la misma compañía se necesitarían cuarenta soldados, una cifra difícil de asumir. Los tiempos en los que los Estados Unidos decidieron combatir la piratería en el norte de África, en 1805, al grito de «Millones para defensa, pero ni un centavo para rescates» parecen definitivamente olvidados y más bien sería de aplicación la famosa frase de Lenin de que los capitalistas venderán la soga con la que serán ahorcados.

Otro de los escenarios en los que no ha habido ningún avance a lo largo del año es en el conflicto entre israelíes y árabes. Hamas, la organización islamista, sigue controlando la franja de Gaza y sólo en un alarde de imaginación se puede hablar de una Autoridad Palestina con visos de credibilidad. Con una Autoridad Palestina incapaz de restablecer el orden y de poner en su sitio a Hamas, mostrando todos los síntomas típicos de una burocracia que se ha enriquecido lo suficiente como para no querer arriesgarse a un enfrentamiento violento de resultado imprevisible, no resulta fácil comprender qué papel positivo puede estar jugando la Autoridad Palestina. Los discursos siguen hablando de un futuro con dos estados vecinos y con relaciones, sino de amistad, sí de buena vecindad, mientras la realidad nos habla de una Palestina dividida entre islamistas radicales y dirigentes corruptos que evaden al extranjero el dinero destinado a dotar a su país de unas infraestructuras decentes.

Otra de las evoluciones negativas de este año ha sido la deriva que ha tomado Turquía, cada vez más

distanciada de la OTAN y de los Estados Unidos, como lo atestigua el viaje del primer ministro turco Erdogan a Irán a finales del mes de octubre pasado, en el marco del cual afirmó que el programa nuclear iraní tenía fines pacíficos. Tras la elección de Obama de Turquía como modelo de modernización para el mundo islámico, el lugar en el que el pasado mes de abril anunció que «América no está en guerra con el mundo musulmán», este gesto de solidaridad islámica supone una desautorización en toda regla de las expectativas del presidente norteamericano y una humillación para Washington. Mientras, en el ámbito interior, Erdogan ha iniciado una dura campaña que bordea peligrosamente lo legal para deshacerse de la oposición contraria a sus proyectos reislamizadores. Y es que desde 2007, trescientas personas han sido detenidas en relación a las investigaciones llevadas a cabo contra un grupo clandestino conocido como Ergenekon, entre las que se encuentran generales, profesores universitarios y editores, a la mayoría de los cuales lo único que se les ha podido probar son sus declaraciones críticas con el gobierno y su defensa del Estado laico establecido por Atatürk. Lo que fue el pilar oriental de la OTAN es cada vez más un régimen islamista con rasgos crecientes de estar dominado por un partido único islámico.

El balance del primer año de Obama, el año que iba a cambiar las reglas de la política internacional y llevarnos a un mundo dialogante y más pacífico, es, pues, preocupante. En los escenarios más importantes (Irán, Turquía, Palestina, Afganistán, Paquistán, Rusia) la situación se ha complicado y la intervención de la administración Obama se ha mostrado incapaz de mejorar las cosas, cuando no las ha empeorado. El peso de los Estados Unidos, además, ha disminuido, lo que ha sido aprovechado por otros actores como Rusia y China, que no son precisamente un modelo de delicadeza y de búsqueda de la concordia internacional. Quizás ahora podamos entender las prisas por conceder el premio Nobel a Obama antes de que los resultados de sus políticas se mostraran en toda su crudeza.

Nuevas tensiones entre los colonos israelíes

Las tensiones entre laicistas y religiosos forman parte del paisaje judío desde hace aproximadamente dos siglos. Ya los primeros pasos del sionismo, en el XIX, estuvieron marcados por la oposición del judaísmo religioso a lo que contemplaban como un intento de secularizar la vida del pueblo judío y sus esperanzas mesiánicas. Esta contraposición, que sigue viva en nuestros días, se vio alterada con el nacimiento, ya en el siglo XX, del sionismo religioso, corriente herética a juicio del judaísmo ortodoxo que enfatiza la importancia de la tierra prometida para poder cumplir los preceptos de la Ley. A pesar de que normalmente se los asocia bajo la etiqueta de «derechistas» (siguiendo unos parámetros que en Israel no siempre cuadran), este sionismo religioso, muy extendido entre los colonos que viven en asentamientos de frontera o rodeados por territorios poblados por árabes, tiene importantes diferencias respecto del sionismo revisionista, fundado por Jabotinski, y cuya encarnación política es el partido Likud, actualmente en el gobierno de la mano de Benjamín Netanyahu.

Ahora estas dos corrientes han vuelto a chocar a raíz de la decisión del primer ministro Netanyahu de congelar durante diez meses toda construcción en los territorios anexionados a Israel con motivo de la guerra de los Seis Días, en 1967; en la práctica una prohibición de extender los asentamientos de estos colonos sionistas religiosos. Las protestas y amenazas han arreciado (un dato a tener en cuenta, Yigal Amin, el asesino de Rabin, estaba adscrito a esta corriente), poniendo nuevamente de relieve las profundas divisiones que subsisten dentro del complejo mundo israelí. Además, el peso siempre creciente de este sionismo religioso muestra el agotamiento del proyecto de secularización judío, cada vez menos atractivo frente a quienes, aun distorsionándola, recurren a argumentos de legitimación religiosos.

Pensamientos del Cura de Ars

¿Por qué cuando rezamos nuestra mente se llena de mil pensamientos, cuando, a menudo, si no estuviéramos ocupados en la oración ni se nos ocurrirían?

* * *

Se muestra más caridad sirviendo a Dios a pesar de las desolaciones del alma y del corazón, que sirviéndole en la abundancia de los consuelos espirituales.



emos leído

ALDOBRANDO VALS

«Reinaré en España»: la beatificación del padre Hoyos

Desde las páginas de Religión en Libertad, el padre Ángel David Martín Rubio se hace eco de la importancia y de los logros que la devoción al Sagrado Corazón ha tenido, tiene y tendrá para el futuro de España. Cada vez queda más claro que la cercana beatificación del padre Hoyos es un gesto de la Providencia, siempre misericordiosa, de vital importancia y ante el que debemos estar sumamente agradecidos:

Hablando de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús dijo el papa Pío XI que es «la suma de toda religión y con ella la norma de vida más perfecta, la que mejor conduce a las almas a conocer íntimamente [a Cristo] e impulsa los corazones a amarle más vehementemente y a imitarle con más exactitud» (*Miserentissimus Redemptor*). Por eso, aunque puede decirse que el mismo Jesucristo ha esperado muchos siglos para reclamar este honor y amor debidos a su caridad sin límites, al fin, la devoción a su Sagrado Corazón como símbolo de su amor misericordioso, ha triunfado en la Iglesia.

En los siete primeros siglos apenas se encuentran alusiones directas al Corazón de Jesús, si bien su amor y las realidades en él significadas eran reconocidos y adorados por todos. Hacia el siglo XIII, san Buenaventura y algunas almas santas empiezan a dar culto al Sagrado Corazón. Algo más tarde el propio Jesús toma la iniciativa apareciéndose a santa Marga-

rita María de Alacoque, religiosa visitandina francesa, y confirmando mediante revelaciones y promesas el culto a su Corazón.

Ya en nuestra tierra, muchas fueron las apariciones, visiones y confidencias de Cristo al padre jesuita Bernardo de Hoyos en la iglesia del colegio de la Compañía de Jesús en Valladolid, hoy Santuario Nacional de la Gran Promesa. El 14 de mayo de 1733, fiesta de la Ascensión, escribe el padre Hoyos:

«Dióseme a entender que no se me daban a gustar las riquezas de este Corazón para mí solo, sino que, por mí, las gustasen otros... Y pidiendo (yo) esta fiesta en especial para España, en que ni aun memoria hay de ella, me dijo Jesús: Reinaré en España, y con más veneración que en otras partes».

Después de celebrar él mismo la primera fiesta en honor del Sagrado Corazón, comenzó a difundir la imagen, algunas preces, la comunión de los primeros viernes y, en junio de 1735, tuvo lugar la primera novena y fiesta pública en la capilla contigua al actual santuario. Buena prueba de la eficacia del apostolado de estos años es la rapidez con que el culto al Sagrado Corazón se difundió por todas partes por obra del mismo Bernardo de Hoyos y de otros jesuitas como los padres Cardaveraz, Loyola y Calatayud.

Superadas numerosas dificultades, de nuevo se intensificó este culto a comienzos del siglo XX. Frente al laicismo sectario de entonces, surgió la costumbre de hacer pública profesión de esta devoción con placas visibles en la puerta del hogar, las procesiones y actos masivos, las colgaduras

con la imagen y los famosos «detentes». Una modalidad nueva, en forma de entronización, aparece entre nosotros en los años difíciles de la primera guerra mundial (1914-1918). Su apóstol, peruano de sangre española, el padre Mateo Crawley SSCC, encontró las mejores disposiciones y auxiliares para su grandioso designio. Parece increíble la tarea desarrollada y los frutos conseguidos en aquellos años hasta culminar en el acto de 1919 en el Cerro de los Ángeles.

En dicho lugar, centro geográfico de la Península Ibérica, junto a un monasterio de madres carmelitas que había de ser lámpara permanente de oración por España, se elevó un monumento al Sagrado Corazón cargado de simbolismo, ante el cual el rey Alfonso XIII realizaba la consagración de nuestra patria el 30 de mayo de 1919. Aquel acto solemne en el que participaron los reyes, el gobierno entero, las jerarquías de la Iglesia y una inmensa multitud era la culminación de un secular deseo de los católicos de que España fuese toda de Jesucristo y para siempre y, de hecho, siguieron una multitud de consagraciones de familias, pueblos y ciudades ante estatuas del Corazón de Jesús erigidas en colinas, torres y pedestales.

En los años siguientes se elevaron numerosos monumentos por toda la geografía española. Desde capitales hasta pueblos pequeños, fueron muchos los lugares que coronaron sus perfiles con la imagen evocadora del Corazón de Cristo asociada ya de manera indeleble a tantos lugares. En relación con uno de esos monumentos, inaugurado junto al santuario

de Nuestra Señora de la Montaña de Cáceres el 14 de noviembre de 1926, escribía el entonces obispo de Coria D. Pedro Segura:

«La bendición del Sacratísimo Corazón de Jesús ha descendido sobre las autoridades que le han levantado un trono en su Diputación, en sus ayuntamientos, en sus juzgados, en sus escuelas, en sus asilos, en sus oficinas; y esa bendición ha ido derramando prudencia en las determinaciones, acatamiento a las divinas leyes, firmeza para seguir indeclinablemente los caminos de la justicia, caridad para con el desvalido, concordia para el bien común, abnegación hasta el sacrificio por el bienestar de los gobernados.

La bendición de Jesucristo ha descendido sobre los hogares cristianos que se le han consagrado; y ha ido derramando fidelidad en los esposos, amor en los padres, cariño en los hijos, docilidad y sumisión en los criados, resignación en las penas, esfuerzo en los abatimientos, paz en los corazones.

La bendición de Jesucristo ha descendido copiosa sobre las almas que con férvido entusiasmo le han escogido y le han aclamado por su Rey; y ha ido derramando inocencia en los niños, pureza en los jóvenes, consuelo en los que sufren, odio al pecado, ansias de vida eterna, torrentes de gracia, lluvia de virtudes».

De esta manera se recordaba una vez más que la devoción al Corazón de Jesús no es simplemente una más entre otras, sino un sistema acabadísimo de vida espiritual cuya base es la consagración verdadera; una consagración que no se reduce al simple recitado de una fórmula sino que es la entera donación que demanda Jesucristo de sus más fieles amigos. Según las expresiones de santa Margarita, san Claudio la Colombière o del padre Hoyos, la consagración puede reducirse a un pacto: «Yo cuidaré de ti y de tus

cosas –dice Jesús al alma consagrada– cuida tú de mí y de las mías».

Y esto no sólo tiene aplicación a los individuos sino también a las comunidades. «Yo por ellos me consagro a mí mismo, para que ellos sean consagrados en la verdad» dice Jesús la noche de la Última Cena. Cristo se consagra a sí mismo y esta consagración tiene efecto sobre los suyos, sobre aquellos que aceptan su persona y su doctrina. Algo semejante ocurre cuando alguien constituido en autoridad se consagra con los suyos y si, por ejemplo, el papa León XIII consagraba el mundo al Sagrado Corazón, su intención era que con él, todos se consagrarán y al mismo tiempo su acto era una invitación y un estímulo a que cada uno renovase esa consagración radical que es el bautismo. Así también cuando el rey Alfonso XIII consagró la nación española al Corazón de Jesucristo, cumplió con el deber de un cristiano que aceptaba públicamente el amor que Dios le ofrecía, que respondía generosamente a él y que, al mismo tiempo se sentía unido a millones de españoles que expresaban su misma respuesta al amor de Dios manifestado en el Corazón de Cristo con la esperanza de que todos siguiesen la verdad del Evangelio y de la fe cristiana.

Pensando en la beatificación del padre Hoyos que está prevista para el próximo 18 de abril en Valladolid, hoy nos toca a nosotros, en circunstancias bien distintas, cuando ya no se hace testimonio de pública adhesión a Cristo y la apostasía comienza a filtrarse de forma cada vez menos sutil entre nosotros, renovar aquella consagración porque, movidos por la gracia de Dios y por el recuerdo de lo que otros hicieron un día, los católicos de España entera proclaman en su plegaria: ¡Venga a nosotros tu Reino! Y lo hacen fiados en la promesa que resonara un día

en un humilde claustro de Castilla: Reinaré en España y con más veneración que en otras partes.

La homilía de monseñor Munilla

El nombramiento de monseñor Munilla como nuevo obispo de San Sebastián ha hecho correr ríos de tinta: esperanzados por parte de los fieles cristianos, crispados e insultantes por parte de quienes prefieren una Iglesia silenciada y sometida al poder político. Reproducimos aquí la homilía de la toma de posesión de monseñor Munilla, un texto que nos devuelve al verdadero Munilla, muy lejos de la imagen distorsionada que se empeñan en dar de él la mayoría de los medios. Estamos seguros que el Sagrado Corazón, que ha adoptado como escudo episcopal, le consolará y colmará de gracias para llevar adelante la importante tarea que el Papa le ha encomendado:

Excelentísimo Señor Nuncio de su Santidad, queridos hermanos en el episcopado, sacerdotes, diáconos, religiosos, consagrados y seminaristas; queridos laicos y familias de esta diócesis donostiarra, y los que habéis venido de otros lugares (¡me permito hacer una especial mención a los palentinos que habéis querido acompañarme!); autoridades y representantes de la vida pública, cuya presencia entre nosotros agradezco; todos aquellos que seguís esta celebración a través de los diversos medios de comunicación; queridos todos, ¡hijos e hijas de Dios!, que es el mayor «título» que jamás podrá decirse de nosotros, en el cual estamos todos hermanados: ¡La paz de Cristo sea en vuestros corazones! Jesukristoren pakea izan bedi zuek guztiokin!

(*En euskera*) El señor Nuncio

de Su Santidad ha hecho mención en su primera intervención a los santos de esta diócesis donostiarra. Su invocación me llena de alegría y confianza, porque nos recuerda a todos que, a esta amplia asamblea que hoy se ha congregado, se une también la Jerusalén del Cielo... Su fuerza de intercesión es muy grande, y nos conforta saber que en esta vida no navegamos solos, y que ellos también han pasado por situaciones difíciles, antes de llegar a la gloria. Me quiero encomendar pues, desde el primer momento, a nuestra querida Virgen María, en sus advocaciones de Nuestra Señora de Aránzazu, Virgen del Coro, y me permito también añadir la advocación de santa María de la Antigua, de Zumárraga. Me encomiendo también a todos los santos y santas que nos han precedido, y de un modo particular, a san Ignacio de Loyola. (*fin euskera*)

Me presento ante vosotros pobre y humilde, con la inevitable sensación de que las expectativas que muchos de vosotros podáis tener, son muy superiores a lo que quepa esperar de mí... Si me permitís un poco de humor para distender el discurso (y quizás también para rebajar las expectativas), en estos días me ha venido a la mente un relato gracioso y enjundioso al mismo tiempo, que escuché a uno de mis hermanos obispos aquí presentes:

Dicen que había un señor muy débil y enfermo, que solicitó audiencia con el Papa para pedirle que rezase por él. Para su sorpresa, el Santo Padre le contestó concediéndole una cita. Llegado el día, acudió con antelación al Vaticano. En el primer control, le indicaron que tenía que ser muy breve porque el Papa estaba muy ocupado; al llegar a la primera planta, el secretario le insistió en que el Papa estaría cansado, y que no debía alargarse en la entrevista... Al acercarse a la antesala, un monseñor le hizo saber la

ocupadísima agenda del Pontífice esa mañana, insistiéndole en la brevedad... Cuando estaba ya a punto de entrar, un cardenal le miró fijamente, al mismo tiempo que se levantaba ligeramente la manga de su muñeca, y daba unos golpecillos con su dedo al reloj... Finalmente, se abrió la puerta, y al ver el rostro del Papa, nuestro hombre, débil y enfermo, sólo fue capaz de balbucear: «¡PAPA!, ¡PUPA!»

A buen seguro que habéis comprendido la intención de mi pequeña broma... La presión que se genera en ciertos momentos es muy grande. Por ello, quiero pedirlos a todos vuestra comprensión ante mi pequeñez, al mismo tiempo que vuestra buena voluntad en la acogida de las palabras de este pastor de la Iglesia. El factor mediático tan influyente en nuestros días, contribuye fácilmente a construir castillos en el aire, a ver gigantes donde sólo hay molinos, a engrandecer a quienes lejos de ser supermanes, tan sólo son unos peregrinos más en el camino de la vida; o tal vez, a juzgar como demonios a quienes simplemente comparten nuestra misma condición pecadora.

Por todo ello, permitidme que lo diga una vez más: me presento ante vosotros pobre y humilde, al mismo tiempo que consciente de la misión que he recibido de Cristo y de su Iglesia. Nada busco por mi cuenta y sólo le pido a Dios «acertar», ser instrumento suyo en la construcción de su Reino... Ser «instrumento», no más. Pero tampoco menos.

En un día como hoy y en las circunstancias presentes, he pensado compartir con vosotros el uso de la palabra... Me explico: Con motivo de mi nombramiento, he recibido muchísimos correos electrónicos y cartas. De entre éstas últimas, he elegido una, que me ha llegado especialmente al alma... Dice literalmente:

«Estimado José Ignacio:

La paz y el amor de Jesucristo y la alegría de la Virgen María rebosen en tu corazón. Con tu reciente nombramiento como obispo de la diócesis de San Sebastián, quiero mostrarte mi acogida y cariño junto con esta tu tierra que te vio nacer. Es mi deseo que te encuentres en casa, acogido y amado como pastor.

Tu nueva labor vaya ungida por el Santo Espíritu. Él te consolará y te dará la fuerza que viene de lo alto para mantenerte fiel a Dios y a la Iglesia. Jesús te dice: «No tengas miedo, yo estoy contigo». Así pues, no temas, Dios está con nosotros...

Acuérdate cuando pastorees la grey del Señor, sobre todo, de los pobres, humildes y enfermos, aquellos que no tienen protector y sé un padre amoroso para todos ellos. Hay mucha falta de cariño en los corazones, José Ignacio, tú que lo recibes de Nuestro Señor, dáselo a los pobres y a los pequeños; y no te olvides de ninguno... ¡Sé reflejo humilde del Corazón de Jesús, siendo de todos y para todos!

Tú que tanto amas a la juventud, acuérdate de ellos y sé comprensivo con su debilidad, acogiendo los con misericordia. Ellos necesitan acogida y compasión y un corazón que les comprenda, que les escuche y los acompañe.

Escucha, José Ignacio, escucha el clamor del pueblo sufriente y dolorido y alégrate, al mismo tiempo, con aquellos que se sienten amados infinitamente por Dios.

Los niños y los ancianos sean tu predilección; son débiles y dependientes y necesitan apoyarse. Utiliza tu báculo para ayudarles en sus necesidades.

Sobre todo, José Ignacio, cuenta con la gracia de Dios. La empresa es muy grande para un alma sencilla como la tuya, pero la gracia es aún mayor para llevarla a buen fin. No te faltará la oración de la Iglesia. Te tendré siempre

presente en mis humildes oraciones y aquí me tienes cuando me necesites. Aprovecho para desearte una feliz Navidad. Un entrañable recuerdo a tu amatxo. Ongi etorri zure etxera!»

¡Da gusto tener unos fieles que le preparen la homilía al obispo! Recibo estos consejos y los hago míos, e intentaré llevarlos a la práctica en el ministerio pastoral.

(*En euskera*) Queridos fieles de Guipúzcoa: Me presento ante vosotros con pleno deseo y disposición de trabajar en nuestra Iglesia diocesana, de forma que todos juntos sirvamos a Cristo, nuestro Señor. Mi intención es la de entroncarme plenamente en el recorrido de nuestra diócesis, sumando mis esfuerzos al proyecto pastoral diocesano de una Iglesia al servicio del Evangelio. ¡No podría ser de otra manera! Caminaremos juntos, creciendo en comunión entre nosotros, en plena apertura y obediencia a las orientaciones de nuestro querido papa, Benedicto XVI. ¡Confiamos plenamente en el ministerio del sucesor de Pedro!

Debemos ser cada vez más conscientes de que Dios quiere que compartamos nuestros talentos. Estamos llamados a discernir y a reconocer los dones que el Espíritu reparte entre nosotros, de forma que podamos trabajar para fortalecerlos y enriquecernos. (*fin euskera*)

Os agradezco a todos esta acogida y este recibimiento, aunque me parece que es un tanto desproporcionado y que ha sido sobredimensionado por las circunstancias... Lo acoyo y lo agradezco en la fe, sabiendo –y recordándooslo a todos– que es a Cristo a quien estamos recibiendo.

Al ver el calor de vuestra acogida, me he acordado del borriquito que Jesús montaba aquel Do-

mingo de Ramos en su entrada en Jerusalén. ¿Os imagináis qué ridículo hubiese hecho aquel asno si hubiese creído que aquellas aclamaciones y aquellos saludos estaban dirigidos a él, en vez de a quien llevaba sobre sus lomos? Le pido al Señor no ser tan «burro» como para engañarme así.

Me parece que todos, sin excepción, deberíamos aplicarnos la parte que nos corresponde en esta imagen de la entrada de Jesús en Jerusalén. ¡Qué absurdo hubiese sido que quienes salieron a las calles, aquel Domingo de Ramos, batiendo sus palmas y cantando cánticos de alegría, lo hubiesen hecho por el simple motivo de que el borrico les resultase simpático! ¿Y qué decir de los habitantes de Jerusalén, si se hubiesen resistido a recibir a Jesucristo, porque no les gustaba el asnillo sobre el que venía montado?

La moraleja y la conclusión de esta cuasi fábula que os he propuesto, es obvia: ¡El misterio de la Iglesia sólo cabe vivirlo en la fe y desde la fe! ¡Cualquier otra cosa, inevitablemente, nos conduciría a malas interpretaciones y a manipulaciones! Así nos lo recordó D. Juan María Uriarte en la homilía de su despedida: «La comunidad cristiana se mantendrá incólume si por la fe sabe identificar a Jesús presente y activo en medio de ella y tiene el coraje de confiar en Él “a fondo perdido”. Él es la fuerza de la Iglesia en todos sus momentos de debilidad, de prueba y de riesgo».

Oremos unos por otros, queridos hermanos. No lo digo como una frase hecha, sino con plena convicción de que es el camino para sanar heridas y para alcanzar la meta que perseguimos, que no es otra que dar gloria a Dios. Os pido que nos tomemos en serio esta llamada que os hago. La ora-

ción dirigida a la Virgen María será especialmente eficaz. ¡Bien sabemos de la capacidad que tienen las madres de congregar a sus hijos! Con frecuencia, cuando falta la madre, resulta casi imposible convocar a la familia; sin la madre aquello se convierte en un «desmadre». Pero nosotros... ¡tenemos madre!; y se llama «María». ¡Cada vez que pronunciemos con confianza este santo y bendito nombre –«¡María!»–, nos sentiremos más hermanos!

(*En euskera*) Agradezco de todo corazón a todos aquellos que habéis colaborado en la preparación de este acto. No os voy a citar uno a uno, porque seguro que caería en olvidos imperdonables. Gracias a cuantos han contribuido a facilitar las cosas, de muchas y diversas formas, allanando el camino de este pastor que os envía el Papa. ¡Dios os bendiga a todos vosotros y a vuestras familias! (*fin euskera*)

El capítulo de los agradecimientos sería muy largo, y, por ello, voy a resumirlo de una forma muy sencilla: Agradezco a la Iglesia todo lo que he recibido de ella, de forma particular a esta diócesis de San Sebastián, en la cual nací a la fe y en la que fui feliz ejerciendo el ministerio sacerdotal. Gracias también a la diócesis de Palencia, que tendrá un hueco en mi corazón para siempre... ¿Y qué diré de mi familia? Sin su respaldo, difícilmente podría estar ahora aquí, dirigiéndoos estas palabras. Gracias a mi «amatxo» Inaxi, y a mi difunto «aita» Esteban, a quien hoy siento muy presente entre nosotros.

¡Querida Iglesia, querida familia, gracias a todos por todo! ¡Dios os bendiga!

+ José Ignacio Munilla, obispo de San Sebastián



Hacia una solución radical de los males presentes

El 26 de mayo de 1949, el papa Pío XII firmaba la bula por la que declaraba el año 1950 Año Jubilar y llamaba a los fieles del mundo entero a la conversión y a la santidad por medio de la oración y la penitencia: «No ignoráis, ciertamente, amados hijos, cuáles son las intenciones generales de los romanos pontífices; pero por lo que toca al próximo Año Santo, deseamos manifestaros con mayor precisión y claridad nuestras intenciones particulares. Por medio de las oraciones que se han de hacer al Señor, pídase ante todo que cada uno, orando y haciendo penitencia, expíe sus propias culpas y se entregue con todo empeño a las reformas de sus propias costumbres y a la adquisición de las virtudes cristianas, a fin de que este gran jubileo prepare el reinado de Jesucristo.» La Dirección General del Apostolado de la Oración recogió esta invitación del Sumo Pontífice y el día de Cristo Rey de aquel 1949 proclamó una cruzada de oración y penitencia: «A medida que pasa el tiempo, se ve con mayor claridad la insuficiencia de las fuerzas humanas para remediar las

gravísimas calamidades que oprimen a los hombres...», empezaba la proclama, y recordaba la eficacia de la devoción al Sagrado Corazón y pedía en particular a sus afiliados y a los fieles en general la asistencia a la santa Misa y el rezo del Rosario. CRISTIANDAD se adhirió entusiásticamente a esta campaña en un editorial del número de 15 de enero de 1950 firmado por D[omingo] S[anmartí] titulado «Los tiempos extraordinarios que vivimos» en el que denunciaba la ineficacia de los medios humanos para resolver los fracasos de la política materialista y naturalista: «El convencer a los hombres de que Dios tiene corazón, es decir, de que ama a los hombres, es el mejor y único medio para que crean que es Padre universal, que todos somos hijos suyos, y por lo tanto, que todos los hombres son hermanos entre sí, y asegurar de este modo el gran beneficio de la Paz de Cristo en el Reino de Cristo». Durante todo el año, CRISTIANDAD insistiría en esta campaña, que ya había avanzado en el número de 1 de enero con el artículo de Jaume Bofill que reproducimos a continuación.

«... El éxito depende de que tengamos firmísimo convencimiento:
1.º: **de la gravedad extraordinaria del momento presente...**»

(Dirección General del Apostolado de la Oración.
Comentario a la *Proclama de una Cruzada*)

En aquel tiempo...

«Viendo Yahvé cuánto había crecido la maldad del hombre sobre la tierra y cómo todos sus pensamientos y deseos tendían siempre al mal, se arrepintió de haber hecho al hombre sobre la tierra, doliéndose grandemente en su corazón. Y dijo: “Voy a exterminar al hombre que hice sobre el haz de la tierra”. Pero Noé halló gracias a los ojos de Yahvé.

»Viendo, pues, Dios que toda la tierra era corrupción, pues toda carne había corrompido su camino, dijo a Noé: “Veo venir el fin de todos, pues la tierra está llena de sus iniquidades, y voy a exterminarlos de la tierra. Hazte un arca de maderas resinosas... y entra en el arca tú y toda tu casa, pues tú sólo has sido hallado justo en esta generación. Porque dentro de siete días voy a hacer llover sobre la tierra cua-

renta días y cuarenta noches, y exterminaré de sobre ella cuanto hice y vive”.

»Hizo Noé cuanto Dios le mandara. Y ante el Diluvio entró en el arca Noé con sus hijos, su mujer y las mujeres de sus hijos y todos los animales parejas según le había ordenado Dios.

»Pasados siete días, las aguas del Diluvio cubrieron la tierra; se rompieron todas las fuentes del abismo, se abrieron las cataratas del cielo, y estuvo lloviendo sobre la tierra durante cuarenta días y cuarenta noches. Crecieron las aguas y levantaron el arca, que se alzó sobre la tierra. Siguieron creciendo, creciendo las aguas sobre la tierra, y el arca flotaba sobre la superficie de las aguas. Tanto crecieron las aguas, que cubrieron los altos montes de debajo del cielo. Quince codos subieron por encima de ellos. Perecieron cuantos animales se mueven en la tierra;



El ángel dicta el Apocalipsis a san Juan,
de Martín de Vos

fueron destruidos todos los vivientes sobre la superficie de la tierra, desde el hombre a la bestia, y los reptiles y las aves del cielo, quedando sólo Noé y los que con él estaban en el arca (...).

»Acordóse Dios de Noé y de cuantos con él estaban en el arca y mandó sobre la tierra un viento y menguaron las aguas. Cesó de llover, y las aguas iban menguando, menguando... El día veintisiete del segundo mes estaba ya seca la tierra. Habló, pues, Dios a Noé y le dijo:

»«Sal del arca tú, y tu mujer, y tus hijos, y las mujeres de tus hijos contigo. Saca también todos los animales de toda especie... llenad la tierra, creced y multiplicaos sobre ella.»

»Alzó Noé un altar a Yahvé y ofreció sobre el altar un holocausto. Y aspiró Yahvé el suave olor, y bendijo a Noé y sus hijos, diciendo:

»«Creced y multiplicaos sobre la tierra; que os teman y de vosotros se espanten todos los animales de la tierra y todas las aves del cielo, todo cuanto sobre la tierra se mueve y todos los peces del mar: todos los pongo en vuestra mano... Vosotros, pues, creced y multiplicaos y henchid la tierra y dominadla.»

»Dijo también Yahvé a Noé y a sus hijos con él:

»«Ved; yo voy a establecer mi alianza con voso-

tros y con vuestra descendencia después de vosotros.» Y añadió Dios: «*Ved aquí la señal del pacto que establezco entre mí y vosotros* y cuantos vivientes están con vosotros, por generaciones sempiternas: *pondré mi arco sobre las nubes* para señal de mi pacto con la tierra, y cuando cubriere yo de nubes la tierra aparecerá el arco y me acordaré de mi pacto con vosotros y con todos los vivientes de la tierra, y no volverán más las aguas a destruirla. Estará el arco en las nubes y yo lo veré, para acordarme de mi pacto eterno; ésta es –dijo Yahvé– la señal del pacto que establezco entre mí y toda carne que está sobre la tierra».

(Génesis, 6-9, fragmentos. Ed. castellana de Nácar-Colunga.)

«Y vi una bestia salir de la mar...»

Hemos leído fragmentos del pasaje del *Génesis* que narra los tiempos del Diluvio; de este tremendo castigo caído sobre los hombres aborrecidos de Dios porque *toda carne había corrompido su camino*. Saltamos ahora a otro momento de la historia, igualmente grandioso y terrible, descrito en los Libros Sagrados. No se refiere al pasado, sino al futuro; no pertenece al *Génesis*, sino al *Apocalipsis*.

Bajo el signo de una bestia que emerge del mar de las naciones, la figura del Anticristo se nos presenta dotada del poder que el dragón infernal le concede y llevando a los hombres tras de sí. Su reino es la mayor tiranía que nunca se haya visto: tan sólo sus esclavos, los que llevan su sello en la mano o en la frente, podrán negociar y vivir en él. Y le fue dado luchar contra los fieles de Cristo y vencerles.

Con este imperio culminan una serie de males (¿estamos viviendo ya su comienzo?, se preguntaba Pío X) mandados por Dios a los hombres por sus muchos pecados; ellos, lejos de arrepentirse, se obstinan y blasfeman de Dios.

Mas he aquí que Jesucristo aparece llevando escrito en su manto y en su muslo un nombre: «*Rey de Reyes y Señor de Señores*». El Cielo se anticipa ya a celebrar su victoria y el establecimiento de su Reino...

Dice este texto:

«Y vi cómo salía del mar una bestia que tenía diez cuernos y siete cabezas; y sobre los cuernos, diez diademas; y sobre las cabezas, nombres de blasfemia. Y dióle el dragón su poder, su trono y una autoridad muy grande. Y toda la tierra seguía admirada a la bestia. Y adoraron al dragón porque había dado poder a la bestia, y adoraron a la bestia diciendo: ¿quién como la bestia? ¿Quién podrá guerrear contra ella?»

»Y dióle asimismo una boca que profiere palabras llenas de arrogancia y de blasfemia; y abrió su boca, profiriendo blasfemias contra Dios, blasfeman-

do de su nombre y de su tabernáculo y de los que moran en el Cielo. Y fuele otorgado hacer la guerra a los santos y vencerlos. Y fuele concedida autoridad sobre toda tribu, y pueblo, y lengua, y nación. Y la adoraron todos los moradores de la tierra cuyo nombre no está escrito, desde el principio del mundo, en el libro de la vida del Cordero degollado. E hizo que a todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y siervos, se les imprimiese una marca en la mano derecha y en la frente, y que nadie pudiese comprar ni vender sino el que tuviera la marca de la bestia. (Apocalipsis, 13, fragmento. Ed. cit.)

»Y vi en el cielo otra señal grande y maravillosa: siete ángeles que tenían siete plagas, las postreras, porque con ellas se consuma la ira de Dios... y del Templo oí una gran voz, que decía a los siete ángeles: Id, y derramad las siete copas de la ira de Dios sobre la tierra. Y fue el primero, y derramó su copa sobre la tierra, y sobrevino una úlcera maligna y perniciosa sobre los hombres que tenían la marca de la bestia y que se postraban ante su imagen. Y el segundo derramó su copa sobre el mar, y se convirtió en sangre como de muerto y murió todo ser viviente en el mar. Y el tercero derramó su copa sobre los ríos y sobre las fuentes de las aguas, y se convirtieron en sangre... Y el cuarto derramó su copa sobre el sol, y fuele dado abrasar a los hombres con el fuego. Y eran abrasados los hombres con grandes ardores, y blasfemaban el nombre de Dios que tiene poder sobre estas plagas; y *no se arrepintieron para darle gloria.*

»Y el quinto derramó su copa sobre el trono de la bestia, y su reino se cubrió de tinieblas, y de dolor se mordían las lenguas, y blasfemaban al Dios del Cielo a causa de sus trabajos y de sus úlceras, pero *de sus obras no se arrepentían.* Y el sexto derramó su copa sobre el gran río Eufrates, de suerte que quedó expedito el camino a los reyes del sol naciente. Y el séptimo derramó su copa en el aire, y hubo relámpagos, y voces, y truenos, y un gran terremoto cual no lo hubo desde que existen los hombres sobre el haz de la tierra. Y una granizada grande cayó del cielo sobre los hombres, y blasfemaron los hombres contra Dios por la plaga de granizo, porque era grande en extremo la plaga. (Apoc 15 y 16, fragmentos. Ed. *ut supra.*)

»Después de esto, oí una fuerte voz como de una muchedumbre numerosa en el Cielo que decía: ... Aleluya, porque ha establecido su Reino el Señor, Dios Todopoderoso; alegrémonos y regocijémonos y démosle gracias, porque han llegado las bodas del Cordero y su Esposa está dispuesta.

»Y vi el Cielo abierto, y he aquí un caballo blanco, y el que en él montaba es llamado Fiel y Verdadero y con justicia juzga y hace la guerra. Sus ojos son como llama de fuego, lleva en su cabeza muchas diademas y tiene un nombre escrito que nadie conoce sino Él mismo, y viste un manto empapado en san-

gre, y tiene por nombre «Verbo de Dios». Y le siguen los ejércitos celestes sobre caballos blancos, vestidos de lino blanco y puro. Y de su boca sale una espada aguda para herir con ella a las naciones, y Él las regirá con vara de hierro, y Él pisa el lagar del vino del furor de la cólera de Dios Todopoderoso. Y tiene sobre su manto y sobre su muslo escrito su nombre: «*Rey de reyes y Señor de señores*».

»Y vi un ángel puesto de pie en el sol, que gritó con una gran voz, diciendo a todas las aves que vuelan por lo alto de cielo: “Venid, congregaos al gran festín de Dios, para comer las carnes de los reyes, las carnes de los tribunos, las carnes de los valientes, las carnes de los caballos y de los que cabalgan en ellos, las carnes de todos los libres y de los esclavos, de los pequeños y de los grandes”.

»Y vi a la bestia, y a los reyes de la tierra, y a sus ejércitos, reunidos para hacer la guerra al que montaba el caballo y su ejército. Y fue aprisionada la bestia. Y los demás fueron muertos por la espada que le salía de la boca, y todas las aves se hartaron de sus carnes.» (Apoc 10, fragmentos.)

«Desde el Diluvio hacia acá, difícilmente nos encontraremos con una calamidad tan profunda y tan universal como la que padecemos ahora...»

(Pío XI, enc. *Charitate Christi*)

«Si recorremos con la mente la larga y dolorosa serie de males que, como triste herencia del pecado, han señalado al hombre caído las etapas de su peregrinación sobre la tierra, *desde el Diluvio, hacia acá difícilmente nos encontraremos con una calamidad espiritual y material tan profunda y tan universal como la que padecemos ahora*; hasta los más grandes azotes, que dejaron señales indelebles en la vida y en la memoria de los pueblos, caían ora sobre una, ora sobre otra nación. Mas ahora, *la humanidad entera* se encuentra agarrotada por la crisis económica y financiera tan tenazmente, que cuanto más se revuelve más insolubles son los lazos; porque no hay pueblo, no hay Estado, no hay familia que en un modo u otro, directa o indirectamente, no sienta más o menos su repercusión.

»Pero *todavía es más lastimosa la raíz de donde brota tal estado de cosas*; ¿no es acaso el sórdido egoísmo, que con demasiada frecuencia preside las mutuas relaciones individuales y sociales; no es, en suma, la codicia, de cualquier especie y forma que sea, la que ha arrastrado al mundo al extremo que todos vemos y todos deploramos? Porque, en realidad, de la codicia proviene la desconfianza mutua, que esteriliza todo trato humano; de ella, la odiosa envidia, que hace considerar como daño propio toda ventaja ajena; de ella, el sórdido individualismo, que todo lo ordena y subordina al propio interés sin aten-

der a los demás; más aún, conculcando cruelmente todo derecho ajeno. De aquí el desorden e injusto desequilibrio, por el cual se ven las riquezas de las naciones acumuladas en manos de contadísimos particulares que regulan a su capricho el mercado mundial... Que si ese egoísmo se insinúa en las relaciones entre pueblo y pueblo, no hay exceso que no parezca justificado, y lo que entre individuos se tendría por todos como reprochable, se considera ya como lícito y digno de encomio...

»Aprovechándose de tamaña calamidad económica y de tanto desorden moral, los comunistas, y en general todos los enemigos del orden social, se afanan y trabajan audazmente por romper todo freno, por destruir todo vínculo de ley divina o humana y empeñan abierta o secretamente la lucha más fiera contra la religión, y contra el mismo Dios; realizando el diabólico programa de arrancar del corazón de todos, hasta de los niños, todo sentimiento religioso; ya que saben muy bien que quitada del corazón de la humanidad la fe en Dios, podrán conseguir sus más perversos fines. Y así vemos hoy *lo que jamás se vio en la historia*: desplegadas al viento sin reparo alguno las satánicas banderas de la guerra contra Dios y contra la religión, en todos los pueblos y en todas las partes de la tierra: *el ateísmo* ha invadido ya la gran masa del pueblo...»

«Finalmente, para no citar nada más...»

(Pío X, enc. *E supremi apostolatus*)

«De nadie pasa inadvertido que la sociedad humana está atacada en nuestros días más *que en otra época alguna*, de una enfermedad gravísima y profunda. Esta enfermedad, que se *agrava de día en día*, ataca a la sociedad en lo más íntimo y la arrastra a la ruina.

»Ya entendéis cuál es esta enfermedad: el abandono de Dios y la apostasía. Pues nada hay que sea causa más próxima de ruina que esto según dijo el Profeta: “Porque he aquí que los que se separan de ti perecerán”.

»*El que reflexiona sobre estas cosas, razón tiene para temer que la actual perversión de los espíritus sea ya una especie de exordio a los males que están anunciados para los últimos tiempos, y de que el “Hijo de Perdición” no se encuentre ya entre nosotros.* Tan grande nos aparece la audacia y el furor con que se ataca por todas partes a la piedad religiosa, se contradice a los documentos de la verdad revelada, o se intenta suprimir y borrar todo rastro de relación del hombre con Dios.

»En cambio (y ésta es una de las notas que el mismo Apóstol atribuye al Anticristo), el mismo hombre, con temeridad inaudita, invade el lugar de Dios, “elevándose sobre todo lo que lleva el nombre de Dios”. Hasta el extremo que, incapaz de extin-

guir del todo en sí mismo el conocimiento de Dios, rechaza, sin embargo, su majestad y se consagra a sí propio este mundo a modo de un templo en el que debe ser adorado por los demás: *sentado en el templo de Dios y presentándose como si él mismo fuese Dios...*».

¿Fueron todos los tiempos iguales?

Tan sólo con ver qué términos de comparación utilizan los sumos pontífices para ponderar la situación actual del mundo pierde toda su fuerza el consabido tópico: «todos los tiempos han sido iguales».

Si queremos los católicos reconquistar el terreno perdido, debemos necesariamente derribar este tópico.

No constituye él un error cualquiera, una simple falta de profundidad en la visión de la historia actual; es un error pernicioso, porque nos impide la justipreciación del momento en que vivimos y, por consiguiente, de la táctica y de los medios de que debemos valernos para hacerle frente y superarle.

Cuando, en los albores del Año Santo, el Apostolado de la Oración examina sus posibilidades, para mejor servir las orientaciones pontificias e invita a todos sus afiliados a una «Cruzada», establece como *primera premisa indispensable para el éxito* que debemos persuadirnos de que *la gravedad del momento actual es extraordinaria* y de que los remedios que es preciso aprontar deben estar, por consiguiente, a la altura de estas circunstancias.

Cierto optimismo conformista, cierta minimización de nuestras aspiraciones, que nos hace aceptar como ideal prácticamente suficiente una situación de tolerancia para la Iglesia, está aflojando, en efecto, los resortes de nuestra conciencia cristiana y nos sumerge a todos, buenos y malos, en un adormecimiento fatal: *dormitaverunt omnes et dormierunt.*

Hacia una solución radical de los males presentes

La Iglesia no vive de utopías. Una sería el pensar que un buen día el mundo se despertará cristiano y que «el ateísmo no sólo comunista, sino liberal»; si se prefiere, que estos «dirigentes que poseen enorme influencia y tienen la mala voluntad de reducir a esclavitud al mundo entero» (Ap. Orac., coment. a la «Proclama»), depondrán de repente su actitud y restituirán a Cristo y a la Iglesia sus derechos. Aunque quisieran, en efecto, no podrían: «el género humano se halla perturbado, en efecto, hasta tal punto por errores, mentiras y falsas ideologías, que lo más frecuente es que, incluso habiendo buena voluntad, los hombres no aciertan ya a entenderse». (Ibíd.)

Pero, ¿hemos de pensar que esta situación no tiene ya remedio, dado que «el tiempo va demostrando cada vez más que los hombres no son capaces de superar con sus propias fuerzas tales peligros y necesidades», que «disminuye de día en día la esperanza de hallar soluciones para una pacífica reconstrucción de la sociedad»? (Ibid.)

¡De ninguna manera! La Iglesia no renuncia a su vocación de victoria. «*Nosotros, los católicos, conocemos los principios que llevan a procurar la salvación del linaje humano: han sido indicados con frecuencia por los últimos pontífices, y debemos trabajar con todas nuestras fuerzas para que se reconozcan y pongan en práctica, así en la vida privada como en la pública. Mas la experiencia, al enseñarnos que de momento no es posible obtener en la vida pública tal reconocimiento práctico de la doctrina de la Iglesia*» (ibíd.), nos hace ver que algún requisito habremos olvidado, «que algo nos falta todavía para lograr la victoria de Cristo. *Este requisito es la oración.*» (Ibid.)

«He aquí que yo pondré mi arco sobre las nubes; y cuando cubriere yo de nubes la tierra, aparecerá el arco y me acordaré de mi pacto...»
(Gén 6)

Pero, ¿está prometida la eficacia, indistintamente, a cualquier oración en general, *en orden a este efecto particular*, que constituye, al decir de Pío XII, «el fin último de la Iglesia aquí en la tierra: restaurar en Cristo todas las cosas»? ¿Es igualmente eficaz toda oración para acelerar «aquel momento en que la mano omnipotente de Cristo Rey sosegará la tempestad»? (Pío XII, encíclica «S. Pont.»)

La Iglesia contesta de modo preciso a este interrogante; «Nos ha sido dada, *como remedio a las angustias de los tiempos actuales*, la devoción al Sacratísimo Corazón de Jesús y al Inmaculado Corazón de la Virgen María. Al recomendar esta devoción como *el remedio eficaz de nuestros tiempos*, debemos insistir de nuevo y siempre en el carácter ex-

traordinario de la misma. Por este carácter, pónese de manifiesto el hecho de que *esta devoción tiene una misión particular en la vida moderna...*» (Ap. Oración, loc. cit.)

Los pasajes de la Sagrada Escritura transcritos al principio nos describen, ciertamente, los azotes de Dios sobre el mundo, llegado al máximo de su prevaricación; mas uno y otro terminan con una visión de paz y de victoria.

Queda abierta la puerta a la esperanza

Este es el sentido especialísimo que atribuye a la devoción al Corazón de Jesús y a la institución de la fiesta de Cristo Rey la encíclica *Miserentissimus*, al presentarla como «anticipo de las alegrías de aquel día dichosísimo en que el universo entero, de buen grado y buena voluntad, obedecerá al imperio suavísimo de Cristo Rey. Si Pío X había comparado nuestro tiempo –por sus pecados y por la naturaleza de los males que le afligen– con los tiempos del Diluvio, Pío XI encuentra a su vez un símil en aquel tiempo para la profética visión de hoy, que describe, con rostro iluminado:

«Así como en los tiempos antiguos, al salir la familia humana del arca de Noé quiso Dios que les brillara un signo, el arco que apareció sobre las nubes, así en las circunstancias turbulentísimas de la Edad Moderna... el benignísimo Jesús manifestó en lo alto a los pueblos su Corazón Sacratísimo, como bandera de paz y de caridad y prenda segura de victoria en la lucha.»

Esta extraordinaria concepción, esa audacísima y nueva teología de la historia que los sumos pontífices no temen profesar y difundir, está demasiado lejos de nuestro vulgar modo de concebir las cosas para que pueda surtir en seguida su efecto entre nosotros. Un día será, con la gracia de Dios. Mas, entretanto, deber de todos es el procurar identificarnos con ella y contribuir a difundirla; y, ¿quién aseguraría que no se concreta en ella nuestra vocación de católicos en el momento presente?

INTENCIONES DEL PAPA ENCOMENDADAS AL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN



Enero

General: Que los jóvenes sepan utilizar los medios de comunicación social para su crecimiento personal y para servir a la sociedad.

Misional: Que los creyentes en Cristo tomen conciencia de que la unidad entre todos los cristianos es condición para hacer más eficaz el anuncio del Evangelio.

Febrero

General: Que los científicos y personas de su cultura, mediante la sincera búsqueda de la verdad, lleguen al conocimiento del único Dios verdadero.

Misional: Que la Iglesia, consciente de su identidad misionera, siga fielmente a Cristo y proclame su Evangelio a todos los pueblos.



LIBRERÍA BALMES

Duran i Bas, 11 – 08002 Barcelona
tel. 93 317 80 94 – fax 93 317 94 43

<http://www.balmeslibreria.com>

SERVICIO DE VENTA ON LINE

Visitando nuestra página web podrá realizar sus compras sin desplazarse y recibir puntualmente sus libros en casa.

Libros de Teología y Vida espiritual, Mariología y Hagiografía, Sagrada Escritura y Patrística, Magisterio de la Iglesia, Catequesis, Educación y Formación cristiana, Historia, Filosofía, Ética y Psicología, Sociología y Política, Literatura, etc.

Servicio de suscripción a *L'Osservatore Romano* y revistas nacionales y extranjeras

Este mes recomendamos:

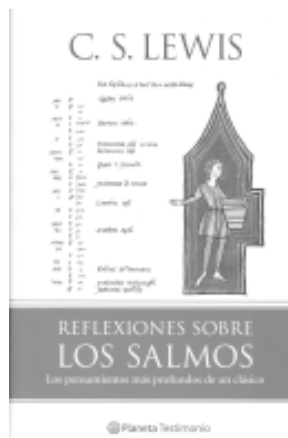


Obras y textos monásticos (I)

Autor: San Agustín
Editorial: Ciudad Nueva y Avgvstinvs
448 páginas
Precio: 19,00 €

Un tratado sobre la doctrina de san Agustín acerca de la vida consagrada. Hallamos en san Agustín un verdadero *corpus monasticum*, ya que no hay aspecto alguno de la vida consagrada sobre el que no se haya pronunciado el Santo. En él, los religiosos y religiosas de hoy y los amantes de san Agustín encontrarán la fuente clara y siempre viva de

la espiritualidad cristiana, que mana del Evangelio en el que él se inspira.

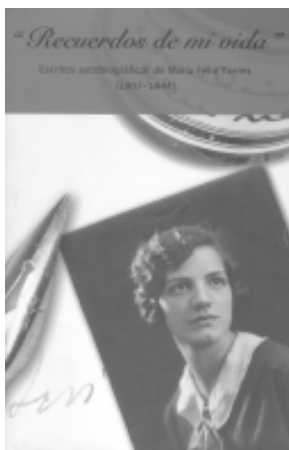


Reflexiones sobre los salmos

Autor: C. S. Lewis
Editorial: Planeta
208 páginas
Precio: 19,00 €

Éstas son las reflexiones de un clásico de la literatura cuya preocupación por la religión le llevó a acercarse a los textos religiosos. Una visión totalmente original y conmovedora de esta parte de la Biblia que es pura poesía, y que Lewis reivindicó como tal: «... escribo de aficionado a aficionado comentando las dificultades que me he encontrado, o los conocimientos que

he adquirido, al leer los salmos, con la esperanza de que esto pueda interesar, e incluso en ocasiones ayudar, a otros lectores inexpertos.»



Recuerdos de mi vida

Autor: María Félix Torres
Editorial: Compañía del Salvador
282 páginas
Precio: 15,00 €

Apuntes autobiográficos de la sierva de Dios madre Félix, que durante su estancia en Barcelona tuvo por confesor al padre Orlandis. Un alma llena de bondad y de sentido común, de amor a todos, que entraba en las personas y que en una sencilla conversación era capaz de tocar los corazones y ganarlos con su delicadeza, con su amor, con su bondad. Itinerario de búsqueda

intrépida de la voluntad de Dios, de la mayor gloria de Dios.



El beato José Samsó y Elias y su mensaje hoy

Autor: Ramón Corts i Blay
Editorial: Balmes
Precio: 3,00 €

Resumen de la vida y del martirio del párroco de santa María de Mataró, beatificado el 23 de este mes de enero. Actualización de la vida y de la acción apostólica de este mártir de la persecución religiosa de 1936-1939. Un escrito sencillo y claro, que tiene en cuenta especialmente las circunstancias de la Iglesia y de la sociedad de hoy para ver, de

esta forma, qué nos dice ahora el nuevo beato. (Existe también una versión en catalán.)

CONTRAPORTADA

El matrimonio es una comunidad de amor indisoluble ordenado a la vida

Queridas familias cristianas de España y de toda Europa: miraos a vosotras mismas como esposas y esposos, padres e hijos, en el límpido espejo de ese prototipo de la nueva familia querida y dispuesta por Dios en su plan de salvación del hombre, que es la familia de Jesús, María y José. ¿Verdad que también vosotros podéis certificar que, cuando todo ese edificio de íntimas relaciones personales entre vosotros y con vuestros hijos se fundamenta en la vivencia fiel y siempre renovada de vuestro compromiso contraído sacramentalmente en Cristo, ante Dios y ante la Iglesia, os es posible e incluso sencillo y gratificante configurar vuestra familia como esa íntima comunidad de vida y amor donde se va abriendo día a día, «cruz a cruz», el camino de la verdadera felicidad.... ¿En quién y en dónde podrán encontrar los niños que van a nacer, los discapacitados, los enfermos, los rechazados... etc., el don de la vida y del amor incondicional sino en vosotros, padres y madres de las familias cristianas? ¿Hay quien responda mejor y más eficazmente a las situaciones dramáticas de los parados, de los ancianos, de los angustiados por la soledad física y espiritual, de los rotos por las decepciones y fracasos sentimentales, matrimoniales y familiares, que la familia verdadera, la fundada en la ley de Dios y en el amor de Jesucristo?

En esta madrileña plaza de Lima, el día 2 de noviembre de 1982, el inolvidable Juan Pablo II, declarado venerable el pasado día 19 de diciembre por nuestro Santo Padre Benedicto XVI, celebraba una Eucaristía memorable, convocada como «la Misa para las familias» en el tercer día de su largo primer viaje por toda la geografía de las diócesis de España ¡Viaje apostólico inolvidable! En su vibrante homilía se encuentra un pasaje, cuya vigorosa fuerza profética no ha perdido ni un ápice de actualidad. Permitidme que os lo recuerde:

«Además, según el plan de Dios –afirmaba el Papa–, el matrimonio es una comunidad de amor insoluble ordenado a la vida como continuación y complemento de los mismos cónyuges. Existe una relación inquebrantable entre el amor conyugal y la transmisión de la vida, en virtud de la cual, como enseñó Pablo VI, “todo acto conyugal debe permanecer abierto a la transmisión de vida”. Por el contrario –como escribí en la exhortación apostólica *Familiaris consortio*–, “al lenguaje natural que expresa la recíproca donación total de los esposos, el anticoncepcionismo impone un lenguaje objetivamente contradictorio, es decir, el de no darse al otro totalmente: se produce no sólo el rechazo positivo de la apertura a la vida, sino también una falsificación de la verdad interior del amor conyugal”.

»Pero hay otro aspecto aún más grave y fundamental, que se refiere al amor conyugal como fuente de la vida: hablo del respeto absoluto a la vida humana, que ninguna persona o institución, privada o pública, puede ignorar. Por ello, quien negara la defensa a la persona humana más inocente y débil, a la persona humana ya concebida aunque todavía no nacida, cometería una gravísima violación del orden moral. Nunca se puede legitimar la muerte de un inocente. Se minaría el mismo fundamento de la sociedad».

Homilía del cardenal Rouco en la misa de las Familias de Europa (Madrid, 27 de diciembre de 2009)